





LAS VELADAS

DE S. PETERSBURGO,

ó

DIÁLOGOS

sobre

EL GOBIERNO TEMPORAL

DE LA PROVIDENCIA.

TOMO SEGUNDO.

Con licencia del Real y Supremo Consejo de Castilla.

VALENCIA. IMPRENTA DE J. GIMENO.

JUNIO 1832.

Se hallará en las librerías siguientes.

Valencia, en la de GIMENO, frente al Miguelete.
Madrid, en la de CUESTA, frente las Cobachuelas.
Barcelona, en la de PIFERRER, plaza del Angel.
Cádiz, en la de HORTAL Y COMPAÑIA.

LAS VELADAS
DE S. PETERSBURGO,

ó

DIALOGOS

sobre

EL GOBIERNO TEMPORAL
DE LA PROVIDENCIA.

VELADA QUINTA.

El Caballero.

¿Que tal, os divertisteis anoche, amigo Senador?

El Senador.

Cuanto es posible en esa clase de espectáculos. El fuego artificial fue magnífico, y no ha sucedido desgracia alguna, á lo menos en los seres de nuestra especie: por lo que

respeta á los abejorros y pájaros, no puedo salir mas garante de ellos que nuestro amigo; pero han ocupado mi imaginacion durante el fuego, y este es el pensamiento que suspendí participaros anoche. Cuanto mas meditaba sobre él, tanto mas me conformaba en la idea de que los espectáculos de la naturaleza son lo mismo para nosotros, que los actos humanos para los animales que los presencian. Ningun viviente puede tener otros conocimientos que los que constituyen su esencia, esclusivamente relativos al lugar que ocupa en el universo; lo cual es á mi parecer una de las pruebas numerosas é invencibles de las ideas inatas, porque si no hubiese ideas de esta especie para todo ser que conoce, cada uno de ellos recibiría las suyas del resultado de la esperiencia, y podría salir de su círculo, y turbar èl universo, lo cual no sucederá nunca. El perro, el mico, el elefante se acercan al fuego, y se calientan como nosotros con placer; pero nunca los vereis poner so-

bre las ascuas el combustible para darle el pábulo necesario, porque el fuego no les pertenece. De otro modo destruirian el dominio del hombre. Verán el número uno, pero nunca la unidad; los elementos del número, mas no el número en sí; dos mil triángulos juntos, ó uno despues de otro, pero nunca tendrán idea de la forma triangular. La union que ciertas ideas tienen perpétuamente en nuestro entendimiento, nos las hace confundir aunque haya entre ellas una separacion esencial. Vuestros dos ojos se retratan en los mios, y yo tengo la percepcion de ellos, que asocio al instante á la idea de la unidad: en el hecho, no obstante estos conocimientos, son de un órden totalmente diverso, y el uno no conduce de ningun modo al otro.

Pero volvamos á los animales. Supongamos que mi perro me acompaña á un espectáculo público, á la egecucion de un suplicio: él vé todo lo que yo veo, el concurso, el triste acompañamiento, los

oficiales de justicia, la fuerza armada, el cadalso, el paciente, el egecutor, todo en una palabra; pero de todo esto ¿que comprende? Aquello que debe comprender segun la cualidad de perro. Sabrá distinguirme entre la muchedumbre, encontrarme si algun accidente le separa de mí; se colocará de modo que no le estropeen los pies de los espectadores; cuando el egecutor levantará el brazo, se apartará si está cerca para que el golpe no caiga sobre él, y podrá temblar tambien al ver la sangre; pero lo mismo que en la carniceria. Allí terminan y concluyen todos sus conocimientos; y todos los esfuerzos posibles de sus maestros, empleados sin descanso durante los siglos de los siglos, no le harian adelantar ya nada, pues que las ideas de moral, de soberanía, de crímen, de justicia, de fuerza pública adheridas á este espectáculo son nulas para él. Todas las señales de las ideas le rodean, le tocan, le empujan, por decir así, pero todo es inútil. Una de las

pruebas mas evidentes del gobierno temporal de la Providencia, es que cada ser activo egerza su accion dentro del círculo trazado, sin poder nunca salir de él. ¿Quien que tenga buen sentido imaginará siquiera lo contrario? Partiendo pues de estos incontestables principios, ¿por que un volcan, un temblor de tierra &c., no serán precisamente para mí, lo que la egecucion de un suplicio para mi perro? Comprendo de todos estos fenómenos lo que debo comprender, es decir, todo lo que está en relacion con mis ideas inatas, que constituyen el estado de hombre: lo demas es un pliego cerrado.

El Conde.

Habeis presentado vuestra idea, querido amigo, del modo mas plausible y evidente, sin embargo que se puede presentar tambien bajo un punto de vista distinto. Vuestro perro no sabe que ignora, y vos lo sabeis como hombre inteligente.

¡Que sublime privilegio es esta duda! Seguid la idea y os arrebatará. Pero ya que se ha tocado esta cuerda, os voy á proporcionar un placer verdadero, manifestándoos el subterfugio de que se ha valido la mala fé para evadirse del argumento invencible que suministran los animales en favor de las ideas inatas. Ya habeis visto perfectamente que la identidad é invariable permanencia de cada clase de seres, ó inteligentes ó sensibles, supone necesariamente las ideas inatas, y habeis citado muy á propósito los animales que verán siempre lo que nosotros, sin comprender nunca lo que nosotros comprendemos. Pero antes de llegar á una cita sumamente chistosa, quiero preguntaros si habeis reflexionado que los mismos animales suministran aun otro argumento directo y positivo en favor de este sistema. Con efecto, cualesquiera que sean las ideas que constituyen al animal en su especie respectiva, son inatas con la fuerza de la espresion, es decir, absoluta-

mente independientes de la esperiencia. Si la gallina, que no ha visto nunca al gavilan, manifiesta todas las señales del terror cuando le distingue como un punto negro en la elevacion de las nubes, pues que llama al instante sus polluelos con grito agudo y estraordinario: si los polluelos que acaban de salir del cascaron del huevo, se precipitan al instante á buscar el asilo de las alas de su madre; y si esta observacion se repite en todas las especies de animales, ¿por que la esperiencia será mas necesaria al hombre, para la adquisicion de las ideas fundamentales que le califican de tal? La obgecion es de peso: escuchad sin embargo la solucion de los dos héroes de la esthetica. (1)

El traductor frances de Loke que fué un tal Costa, hombre que sobre ser sensato era honrado y modesto, nos refiere en una de las notas de su traduccion haber hecho

---

1 Ciencia del sentimiento.

á Loke la obgecion indicada, la cual salta á los ojos. El filósofo que se sintió herido en una parte tan sensible, se enojó, y respondió bruscamente: *que no habia escrito su libro para esplicar las acciones de las bestias*. Costa que tenia derecho para esclamar lo mismo que el filósofo griego: *Júpiter, tú te enojas, luego no tienes razon*, se ha contentado con decirnos de un modo chistosamente serio: *La respuesta era buena, y él título del libro lo demuestra claramente*, pues no dice en la portada *sobre el entendimiento de las bestias*. Ya veis, señores, á lo que se vió Loke reducido para salir del apuro, y ciertamente se ha guardado bien de proponer en su libro la obgecion, porque no quería esponerse á responder; pero Condillac toma otro rumbo para salir de apuro.

No creo que la ciega obstinacion de un orgullo que no quiere retroceder, haya inventado jamás cosa mas ridícula. *La bestia huirá*, dice, porque ha visto devorar á o-

tras; pero como no habia medios para generalizar la esplicacion, añade, *que con respecto á los animales que no han visto devorar á semejantes suyos, se puede creer con fundamento que sus madres desde el principio les habrán inducido á la fuga.* ¡Inducido! ¿Por que no habrá dicho *les habrán aconsejado?* Para terminar esta rara esplicacion, añade con la mayor seriedad, que si no se tiene por suficiente, no vé que es lo que podrá determinar al animal á tomar la fuga.

¡Escelente solucion! Apuesto á que si se desprecian estos razonamientos maravillosos, podrá suceder que los animales no huyan á la vista de sus enemigos, porque Condillac *no ve* que es lo que le impele á la fuga.

Por lo demas, yo no puedo ser de su parecer, de cualquier modo que se esplique. Él dice que *no ve*, y yo creo que sí, pero que prefiere el mentir al confesarlo.

El Senador.

Os doy gracias, querido amigo, por vuestra anécdota filosófica que me parece sumamente chistosa. Nosotros estamos acordes sobre el modo de considerar los animales, y sobre la consecuencia que he sacado de ellos con respecto á nosotros. Están, como decia, *rodeados, tocados y empujados* por todos los señales de la inteligencia, sin poder nunca elevarse hasta el mas mínimo de sus actos: refinad cuanto gusteis en vuestra imaginacion esta alma cualquiera, este principio desconocido, este *instinto*, esta luz interior que les ha sido dada con tan prodigiosa variedad de direccion é intensidad; jamás encontrareis mas que un *asimtoto* de la razon, que podrá acercarse cuanto querais, mas sin tocarla nunca: de otro modo podia ser invadida una provincia de la creacion, y esto es evidentemente imposible.

Por una razon del todo semejante, es indudable que nosotros

podemos ser *rodeados*, *tocados y empujados* por acciones y agentes de órden superior, de los cuales no tengamos otro conocimiento que el que está en relacion con nuestra situacion actual. Sé cuanto vale la sublime duda de que acabais de hablar. *Sé que ignoro*, quizá sé alguna cosa mas; pero siempre es verdad que en virtud de nuestra inteligencia misma, nunca nos será posible alcanzar en esta parte un conocimiento directo. Por lo demas hago muy grande uso de esta duda en todas mis indagaciones sobre las causas. He leido millones de chanzas ó burlas acerca de la ignorancia de los antiguos, que *veian espíritus en todas las cosas*, y me parece que somos nosotros mas necios, de no hallarlos en ninguna. Siempre se está hablando de causas físicas, ¿pero que es una causa física?

El Conde.

Si queremos limitarnos á traducir la palabra, es una causa mate-

rial; ó lo que es lo mismo una causa que no es causa: porque materia y causa se escluyen mútuamente, como el *blanco á lo negro, y el círculo al cuadrado*. La materia solo tiene accion por el movimiento, y todo movimiento siendo un efecto, se deduce que la *causa física*, si se quiere hablar exactamente, es un *sin sentido* y una contradiccion en los términos. No hay ni puede haber pues *causas físicas* propiamente dichas; porque no hay ni puede haber movimiento sin motor primitivo, y todo motor primitivo ha de ser inmaterial. *Por todas partes lo que mueve precede á lo que es movido, el que guia al guiado, y el que manda al mandado*. La materia nada puede, ni es otra cosa que la prueba del espíritu. Cien bolas colocadas en línea recta, que reciben todas de la primera el movimiento succesivamente comunicado, ¿no suponen alguna mano que ha dado el primer golpe en virtud de un acto de la voluntad? Y cuando la disposi-

cion de las cosas me impidiese ver esta mano ¿sería menos visible para mi inteligencia? ¿El alma del relogero no resalta en el tambor de esta máquina, cuyo grande resorte está encargado, por decirlo asi, de las comisiones de un Ser inteligente? Oigo á Lucrecio que me dice: *Tocar y ser tocado, pertenece tan solo á los cuerpos;* ¿pero que me importan semejantes palabras destituidas de sentido, bajo cierto aparato sentencioso, propio solamente para intimidar á los niños? Ellas significan solamente que *ningun cuerpo puede ser tocado sin ser tocado.* ¡Que descubrimiento tan bello! La dificultad consiste en saber sino existen en el Universo mas que cuerpos, y si los cuerpos no pueden ser movidos por sustancias de otro órden. No solamente pueden serlo, si que primitivamente no pueden haberlo sido de otro modo; porque todo choque, no pudiendo ser concebido sino como el resultado de otro, es de absoluta precision admitir una serie infinita

de choques, es decir, de efectos sin causa, ó convenir en que el principio del movimiento no se puede encontrar en la materia: si meditamos sobre ello, hallaremos la prueba en nosotros mismos, fundada en una verdad de sentimiento, pues todo movimiento está determinado por la voluntad. Esto no obsta para que en el sentido vulgar puedan llamarse *causas* los *efectos* productores de otros; de modo que en la continuacion de los choques de las bolas, de que os hablaba antes, todas las fuerzas se denominan *causas*, escepto la última, asi como todas *efectos*, escepto la primera. Mas si queremos hablar con precision filosófica, nunca repetiremos bastante que las ideas de materia y de causa se escluyen la una á la otra sin poderse conciliar jamás.

Bacón se habia formado una idea quimérica de las fuerzas que obran en el Universo, la cual ha estraviado tras él á la muchedumbre de los disertadores. Comenza-

ba por suponer estas fuerzas materiales, y despues las sobresuponia y colocaba una encima de otra. Frecuentemente no he podido menos de sospechar al ver estos árboles genealógicos, en donde todos son hijos escepto el primero, y en donde todos son padres, escepto el último, que se habia hecho sobre semejante modelo un ídolo de escalera que arreglaba las causas en su cabeza; entendiendo á su modo que tal causa era hija de las que le precedian, y que las generaciones, estrechándose á medida que se elevaban, conducian al intérprete de la naturaleza á una abuela comun. Ved las ideas que este gran legislador se formaba de la naturaleza y de la ciencia que debia esplicarla; pero no hay cosa mas quimérica. Escuso molestaros con una discusion prolija para vos y para mi; basta la sola observacion de que Bacón y sus discípulos no nos han citado, ni nos citarán un solo egemplo, en que puedan apoyar su teoría; ni nos demostrarán ese pretendido ór-

den de causas generales, mas generales, generalísimas, ó como las quieran llamar. Mucho se ha disertado y descubierto despues de Bacón, pero sin embargo no espereis que se nos presente egemplo alguno de esta genealogía maravillosa; que se nos indique un solo misterio de la naturaleza que haya sido esplicado, no digo por una causa, sino por un efecto primero, antes desconocido, y elevado del uno hasta el otro. Imaginad el fenómeno mas vulgar, la elasticidad, ó cualquiera que querais, para que no presuman que pretendo dificultar la empresa. No pido ni los abuelos, ni bisabuelos del fenómeno, y me contento con la madre; pero ¡ah! todo el mundo enmudece, y es siempre (esto es en el órden material) *proles sine matre creata*. ¿Y como puede cegarse hasta el punto de buscar causas en la *naturaleza*, cuando la naturaleza misma es un efecto? Mientras que no se salga del círculo material, ningun hombre puede adelan-

tar mas que otro en la indagacion de las causas. Todos se paran y deben pararse al primer paso. El genio de las investigaciones en las ciencias naturales, consiste únicamente en descubrir hechos ignorados, ó en referir los fenómenos no esplicados á los efectos primeros ya conocidos, y que nosotros tomamos por causas. Asi el que descubrió la circulacion de la sangre, y el que descubrió el sexo de las plantas, tienen ambos el mérito de la ciencia; pero el descubrimiento de los hechos nada tiene de comun con el de las ciencias. Newton por su parte se ha immortalizado refiriendo á la gravedad fenómenos, que á ninguno le habia ocurrido atribuir; pero el lacayo de este grande hombre sabía tanto como su amo acerca de la causa de la gravedad. Algunos discípulos que él se avergonzaria de tener si levantase la cabeza, han osado decir que la atraccion era ley *mecánica*. Newton nunca profirió tal blasfemia contra el sentido comun, y envano quieren encontrar un cóm-

plice tan célebre. Por el contrario dice (y es ciertamente decir mucho): *Que abandonaba á sus lectores la cuestion de si el agente que produce la gravedad es material ó inmaterial.* Leed sus cartas teológicas al Doctor Beutley, y lograreis nutriros al mismo tiempo que edificaros.

Ya veis, Senador, que apruebo el modo como considerais el mundo, y que lo apoyo con muy buenos argumentos. Antes de esto os repito: *yo se que ignoro*, y el conocimiento de esta ignorancia me transporta de gozo y reconocimiento á un mismo tiempo, pues que encuentro reunidos en mí el título indeleble de mi grandeza, y el saludable preservativo contra toda especulacion, que sea ó ridícula ó temeraria. Al examinar la naturaleza bajo este punto de vista, tanto en grande como en la menor de sus producciones, me acuerdo contínuamente de la proposicion de un Lacedemonio, el cual considerando qué es lo que impide á un

cadáver yerto tenerse en pie á pesar de todos sus esfuerzos, esclamó con mucha gracia: *No puede menos de haber aquí dentro alguna cosa.* Siempre y en todas partes debemos decir lo mismo, porque sin esta *alguna cosa*, todo es cadáver, y nada se tendria derecho. El mundo mirado como simple conjunto de apariencias, cuyo menor fenómeno oculta la realidad, es un verdadero y sabio idealismo. En sentido muy cierto puedo decir que los obgetos materiales son nada de lo que veo; pero lo que veo es realidad para mí, y esto es bastante para conducirme hasta la existencia de otro órden, que creo firmemente sin ver. Apoyado en estos principios, comprendo muy bien no solo que la oracion es útil en general para librarnos del mal físico, sino que es el verdadero antídoto, el específico natural, y que por esencia tiende á destruirlo; bien así como este poder invisible que nos llega del Perú oculto en una ligera corteza, busca en virtud de su e-

sencia propia el principio de la fiebre, le toca, y le ataca con mas ó menos éxito, segun las circunstancias y el temperamento; á menos que se pretenda sostener que la leña quita la calentura, lo cual sería la cosa mas disparatada.

El Caballero.

Será tan disparatada como gusteis; pero probablemente soy yo un hombre disparatado, pues jamás me ha repugnado esa proposicion.

El Conde.

Si la leña quita la calentura, ¿para que nos tomamos el trabajo de ir por ella al Perú? Bajemos al jardin, y esos álamos nos suministrarán bastante para todas las tercianas de la Rusia.

El Caballero.

Hablemos seriamente. No trato de toda la leña, ó madera en gene-

ral, sino de cierta madera cuya cualidad particular es la de curar la calentura.

El Conde.

Muy bien; ¿pero que entendeis por cualidad? Esta palabra representa en vuestro pensamiento la idea de un accidente simple, y ¿creis por ventura que la quina cure porque es figurada, pesada, colorada &c.?

El Caballero.

Os chanceais, querido amigo. Vos suponeis que trato de una cualidad real.

El Conde.

¡Como cualidad real! ¿que quiere decir eso? Esplicadlo.

El Caballero.

Basta, respetable amigo. Os su-

plico que no disputemos sobre las palabras. Sabeis que el buen sentido militar se ofende de esta especie de argumentos.

El Conde.

Estimo mas de lo que quizá creeis el buen sentido militar, y os protesto que esa clase de argumentos me son tan odiosos como á vos; pero no creo que se dispute sobre las palabras, cuando se pregunta lo que ellas significan.

El Caballero.

Entiendo por *cualidad real* cierta cosa realmente subsistente, *un yo no sé qué*, que tampoco creo estar obligado á definir, pero que existe seguramente como todo lo que existe.

El Conde.

Perfectamente: ¿pero esta cierta cosa, esta incógnita, cuyo valor buscamos, es materia ó no?

El Caballero.

Eso es lo que no digo.

El Conde.

Si es materia, no podeis llamarla *cualidad*, pues solo es accidente, *modificacion*, *modo* ó como gusteis de llamarla: es una sustancia, semejante en su esencia á toda otra sustancia material, y esta sustancia que no es madera, (porque de otro modo toda madera curaría) existe en la madera, ó por mejor decir en *esta madera*, como el azucar que no es ni agua ni té, está contenido en esta infusion de té que lo ha disuelto. No hemos hecho pues sino volver al principio de la cuestion. Si la sustancia cualquiera que cura la fiebre, es de la materia, ¿para que, repito, ir á buscarla al Perú? La materia es todavía mas facil de encontrar que la madera; se encuentra en todas partes, y cuanto tenemos á la vista es bueno para curar. Ahora me repetireis en

cuanto á la materia en general, lo que me habeis dicho acerca de la madera. *No se trata de la materia tomada generalmente, sino de esta materia particular, es decir, de la materia en el sentido el mas abstracto, con una cualidad que la distingue, y que cura la calentura.*

Yo os atacaré nuevamente preguntándoos ¿que cualidad es esta que suponeis material? y os perseguiré asi con la misma ventaja, sin que vuestro buen sentido encuentre jamás un punto de apoyo para poderme resistir; porque como la materia sea por su naturaleza inerte y pasiva, y carezca de accion, á menos que concurra algun movimiento que ella no puede darse: es claro que solo puede obrar por el influjo de algun agente mas ó menos estraño, *encubierto* por ella, y que no puede ser ella.

Ya veis, Caballero, que no se trata de una cuestion de nombre. La escursion que hemos hecho relativamente á las causas, nos conduce á una idea, tan justa como vasta, cual es la de considerar la ora-

cion en su efecto simplemente, como causa secundaria, porque tal es bajo de este punto de vista. Si el filósofo á la moda estraña verme emplear la oracion para preservarme del rayo, pongo por egemplo, yo le preguntaré *¿porque empleais vos los para-rayos?* ó para ceñirme á cosa mas comun: *¿Por que empleais las bombas en los incendios, y los remedios en las emfermedades? ¿No os oponeis de este modo como yo á las leyes eternas?* Es muy diferente, me dirán, porque si es ley precisa que el fuego queme, tambien lo es que el agua apague el fuego. *Eso es precisamente lo que yo digo, porque si es ley que el rayo produzca tal estrago, tambien lo es que la oracion elevada con oportunidad sobre el fuego del cielo, ó le aparte de nosotros ó le estinga.* Estad persuadidos, señores, que no se me hará obgecion alguna en esta suposicion, que deje de desvanecer con ventaja: no hay medio entre el fatalismo, rigido, absoluto y univer-

sal, y la fe comun de los hombres en órden á la eficacia de la oracion. ¿Os acordais del animal de dos pies que se burlaba hace poco tiempo delante de nosotros de aquellos dos versos de Boileau?

En cuanto á mi que temo,
Aun en salud, á la futura vida,
Que el alma inmortal creo, y que Dios solo
Dispara la centella tan temida.

»En tiempo de Boileau, decia, y con tanto mozalvete envanecido de su ciencia, se ignoraba todavía que el rayo era la chispa eléctrica reforzada, y se hubiera tenido por culpa grave, si no se le hubiera considerado como una arma divina, destinada á castigar los crímenes. Sin embargo, ya en los tiempos antiguos habia quien embarazaba estos creyentes, preguntándoles porque no se entretenia Júpiter en disparar sus rayos contra las rocas del Cáucaso, ó contra los bosques desiertos de la Germania."

Yo tuve el gusto de confundir algun tanto á este filósofo profundo

con solo responderle: No reparais que suministrais vos mismo un argumento escelente á los devotos de nuestros dias (porque siempre los hay, á pesar de los esfuerzos de los que se tienen por sabios) para continuar pensando como el sencillo Boileau. Ellos os responderán simplemente: »Aunque el rayo mate, no tiene por obgeto el matar, y nosotros suplicamos á Dios que se digne por un efecto de su bondad disparar los rayos contra las rocas y desiertos, lo cual basta al cumplimiento de las leyes físicas. No queria, como podeis pensar, sostener conclusiones delante del auditorio; pero ved á donde nos ha conducido la ciencia mal entendida, y lo que podemos prometernos de una juventud imbuida de semejantes máximas. ¡Que ignorancia tan crasa! ¡y que horror á la verdad!

Admirad la graciosa fuerza de su argumento: »Está esperimentado que la electricidad, tal cual nosotros la observamos en nuestros gabinetes, solo difiere en la canti-

dad de este terrible y misterioso agente que llamamos *rayo;* luego no es Dios el que truena y dispara los rayos." Moliere decia, vuestro *luego* es un necio. Pero felices sino fuese mas que necio; ved las consecuencias ulteriores. »*Luego no* es Dios quien obra sobre las causas segundas; *luego* la marcha de ellas es invariable; *luego* nuestros temores y nuestras oraciones son igualmente vanas."

¡Que continuacion de errores monstruosos! Leia yo no hace mucho tiempo en un papel frances: "Que la centella no la mira ya el hombre instruido cual rayo arrojado del cielo para aterrar los hombres, sino como fenómeno muy natural y simple, que pasa á algunas toesas encima de nuestra cabeza, y del que los astros mas próximos no tienen la menor noticia." Analicemos este discurso, y encontraremos: »que si el rayo partiese del planeta Saturno, *como que está mas cerca de Dios*, podríamos creer que tenia parte en él; *pero pues que se*

forma á algunas toesas sobre nuestras cabezas, debemos colegir que el Dios de los cielos y tierra ni aun noticia tiene de semejante ocurrencia.

Se habla contínuamente de la grosería de nuestros abueblos, y nada hay tan grosero como la filosofía de nuestro siglo. El buen sentido del doce se burlaría con razon. El Rey Profeta no colocaba seguramente el fenómeno de que hablo en una region demasiado elevada, pues le nombra con mucha elegancia oriental *el grito de la nube* (1). Ha podido incomodar á los químicos modernos que digera tambien, que *Dios sabe estraer el agua del rayo*, añadiendo ademas:

Retumba de tu trueno el estampido
En torno de nosotros, y la tierra
Debajo nuestros pies se ha conmovido.

Él concordaba perfectamente, como lo veis, la Religion con la

---

(1) Vocem de derunt nubes. Psal. LXXVI.

física; nosotros somos los que disparatamos. ¡Ah! ¡cuan caras han costado á los hombres las ciencias naturales! Ellos tienen la culpa: Dios los habia suficientemente preservado; pero el orgullo prestó el oido á la serpiente, y el hombre llevó nuevamente su mano criminal sobre el árbol de la ciencia. Se ha perdido, y por desgracia nada sabe.

Observad una bella ley de la Providencia: desde los tiempos primitivos solo ha dado la física esperimental á los cristianos. Los antiguos nos escedian ciertamente en las fuerzas del ingenio; esto está probado por la superioridad de sus lenguas, de un modo que parece imponer silencio á todos los sofismas de nuestro orgullo. Al contrario, su física es casi nula, porque no solo estimaban en poco las esperiencias físicas, si que las despreciaban, y aun unian á ellas cierta ligera idea de impiedad, cuyo sentimiento confuso emanaba de lo alto. Cuando toda la Europa fue cristiana;

cuando los sacerdotes fueron los preceptores universales; cuando todos los establecimientos de Europa fueron cristianizados; cuando la teología ocupó su lugar á la cabeza de la enseñanza, y las otras facultades se colocaron al rededor suyo, como damas de honor al lado de su soberana; en fin, cuando el género humano se encontró asi preparado, entonces le fueron dadas las ciencias naturales. *Tantae molis erat Romanam condere gentem.* La ignorancia de esta grande verdad ha sido causa de que se estraviasen no pocos, á cuyo frente debe ser colocado Bacón, cuyo materialismo, perniciosos principios, y errores groseros han causado inmensos daños á la humanidad.

El Caballero.

¿No temeis, señor Conde, que os apedreen por hablar con tan poco miramiento de uno de los mas grandes hombres de nuestro siglo?

El Conde.

Si fuese un deber hacerme apedrear, sería preciso tener paciencia; pero dudo que vengan á apedrearme aquí. Amás, cuando se tratase de escribir y de publicar lo que digo, no vacilaría un momento, y temeria poco la borrasca. Tan persuadido estoy de que las verdaderas intenciones de un escritor son siempre conocidas, y que todo el mundo sabe hacerlas justicia. Estoy seguro de que se me creería cuando protestase que me reconozco tan inferior en luces y conocimientos á la mayor parte de los escritores, cuanto aventajo á los mas en la verdad de las doctrinas que profeso. Me complazco en confesar esta primera superioridad, y ella me ofrece asunto para una meditacion deliciosa sobre el privilegio inestimable de la verdad, y sobre la nulidad de los talentos que se atreven á separarse de ella. Sería muy hermosa la obra que tuviese por obgeto: *El mal que han hecho á todas*

las producciones del ingenio, y aun al carácter mismo de sus autores, los errores que estos han profesado de tres siglos á esta parte. ¡Que materia si estuviese bien tratada! La obra sería de tanta utilidad, cuanto que se apoyaria enteramente sobre hechos, y no descubriria sus flancos á la crítica. Pero volvamos al asunto.

¿Encontrais la menor dificultad en la idea de que la oracion es á manera de una causa segunda, y que es imposible hacer contra ella obgecion alguna, que no podamos hacer contra la medicina por egemplo? *Este enfermo debe morir, ó no debe morir: luego es inútil orar por él, y yo digo: Luego es inútil administrarle remedios, luego no hay medicina.* ¿En donde encontrais la diferencia? Nosotros no atendemos seguramente á que las causas segundas se convinan con la accion superior. *¿Este enfermo morirá, ó no morirá?* Si; morirá, *si no toma remedios*, y no morirá *si hace uso de ellos*; y esta condicion,

si me es permitido esplicarme así, *hace parte* del eterno Decreto. Dios es sin duda el motor universal, pero mueve á cada ser segun la naturaleza que le ha dado. Vosotros mismos si quereis traer ese caballo que veis allá en el prado, ¿de que medio os valdreis? ó le montareis, ó le conducireis de la brida; y el animal obedecerá *segun su naturaleza*, aunque tenga sobrada fuerza para resistiros, y aun para mataros de una coz. ¿Quereis hacer venir al niño que está jugando en el jardin? le llamareis, ó como no sabeis su nombre, le hareis alguna seña: la mas inteligible para él, será la de enseñarle un bizcocho, y el niño vendrá *segun su naturaleza.* ¿Teneis necesidad de un libro de mi biblioteca? Ireis á buscarlo, y el libro obedecerá á vuestra mano de un modo puramente pasivo, *segun su naturaleza*. El Señor mueve los Angeles, los hombres, los animales, la materia bruta, y todos los seres en fin, pero cada uno *segun su naturaleza*, y el hombre como

criado libre, es movido libremente. Esta ley es verdaderamente la ley eterna, y la que es preciso creer.

El Senador.

Yo la creo con todo mi corazon: mas no obstante es preciso confesar, que la armonía de la accion divina con nuestra libertad; y los acaecimientos que dependen de ella, forman uno de aquellos puntos, en los que la razon humana, aunque perfectamente convencida, no tiene la fuerza suficiente para desterrar cierta duda, que procede del temor, y que viene á asaltarla á pesar suyo.

El Conde.

No depende de nosotros, querido amigo, el apartarla. El abismo le tenemos delante, y para no verle es preciso ser ciego, lo cual sería peor que tener miedo.

Los derechos del hombre son inmensos, y su mayor desgracia el

ignorarlos, pero su verdadera accion espiritual es la oracion, por medio de la cual poniéndose en relacion con Dios, inclina la accion omnipotente. ¿Quereis saber lo que es este poder, y medir sus alcances? Pensad cuanto puede la voluntad del hombre en el círculo del mal, pues que contradice las miras de Dios, y cuánto puede esta misma voluntad cuando obra segun ellas. ¿En donde están los límites de este poder? Su naturaleza es de no tenerlos. La energía de la voluntad humana nos hiere débilmente en el órden social, y muchas veces nos sucede el decir *que el hombre puede cuanto quiere*; pero en el órden espiritual, en donde no son sensibles los efectos, es demasiado general la ignorancia, y aun sobre el círculo mismo de la materia no hacemos las necesarias reflexiones. Vos arrancareis sin duda uno de esos rosales, pero no podreis derribar una encina, ¿por que, pues, os pregunto? La tierra está cubierta de hombres que se apresurarán á

responder, *porque vuestros músculos no son bastante fuertes*, tomado de buena fé el *límite* por el *medio* de la fuerza. La del hombre está limitada por la naturaleza de sus órganos físicos del modo necesario, para que no pueda turbar sino hasta cierto punto el órden establecido; porque bien conoceis lo que sucederia en el mundo si el hombre pudiese derribar un edificio, ó arrancar con las manos un bosque. Es mucha verdad que esta misma sabiduría, que ha creado el hombre perfectible, le ha dado la dinámica, ó los medios artificiales de aumentar su fuerza natural; pero este don está acompañado de una señal manifiesta de la infinita prevision; porque queriendo que todo incremento posible fuese proporcionado no á los ilimitados deseos del hombre, que son inmensos y casi siempre desordenados, sino á sus deseos prudentes y arreglados á sus necesidades, ha querido que cada una de sus fuerzas fuese acompañada necesariamente de algun impedi-

mento ó estorvo, que nace de ella y que crece con ella; de modo que la fuerza debiese necesariamente matarse á sí misma por el solo esfuerzo que hiciera para aumentarse. Pongo por egemplo una palanca. No se puede aumentar su fuerza sin aumentar proporcionalmente las dificultades que la hacen inútil, y aun se puede añadir en general, que en las operaciones msimas que no pertenecen á la mecánica, propiamente dicha, el hombre nunca podria aumentar sus fuerzas naturales sin emplear proporcionalmente mas tiempo, mas espacio, y mas materiales, lo cual le embarazaría impidiéndole obrar clandestinamente, cosa que merece la mas atenta observacion. Todo hombre puede hacer volar una casa por medio de una mina, pero los preparativos indispensables son tales, que la autoridad pública tendrá tiempo para impedirlo. Los instrumentos de óptica presentan otro egemplo maravilloso de esta ley, porque no se puede mejorar una de las cualida-

des, cuya reunion constituye la perfeccion de estos instrumentos, sin debilitar otra. La misma observacion se puede hacer con las armas de fuego. Finalmente no tiene escepcion esta ley, cuya suspension destruiría la sociedad humana. Asi donde quiera que volvais vuestra vista, ya sea en el órden de la naturaleza como del arte, encontrareis límites establecidos. No conseguiriais doblar el arbusto de que yo hablaba antes, si apelaseis para ello á un carrizo; y este instrumento mas débil es con respecto al rosal, lo que vuestro brazo respecto de la encina. La voluntad por su esencia transportaría las montañas, pero los músculos, los nervios, y los huesos que le han sido entregados para obrar materialmente, son tan inferiores á la encina, como el carrizo es al rosal.

Quitad por un momento la ley, por la cual la voluntad humana no puede obrar de un modo inmediato sino sobre el cuerpo que anima, y

en este caso arrancaría una encina lo mismo que nos hace levantar nuestro brazo. De cualquier modo que miremos la voluntad del hombre, hallaremos que sus derechos son inmensos; pero como en el órden espiritual, del que el mundo material es cierta especie de imágen ó reflejo, la oracion es la dinámica que ha concedido Dios al hombre: guardémonos de privarnos de ella, porque sería lo mismo que querer sustituir nuestro brazo al cabrestante, ó á la bomba del agua para apagar el fuego.

La filosofía del último siglo formará á los ojos de la posteridad una de las épocas mas vergonzosas del humano entendimiento: no ha omitido diligencia para apartarnos de la oracion, por medio de las *leyes eternas é inmutables*. Tomó por objeto favorito, y casi único, apartar al hombre de Dios, y no podia encontrar espediente mas seguro que el de impedirle la oracion. Toda esta filosofía ha sido en el hecho un

verdadero sistema de ateismo práctico. (1) Yo he dado un nombre propio á esta estraña enfermedad, y la he llamado teofobia: reflexionad sobre ella, y la hallareis casi en todos los escritos del siglo XVIII. No se decia con descaro no hay Dios, porque esto hubiese tenido inconvenientes físicos, pero se decia *Dios no esta ahí.* «No está en vuestras ideas, porque vienen de los sentidos; no está en vuestros pensamientos, porque solo son *sensaciones transformadas*. No está en las plagas que os afligen, porque ellas son fenómenos físicos, como otros que se esplican por las leyes conocidas. No piensa en vos, nada ha hecho por vos en particular; el mundo se ha criado para el insecto lo mismo que para vos, y no se venga de vos porque sois demasiado pequeños.” En fin, no podia oir

1 La teoría que niega la utilidad de orar, es el ateismo: no se diferencia de él sino en el nombre. (Orig. de orat. opp. Tom. 1. in fol. pág. 202.)

nombrar á Dios esta filosofía, sin que la causase convulsiones. Escritores de esta época, superiores á la muchedumbre, y aun señalados por miras particulares, han llegado á negar abiertamente la creacion. No habia medio para hablar á estas gentes de castigos del cielo, sin exaltarlas en cólera y furor: *Ningun acaecimiento físico puede tener causa superior relativa al hombre.* Tal era su escandaloso dogma. Si alguna vez no osaban pronunciarle en general, le negaban en detall constantemente, lo cual era lo mismo para el caso. Asi es como esta maligna filosofía trabajando sin cesar en separar al hombre de la divinidad, ha producido en fin la deplorable generacion que ha hecho, ó dejado hacer todo cuanto nosotros vemos.

Fortalezcámonos pues en nuestra creencia; sea esta la legítima fundada en la revelacion y en la tradicion; y si alguna vez nos asusta la suprema justicia, acordémonos de aquella sentencia de S. Agustin,

una de las mas bellas que han salido de la boca del hombre. *Temeis á Dios, huid hácia Dios.* (1)

Ahora pues permitidme, Caballero, que os crea perfectamente tranquilo en cuanto á *las leyes eternas é inmutables.* Nada hay necesario mas que Dios, y ninguna cosa lo es menos que el mal. Todo mal es pena, y toda pena, escepto la última, está aplicada por el amor cuanto por la justicia.

El Caballero.

Me alegro que mis pequeñas chanzas me hayan valido unas reflexiones, de que sacaré gran provecho; ¿pero que quereis decir con esas palabras *escepto la última?*

El Conde.

Mirad á vuestro alrededor, y ved los actos de la justicia humana: ¿que hace ésta cuando condena un

---

1 Vis fugere á Deo? Fuge ad Deum.

hombre á pena menor que la capital? Dos cosas con respecto al culpable; castiga, lo cual es la obra de la justicia, pero quiere ademas corregirle, y esta es la obra del amor. Si no se prometiese que la pena podia bastar para hacer entrar al culpable en sí mismo, castigaría casi siempre de muerte; pero cuando, ó por la reincidencia, ó por la universalidad de los crímenes ha llegado á persuadirse que es incorregible, se retira el amor, y entonces la justicia pronuncia la última de las penas. Una y otra justicia castigan con el fin de corregir, y toda pena escepto la última es un remedio; pero la última es la muerte. Las tradiciones todas deponen en favor de esta teoría, y la fábula misma proclama su espantosa verdad. Teseo allí sentado para siempre &c. Ese rio que no se pasa sino una vez; ese tonel de las hijas de Danao, *siempre* llenándose, y *siempre* vacío; ese hígado de Ticio renaciendo *siempre* debajo del buitre que lo está *siempre* devorando; ese tán-

talo pronto *siempre* á beber el agua, y coger los frutos que están huyendo *siempre* de él; esa piedra de Sisifo *siempre* remontada; ese círculo símbolo de la eternidad, escrito sobre la rueda de Igion, son otros tantos geróglificos en apoyo de lo que antes he dicho.

Nosotros pues podemos contemplar la justicia divina en la nuestra como en un espejo, turbio á la verdad, pero fiel, y que no puede retratarnos mas imágenes que las que ha recibido. Veremos que el castigo no puede tener otro fin que el de apartar el mal, de modo que la operacion será mas larga y dolorosa, á medida que el mal sea mayor, y esté mas profundamente arraigado; pero si el hombre llega á hacerse enteramente malo, ¿como arrancarle de sí mismo? La instruccion verdadera, mezclando el temor á las ideas consoladoras, advierte siempre á todo ser libre que no avance hasta tal punto que no pueda pasar de allí.

El Senador.

Quisiera añadir algunas cosas al Caballero, relativamente á la guerra, y con tanto mayor motivo cuanto me parece que esta plaga merece examinarse aparte. Pero los temblores de tierra nos han detenido mucho, y es preciso separarnos. Mañana si gustais os comunicaré algunas ideas sobre ella, porque es asunto que he meditado mucho.

El Caballero.

A mí no me ha ido muy bien, pero á pesar de ello me gusta, y gusto tambien de oir hablar de ella; asi es que tendré gran satisfaccion en oiros.

El Conde.

Acepto la oferta de nuestro amigo, pero no renuncio al derecho de añadir algo en favor de la oracion.

El Senador.

Os cedo pues la palabra para mañana, sin retirar la mia. A Dios.

VELADA SEXTA.

El Senador.

Os he cedido espresamente la palabra, querido amigo, y estamos dispuestos á escucharos.

El Conde.

No la tomo porque me la cedeis, pues esa sería una razon para deberla rehusar, pero la admito para no dejar vacío en la conversacion. En este concepto permitidme añadir algunas reflexiones á las que espuse ayer sobre el interesantísimo obgeto de la oracion. Precisamente debo estas ideas á la guerra: mas que no se alarme el señor senador, pues no tengo el ánimo de adelantarme en su rumbo ó derrota.

Uno de los discursos mas comunes que se suelen oir es el si-

guiente. *Que se ore ó que no, los acaecimientos siguen su curso.* Uno ora, y por eso no deja de ser batido; proposicion cuya prueba es de imposibilidad rigorosa. *Se ha orado en favor de una guerra justa, y la guerra ha sido desgraciada.* Pasemos por alto la legitimidad de la guerra, que es punto demasiadamente equívoco; yo en tanto me atengo á la oracion. ¿Como me prueban que se ha orado? Bastará para esto tocar las campanas, y abrir las Iglesias? Ciertamente que no. Nicole, autor correcto de algunas buenas obras, ha dicho que el *fondo de la oracion es el deseo*, lo cual no es así; pero lo que es seguro.....

El Senador.

Poco á poco, estimado amigo, *lo cual no es así*, me parece demasiado decir. Permitidme que os advierta que la misma proposicion se lee palabra por palabra en las máximas de los santos de Fenélon, que

no copiaba ni consultaba á Nicole, segun tengo entendido.

El Conde.

Si los dos lo han dicho, me creo con derecho á pensar que los dos se han engañado. Convengo en que á primera vista parece verdadera la máxima, y que muchos escritores ascéticos, antiguos y modernos se han espresado en el mismo sentido, tal vez por no haber profundizado la cuestion; pero cuando el hombre sondea su corazon y le pide cuenta exacta de sus movimientos, se encuentra estraordinariamente embarazado para sostener muchas especies que sentó; y el mismo Fenelon lo ha sentido así, puesto que en algunos pasages de sus obras espirituales, retracta ó restringe su proposicion general. Asi afirma sin la menor duda que *uno puede esforzarse á amar, esforzarse á desear, esforzarse á querer amar; que uno puede orar aun careciendo de la causa eficien-*

te de esta voluntad, con otras mil cosas de esta especie. En fin, habla alguna vez tan enérgica y originalmente, que el que le ha leido no le olvidará nunca. En una de estas cartas espirituales es donde dice: »*Si Dios os fastidia, decídselo así; decid que preferís á su presencia las mas viles diversiones, y que no estais satisfechos sino lejos de él.* Mas añadidle: Ved mi miseria, y ved mi ingratitud. ¡Oh Dios mio! Tomad mi corazon, pues que yo no os lo sé dar. Tened piedad de mí á pesar mio."

¿Encontrareis aquí, señores, la máxima del deseo y del amor indispensables á la oracion? No tengo á mano ahora este libro de Fenélon, pero podreis registrarlo despacio, y cotejar la cita.

Por lo demas si exagera el bien en una ú otra parte, es sin duda porque se ha convencido de ello. No hablemos mas que para alabarlo, y para exaltar el triunfo de su obediencia. Derecho, y con los brazos estendidos para instruir á los

hombres, pudo tener rival; pero prosternado para condenarse á sí mismo, no ha tenido ninguno.

En cuanto á Nicole es otro hombre, y le trato con menos consideracion, porque esta idea que tanto me repugna pertenece á la escuela de Puerto Real, cuyo sistema conoceis, asi como sus consecuencias. Me disgusta todo lo de estos Doctores, aunque parezca bueno. *Temo á los griegos, hasta en sus dones mismos.* ¿Que es acaso el deseo? ¿Será como se ha dicho muchas veces, el *amor de un bien ausente?* En este caso no siendo el hombre árbitro de tener amor, al menos el amor sensible, no podrá orar antes que llegue este amor por sí mismo; ó será preciso que el deseo anteceda al deseo, lo cual es difícil ciertamente. Y si no hay verdadera oracion sin deseo y sin amor, ¿como se manejará el hombre para pedir, como lo exige su deber en muchas ocasiones, aquello mismo que repugna? La proposicion de Nicole me parece destrui-

da por el solo precepto de amar á nuestros enemigos.

El Senador.

Creo que Loke ha cortado la cuestion diciendo que podemos elevar el deseo en proporcion exacta de la iniquidad del bien que se nos propone.

El Conde.

No os fieis nunca de Loke, porque nada ha llegado á comprender á fondo. *El deseo es el movimiento del alma hácia el obgeto que la atrae.* Este movimiento es un hecho del mundo moral, tan cierto y tan palpable como la atraccion, y á mas tan general como lo es la universal gravedad en el mundo físico. Pero como el hombre está agitado por dos fuerzas contrarias, todo estudio para conocerle debe comenzar por el exámen de esta terrible ley. Loke ha descuidado tan importante estudio, y por eso ha escrito cien páginas sobre la libertad, sin saber

siquiera de lo que hablaba. Establecida esta ley, vereis que si un objeto no obra naturalmente sobre el hombre, no depende de nosotros hacer nacer ese deseo, porque mal podremos imprimir al obgeto la fuerza de que carece; y que por el contrario, si esta fuerza existiese en el obgeto, no dependería de nosotros el destruirla, pues que el hombre ningun poder tiene sobre la esencia de las cosas esteriores que poseen sus cualidades respectivas sin él, é independientemente de él. ¿A que se reduce pues el poder del hombre? A trabajar constantemente en debilitar y destruir, ó en poner en libertad y hacer victoriosa la accion cuyo influjo esperimenta. En el primer caso, lo mas sencillo es apartarse, del mismo modo que se apartaría un pedazo de hierro de la esfera activa del imán, si se quisiera sustraerlo de la accion de este poder. Tambien puede el hombre esponerse voluntariamente, y por los medios dados á una atraccion contraria; puede unirse á una cosa

inmóvil; puede colocar entre sí y el obgeto algun cuerpo capaz de interceptar su accion, asi como el vidrio se niega á la electricidad; y puede en fin trabajar para debilitar ó estinguir su sensibilidad á la accion indicada, lo cual es mucho mas seguro, y tambien posible, aunque mucho mas dificil. En el segundo caso debe obrar de un modo enteramente opuesto; ha de aproximarse al obgeto en cuanto se lo permitan sus fuerzas; apartar los obstáculos, y pensar sobre todo que segun las relaciones de algunos viageros, el escesivo frio ha llegado á sofocar en la aguja magnetizada el *amor al polo*. Que se guarde pues y precava del *frio*.

Discurriendo aun segun las ideas de Loke, es siempre cierto que *tenemos el poder de resistir al deseo*, poder sin el cual no habria libertad; con que si el hombre puede resistir al deseo, y aun obrar contra el deseo, puede tambien orar sin que el deseo sea el caracter constitutivo de la oracion, porque

esta es un acto de la voluntad como los otros, y sujeto por lo mismo á la ley general. El *deseo* no es la voluntad, sino una pasion de la voluntad; luego la accion que obra sobre ella, no es invencible, y para orar realmente es preciso querer, porque para la oracion es necesario por esencia *un movimiento de la voluntad por el entendimiento*. Lo que nos engaña en este punto es, que pedimos ordinariamente lo que deseamos, y lo que han alcanzado un gran número de elegidos que han hablado de la oracion desde que el hombre sabe orar, los cuales habiendo llegado á resistir victoriosamente la fatal ley, no esperimentaban ya los frecuentes combates entre la voluntad y el deseo. A pesar de esto, no son menos distintas las dos fuerzas porque obren en un mismo sentido. Admirémonos de que dos autores igualmente instruidos quizá, aunque muy desiguales en talento y en mérito, lleguen á la misma exageracion, partiendo de principios enteramente

diferentes. Nicole que solo veia la gracia en el legítimo deseo, no dejaba nada á la voluntad, á fin de atribuirlo todo á esta gracia; y Fenelon que estaba penetrado de ella, tomaba la oracion por el deseo, porque en su corazon celestial el deseo no habia abandonado nunca á la oracion.

El Senador.

¿Creeis que se pueda desear el deseo?

El Conde.

Esa es una grande pregunta. Fenelon que era ciertamente hombre de deseo, parece que propende hácia la afirmativa, si como creo haber leido en sus obras, *se puede desear el amar, esforzarse á desear, y esforzarse á querer amar.* Si algun metafísico digno de este nombre quisiese tratar á fondo tal cuestion, le propondría por epígrafe este pasage de los Salmos:

concupivi desiderare justificationes tuas. (1) Entretanto que semejante disertacion se haga, dejemos este punto. Lo que no me negareis es lo que iba á deciros cuando me habeis interrumpido, *que el fondo de la oracion es la fe*, verdad que se reconoce aun en el órden temporal. ¿Creeis que un príncipe distribuye sus favores entre hombres que duden de su soberanía, ó que denigran su bondad? Al paso que no puede haber *oracion* sin fe, no puede haber tampoco oracion eficaz sin pureza. Ya comprendeis que no quiero dar á la palabra pureza su significacion rigorosa. ¿Que sería de nosotros si los culpables no pudiesen orar? Mas tambien comprendereis, siguiendo la misma comparacion, que ultrajar á un príncipe no sería medio para conseguir sus favores. Nunca he asistido á esas santas ceremonias destinadas á librarnos de las plagas del

---

1 Ps. CXVIII. Anhelé el deseo de tus preceptos.

cielo, ó á solicitar sus favores, sin preguntarme á mí mismo lleno de terror: *En medio de estos cantos pomposos, y de estos ritos augustos, entre esta muchedumbre de hombres reunidos, ¿cuantos se encontrarán que por su fé y sus obras tengan el derecho de pedir, y la esperanza fundada de orar con eficacia? ¿Cuantos se encontrarán que realmente oren? El uno está pensando en sus negocios; el otro en sus placeres; un tercero se ocupa de la música, y tal vez el menos criminal es el que bosteza sin saber donde está. ¿Ahora pues, cuantos habrá que oren, y cuantos que merezcan ser oidos?*

El Caballero.

Por lo que respeta á mí, estoy seguro de que en estas solemnes y piadosas reuniones habia un hombre cuando menos que no oraba ciertamente...... Y erais vos, señor Conde, que os ocupabais de esas reflexiones filosóficas en lugar de la oracion.

El Conde.

Me parais algunas veces con vuestras ocurrencias. Poseeis prodigioso ingenio para la broma, y no os falta humor aun en las discusiones mas graves: ¡tales sois los franceses!

El Caballero.

Creed, amigo mio, que valemos tanto como los otros, y que aun nuestra chanza es precisa en el mundo. La razon es poco penetrante por su naturaleza, no abre camino facilmente, y conviene que se la arme con el agudo y terrible epígrama. El epígrama frances pica como la aguja, y hace pasar el hilo. ¿Teneis que decir algo?

El Conde.

No quiero pediros cuenta de todos los hilos que ha hecho pasar vuestra nacion, y os perdono esta

vez vuestra picada, con tanto mayor gusto, cuanto que la puedo volver en argumento. Si el solo temor de orar mal puede embarazar el orar, ¿que pensaremos de aquellos que no saben orar, que se acuerdan apenas de haber orado, y que no creen siquiera en la eficacia del orar? Cuanto mas lo examineis, mas os convencereis de lo dificil que es hacer una verdadera oracion.

El Senador.

Consecuencia necesaria de lo que acabais de decir es la de que ninguna composicion hay mas dificil que la de cualquiera oracion escrita, que no es ni puede ser sino la espresion fiel de la oracion interior, en lo cual me parece que se repara poco.

El Conde.

¡Hola, señor Senador! ¿Sabeis que tocais uno de los puntos mas esenciales de la verdadera doctrina?

Lo que decís no admite duda, pues aunque la oracion escrita sea tan solo la imágen, nos sirve para juzgar del original que es invisible. Los monumentos materiales de la oracion que nos han dejado los hombres de todos los tiempos, son tesoros muy grandes aun para la sola filosofía, porque podemos apoyar sobre esta base tres observaciones muy bellas.

En primer lugar todas las naciones del mundo han orado, pero siempre en virtud de una revelacion verdadera ó supuesta, es decir, en virtud de antiguas tradiciones. El hombre deja de orar desde el instante en que se apoya en su sola razon, con lo cual confiesa evidentemente sin advertirlo, que no sabe por sí ni lo que debe pedir, ni como lo debe pedir, ni á quien debe precisamente dirigirse (1). En vano

---

1 Platon ha confesado espresamente en la página mas estraordinaria que humanamente se haya escrito en el mundo, que *el hombre reducido á sí mismo no sabe orar*, y ha llamado con votos un *enviado celeste que viniese al fin*

pues el deista ostentará las mas bellas teorías sobre la existencia y los atributos de Dios, pues sin obgetarle (lo que es incontestable) que no las ha recibido sino de su catecismo, le podremos decir como Joas: *tú no oras.* (2)

Mi segunda observacion es que todas las religiones son mas ó menos fecundas en oraciones; pero la tercera es sin comparacion la mas importante. Vedla aquí.

Mandad á vuestros corazones que estén atentos; lean todas estas oraciones, y vereis la religion verdadera tan claramente como el sol.

El Senador.

He hecho varias veces esta última observacion al ásistir á nuestra bella liturgia. Oraciones semejantes no pueden haber sido produci-

---

á enseñar á los hombres esta grande ciencia, en lo cual se puede decir que ha hablado en nombre del género humano.

1 Athalia. 11. 7.

das sino por la verdad, y en el seno mismo de la verdad.

El Conde.

Tal es á mi parecer. Dios ha hablado á todos los hombres ó de un modo ó de otro; pero hay entre ellos privilegiados á quienes es permitido decirles: *No ha tratado asi á las otras naciones* (1), porque Dios solo, segun la incomparable espresion de Apóstol, *puede crear en el corazon del hombre un espíritu capaz de esclamar: ¡Padre mio!* (2), y David habia anunciado esta verdad diciendo: *Él es el que ha puesto en mi boca un cántico nuevo, un himno digno de nuestro Dios* (3). Luego si este espíritu no está en el corazon del hombre, ¿de que modo orará? ¿O como su pluma impotente escribirá lo que no ha sido dictado al que

---

1 Non fecit taliter omni nationi. P. CXLVII.
2 Ad Galath. IV. 6.
3 Et immisit in os meum canticum novum, casmen Deo Jacob P. XXXIX.

la lleva? Leed los himnos de Santenil, tal vez ligeramente adoptados en París, y vereis que causan cierta armonía en el oido, pero que nunca *oran*, porque él *estaba solo* al tiempo en que los compuso. La belleza en el estilo de la oracion nada tiene de comun con la de la espresion pura de los sentimientos del que ora, porque la oracion es semejante á la misteriosa hija del grande Rey: toda su belleza nace del interior (1). Es cierta cosa que no tiene nombre, y que el talento solo no la puede imitar.

Ahora pues, si nada es mas difícil que el orar bien, ¿no será el colmo de la ceguera y de la temeridad atreverse el hombre á decir que ha orado, y que no ha sido oido? Quiero hablaros particularmente de las naciones, porque este es el obgeto principal en esta especie de disputas. Es muy justo sin duda que una nacion *ore* para evitar algun mal, ó para alcanzar al-

---

1 Omnis gloria filiæ Regis ab intus P. XLIV.

gun bien. ¿Que es pues una nacion, y que circunstancias son precisas para que una nacion *ore*? ¿Hay en cada nacion hombres que tengan el derecho de *orar* por ella? ¿Y este derecho lo reciben de sus disposiciones interiores, ó del rango que ocupan en la nacion, ó de las dos circunstancias reunidas? Conocemos muy poco los secretos del mundo espiritual, ¿mas como los hemos de conocer si apenas hay quien se ocupe de ellos? Sin querer internarme en estas profundidades, me atengo á la proposicion general, *de que no se probará que una nacion ha orado sin ser oida*; y me creo igualmente seguro de la proposicion afirmativa *de que toda nacion que ora, es oida*. Las escepciones nada probarian, y todas desaparecerian delante de la sola observacion: *de que no puede saber ningun hombre, aun en el caso de orar perfectamente, si lo que pide es perjudicial á sí ó al órden general*. Oremos pues sin cesar, ore-

mos con todas nuestras fuerzas, y con todas las disposiciones que pueden legitimar este grande acto de la criatura inteligente; y nunca olvidemos que la oracion verdadera es siempre atendida. Todas las súplicas presentadas al soberano no son ni pueden ser favorablemente decretadas, porque no son todas razonables en sí; pero todas contienen la profesion espresa de fé, del poder, de la bondad, y de la justicia del soberano, que no puede dejar de complacerse en verlas afluir de todas las partes de su imperio; y asi como no es posible suplicar al Príncipe, sin hacer con ello un acto de la fidelidad de vasallo, asi tambien es imposible orar sin ponerse en relacion con Dios, y hacer un acto de amor, de sumision y confianza; de suerte que la sola oracion considerada en sí, encierra cierta virtud purificante, cuyo efecto vale casi siempre infinitamente mas para nosotros, que aquello mismo que pedimos demasiadas ve-

ces por la ignorancia nuestra (1). La oracion legítima, aunque no alcance el logro de la peticion que contiene, no por eso deja de elevarse hasta las regiones celestes, desde las cuales cae sobre nosotros despues de haber sufrido ciertas preparaciones, bien asi como un benéfico rocío que nos dispone para la patria eterna. Pero cuando nosotros pedimos á Dios solamente que su voluntad sea hecha, es decir, que desaparezca el mal del universo, entonces si que podemos estar seguros de que no hemos orado inútilmente. ¡Hasta que punto somos insensatos y ciegos! En lugar de quejarnos de que no somos oidos, temblemos mas bien de haber pedido mal, ó de haber pedido el

---

1 El solo acto de la oracion perfecciona al hombre, porque le pone á Dios presente. ¡Cuantas acciones buenas inspira este egercicio! ¡Cuantos crímenes impide! La sola esperiencia lo enseña. El hombre virtuoso no solamente se place en la oracion, sino que se deleita. (Orig. ubi. sup. núm. 8. p. 210. núm. 20. pág. 229.)

mal. El mismo Ser Omnipotente que nos prescribe orar, nos enseña tambien cómo, y con que disposiciones lo debemos hacer. El faltar al primer mandamiento, es degradarnos hasta el bruto, y aun tambien hasta el ateo; el faltar al segundo, es esponernos á aquel grande anatema de ver nuestra oracion cambiada en crímen (1).

No mas, pues, con estúpidos fervores
Prescribamos al cielo compasivo
Sus dones y favores.
Pidamos, sí, prudencia equitativa,
La sincera piedad caritativa,
Y su gracia inefable,
Y su amor, que es el bien mas apreciable.
Mas si un dia llegára,
Que con distintos votos
Su facil indulgencia
La solicitud nuestra molestára.
Proveámonos antes
De celo, de virtudes,
Y de tal rectitud en las acciones,
Que nos hagamos dignos de que el cielo
Deniegue nuestras locas peticiones.

---

1 *Fiat oratio ejus in peccatum. Ps.* CVIII.

El Caballero.

No me arrepiento, estimado amigo, de haberos *parado* como digisteis. Por de pronto he tenido el placer de que me riñeseis, lo que siempre es de gran provecho para mí, y despues he ganado alguna cosa mas. Asi temo que no esté en mi mano el dejar de chancearme, porque es dificil abstenernos de lo que nos reporta placer y utilidad. Pero no me negueis otra grande satisfaccion. Vos me habeis parado tambien cuando os he oido hablar de Loke con tan singular acrimonía. Todavía nos queda tiempo como veis, y yo lo pasaré gustoso en vuestra amable compañía, si teneis la bondad de manifestarme con estension vuestro dictámen en órden á este autor famoso, del que nunca he oido hablar sin observaros cierta irritacion que no alcanzo á comprender.

El Conde.

¡Dios mio! No sé negaros cosa

alguna, pero preveo que me internareis en una larga y triste disertacion, de la cual temo no poder salir sin defraudar vuestra esperanza, ó sin llegar á fastidiaros, cuyos inconvenientes quisiera igualmente evitar. A mas de esto, nos puede estraviar....

El Caballero.

Esa es poca ó ninguna desgracia: ¿es preciso escribir un poema épico para tener el privilegio de formar episodios?

El Conde.

Vos no conoceis inconvenientes: por lo que toca á mí tengo mis motivos para temer entrar en semejante discusion; pero si quereis animarme, comenzad por sentaros, pues vivís en agitacion tan contínua que me llega á inquietar. No sé que duende os pellizca á toda hora, que no podeis estar diez minutos en un sitio; las mas de las veces es pre-

ciso que mis palabras os persigan como el plomo, que vá á buscar á un pájaro en medio de su vuelo. Mirad que lo que voy á deciros podrá parecerse á un sermon, y lo debeis oir sentado. Muy bien. Comenzarenos ahora si os parece por un acto de franqueza. Decidme la verdad, ¿habeis leido alguna vez á Loke?

El Caballero.

No: nunca. No tengo motivo para ocultaroslo. Solamente en cierto dia de campo me acuerdo de haber abierto un libro suyo; el tiempo era lluvioso, y fue un movimiento casi indeliberado.

El Conde.

No siempre he de reñiros. Soleis tener espresiones felices y oportunas. Con efecto, el libro de Loke casi siempre es tomado y abierto por un movimiento de esa especie. Entre los libros serios, apenas se

halla otro que sea tan poco leido. Una de mis grandes curiosidades, pero que no puede ser satisfecha, es la de saber cuantos hombres se encuentran en París que hayan leido desde la cruz á la fecha, como suele decirse, el *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Se habla de él, pero siempre sobre su palabra; yo mismo he hablado intrépidamente cual otros muchos sin haberle visto. Al fin queriendo tener el derecho de hacerlo debidamente, es decir, con lleno y entero conocimiento de causa, lo he leido tranquilamente desde la primera palabra hasta la última, y siempre con la pluma en la mano.

Mas contaba diez lustros ya cumplidos, y no creo haber padecido en mi vida un fastidio semejante, á pesar de que ya conoceis mi constancia en estos casos.

El Caballero.

¡Si la conozco! Os he visto leer un pesado in folio aleman, y me a-

cuerdo que al veros concluir su lectura lleno de vida y de salud, os dije que despues de semejante prueba, *podiais compararos á un cañon que ha sufrido doble carga.*

El Conde.

Y sin embargo os puedo asegurar, que la obra germánica era un leve folleto muy lleno de atractivo en comparacion del *Ensayo sobre el entendimiento humano*. En esta no hay nada que os consuele; es un libro que es preciso atravesarle como las arenas de la Libia, sin encontrar el mas mínimo *vacío*, el mas pequeño punto productivo en donde poder respirar. Hay libros de los cuales se dice: *mostradme sus defectos*; pero en cuanto al Ensayo puede muy bien decirse: *mostrad uno que no tenga.*

Nombrad el que querais entre aquellos que juzgueis mas apropósito para hacer á un libro despreciable, y yo os lo citaré desde luego sin buscarle. El prefacio solo es ya

mas chocante de lo que se puede esplicar. *Me prometo, dice Loke, que el lector que comprará mi libro, no echará menos su dinero.* Juzgad de la espresion, pero continuad, y hallareis que este libro *es el fruto de algunas horas pesadas, de las cuales no sabía que hacer; que se há divertido mucho en componer su obra, porque tanto placer causa el cazar las alondras y gorriones, como el perseguir las zorras y los ciervos; que ha sido comenzada por acaso, continuada por complacencia, escrita á trozos incoherentes, abandonada muchas veces, y vuelta á tomar lo mismo, segun el capricho ó la ocasion.* Ved un lenguage original en boca del autor que vá á tratar del entendimiento humano, de la espiritualidad del alma, de la libertad, y sobre todo de Dios. ¡Como clamarían nuestros pesados ideólogos, si encontrasen en algun prólogo de Mallebranche tan impertinentes llanezas!

No podeis figuraros hasta que

punto su tratado es ridículo por las groseras espresiones que acuden como de tropel á su pluma, por la trivialidad é inconsecuencia de sus ideas, y por los errores que contiene.

Ya convierte la memoria en una caja en donde encierra las ideas á su disposicion, la cual está separada del entendimiento, como si hubiese en él otra cosa que él; ya hace de ella *un secretario que forma sus registros;* y ya en fin nos presenta la inteligencia humana como un cuarto oscuro, en el que hay algunas ventanas practicables por donde entra la luz. Precisado á pasar por la inmediacion de tantos obgetos diferentes, tened la bondad de suponer que á cada uno de los egemplos que os cite, mi memoria podria añadir ciento, si escribiese una disertacion. El solo capítulo de los descubrimientos de Loke, presta para entretenernos dos dias.

Él ha descubierto que *para que haya confusion en las ideas, es preciso cuando menos que haya dos;*

de modo que mientras que exista una sola, no podrá confundirse con otra.

Y ha descubierto tambien *que las relaciones pueden cambiar sin que cambie el sugeto.* Suponed por egemplo que sois padre; vuestro hijo muere; y Loke descubre que dejais de ser padre en el momento mismo que muere vuestro hijo aunque sea en América, *no obstante de que en vos no se ha operado ningun cambio; y que por cualquiera parte que se os mire, sé os encontrará el mismo.*

EL CABALLERO.

Perfectamente: ¡vaya que eso es hermoso! ¿Sabeis que si no hubiese muerto iría de buena gana á Londres por tener el gusto de darle un abrazo?

EL CONDE.

No os dejaré marchar sin hablaros algo sobre sus definiciones.

¿Quereis saber como define la unidad? *La unidad*, dice, *es todo lo que puede ser considerado como una cosa, sea real ó sea idea.* A esta definicion que hubiese dispertado la envidia del difunto Mr. de la Palice, añade Loke con toda la seriedad posible: *Asi es como el entendimiento adquiere la idea de la unidad.* Vednos ciertamente adelantados en el orígen de las ideas.

¿Pues que diremos de la definicion de la solidez? Solidez *es lo que impide á dos cuerpos que se mueven el uno hácia el otro, el que puedan tocarse &c.* Aquel que haya formado juicio de Loke por su reputacion, creerá apenas á sus oidos ó á sus ojos cuando juzgue por sí mismo; pero voy á asombrar al mismo asombro, citándoos su definicion sobre el átomo: *Este es un cuerpo contínuo bajo de una forma inmutable.*

¿Quereis conocer ahora hasta que punto llegaba su erudicion? Una de las cosas mas célebres en la historia de las opiniones huma-

nas, es la disputa de los antiguos sobre las verdaderas fuentes de la felicidad, ó sobre el *summum bonum*. Oid pues como Loke habia comprendido la cuestion. Creia que los filósofos antiguos disputaban sobre el derecho, cambía una cuestion de moral y de alta filosofía, en una simple cuestion de gusto ó de capricho; y mirando la cosa bajo de este gracioso aspecto, decide con su rara profundidad: *Que lo mismo sería disputar, si el mayor placer del gusto se encuentra en las manzanas, en las ciruelas ó las nueces*. No hay que hacer, es tan sabio como moral y político.

Omito hablaros acerca del espíritu de secta que reina en sus escritos, lo cual os haría ver hasta que punto el protestantismo habia embotado su razon. No me detengo en los errores monstruosos que este le hace sostener, y prescindo tambien de detallar sus largos desvaríos en órden á la libertad. El filósofo que reflexionará sobre ella, hará justicia á los estoicos, que adi-

vinaron en otro tiempo un dogma fundamental del cristianismo, decidiendo *que el justo es solamente libre.* En el dia no es ya una paradoja, sino una verdad incontestable, y de primer órden. *Donde está el espíritu de Dios, alli se encuentra la libertad.* Todo el que se apartará de esta idea, girará eternamente al rededor del principio, como la aurora de Bernouille, sin llegarlo á tocar.

Decid ahora seriamente, ¿que os parece de un filósofo capaz de escribir tales absurdos? ¿No es cierto que habiais formado de él un concepto ventajoso? Pues este es el hombre que ha prestado la tabla á la cual se ha asido el materialismo en su naufragio, sosteniendo *que el pensamiento puede pertenecer á la materia.* Creo que esta asercion no fue en su principio mas que una ligereza escapada á Loke *en alguno de esos momentos de tedio, en los cuales no sabía que hacer*, y creo que la hubiera borrado, si se le hubiese advertido con blandura; pe-

ro por desgracia ha sucedido lo contrario, no porque él dejase de conocer aunque confusamente los principios, sino porque su orgullo y comprometimiento eran mas poderosos que su conciencia. Confiesa que la materia es en sí misma incapaz de pensar, que la percepcion no le pertenece por su naturaleza, y que es imposible imaginar lo contrario; (1) pero á pesar de esta confesion, y de otras que le llevan al convencimiento de su error, Loke nunca retrocede. Esta contradiccion le hace en algun modo disculpable, pues dá á conocer que no se entendia á sí mismo.

El Caballero.

Toda sorpresa que no es perjudicial, causa cierto placer. Es imposible que os podais figurar hasta

---

1 Ved la respuesta al obispo de Worcester: Matter in evidently in its own nature void of sense and Thought. (Essais lib. 4.° cap. 3.° en las notas.)

que punto me divertís diciéndome que Loke *no se entiende á sí mismo.*

EL CONDE.

Vuestra sorpresa no es estraña, estimable amigo mio. Vos juzgabais á Loke segun la preocupacion recibida, que se obstina en mirarle como un pensador: yo convengo en que lo sea, si se me concede (lo que no puede negárseme) que sus pensamientos son bien poco profundos. Él podrá haber mirado mucho, pero ha visto bien poco. Siempre se detiene en el primer obgeto; y si trata de examinar las ideas abstractas, se le ofusca la vista. Un egemplo os puedo ofrecer de esta verdad.

Disputaba con el obispo sobre si un ser puramente material podia pensar ó no, y Loke concluyó *que sin el socorro de la revelacion, nunca se podria saber si Dios ha juzgado á propósito unir y fijar á la materia dispuesta debidamente una sustancia inmaterial pensante.*

¿Que es pues lo que quiere decir este hombre? ¿Quien ha dudado nunca de que Dios haya unido el principio pensante, es decir, el alma á la materia organizada? Ved lo que sucede á los materialistas de todas clases, que al querer sostener que la materia piensa, sostienen sin advertirlo que pueda ser unida á la sustancia pensante, lo que ninguno les disputa. Pero Loke, sino me engaña mi memoria, ha sostenido ambos principios; en lo cual es preciso convenir, que si acaso es menos malo, es mucho mas ridículo.

Desearia poderme estender sobre su teoría de las ideas simples, complexas, reales, imaginarias, y adecuadas; pero la falta de tiempo me lo impide. ¡Que cargo se podia hacer á este hombre por haber atacado la moral, derribando las ideas inatas sin saber lo que hacia! Conoce su culpa interiormente, y para escusarse de ella dice, *que antes que todo es la verdad:* lo cual quiere decir, que *la verdad es antes*

que la misma verdad. Nadie será víctima de tan pérfido sofisma. Alucinado no obstante por su pretendido respeto á la verdad, que solo es en el fondo un delito público disfrazado bajo tan hermoso nombre, en el primer libro de su Ensayo espuma, por decirlo así, la historia y los viages para avergonzar la humanidad. Cita las creencias y los usos mas indecentes; se abandona hasta el punto de copiar de un libro desconocido cierta historia que repugna, y creyéndolo raro, nos inserta la anécdota en los propios términos de su autor. ¿Para que todo esto? ¿Lo creeis, señores? Para *sentar y establecer que no hay moral inata.* ¡Que lástima que no haya producido una *nosologia* para demostrar que tampoco hay salud!

El Caballero.

Me habeis dicho al principio, decidme la verdad; permitidme que ahora os repita lo mismo. Decidme la verdad: ¿no habeis escogi-

do entre los pasages de Loke aquellos que mas campo prestan á la crítica? La tentacion es seductora, cuando se trata de un hombre á quien se quiere poco.

El Conde.

No solo os puedo asegurar lo contrario, sino añadiros ademas, que el exámen detallado me suministraria materia para miles de argumentos; mas para refutar un libro en 4.° se necesitaria otro de igual volumen; ¿y quien tendria valor para leerlo? Cuando algun mal libro se ha apoderado de los entendimientos, el mejor medio es manifestar el espíritu general que le ha dictado; clasificar los defectos; indicar solamente los mas chocantes, y confiar lo demas á la conciencia del lector. El título de la obra de Loke es *Ensayo sobre el entendimiento humano:* cambiémosle dos palabras, llamándole Ensayo sobre el entendimiento de Loke; y con dificultad hallaremos otra que llene

mejor el obgeto, pues que es el verdadero retrato de su autor. No deja de traslucirse que es hombre de cierta honradez y bastante talento, aunque arrastrado desgraciadamente por el espíritu de secta, que le estravia sin que llegue á advertirlo, y que carece de la erudicion filosófica la mas indispensable, asi como de la profundidad necesaria.

No se puede ciertamente decir todo lo que tiene de malo, pero podeis abrir indistintamente este libro; y yo me comprometo á probaros que apenas hallareis cuestion importante que no haya tratado con inferior medianía. Ahora pues, ¿si un hombre mediano como yo, le puede convencer de medianía, que haría un hombre superior, que se tomase el trabajo de refutarle?

El Senador.

Creo que no reparais en el problema que haceis nacer sin advertirlo; porque cuantos mas cargos acumulais contra el libro de Loke,

tanto mas inesplicable haceis la inmensa reputacion que goza.

El Conde.

No me pesa dar orígen á un problema, cuya resolucion me es tan facil; y ya que nuestro jóven amigo me ha provocado á la discusion, la terminaré muy gustoso con ventaja de la verdad.

¿Quien conoce mejor que yo toda la estension de la autoridad concedida tan desgraciadamente á Loke, ni quien tampoco se ha afligido mas de ella? ¡Ah! ¡Que cargo tiene sobre sí esa fútil generacion, que le ha convertido en oráculo, y que vemos *aprisionada* aun en el error por la autoridad de un vano nombre que ha exaltado en su locura! ¡Que cargo sobre todo á esos franceses que han abandonado, olvidado, ofendido al Platon cristiano, nacido en medio de ellos, al cual no era digno Loke de cortarle las plumas, para ceder el cetro de la filosofía racional á ese ídolo que es

obra de sus manos, á esa falsa dei-dad del siglo XVIII, que nada sa-be, nada dice, y nada puede, y á la que han levantado un pedestal sobre la fé de algunos fanáticos, malos filósofos, y peores ciudadanos!

Pero no os maraville semejante idolatría. El éxito y la reputacion de los libros pudiera ser el asunto de uno bueno. Lo que Séneca ha dicho de los hombres, es quizá mas cier-to sobre las obras del entendimien-to humano: *Unos tienen la fama, y los otros la merecen*. Si los libros salen á luz en circunstancias favora-bles; si adulan las pasiones; si tie-nen á su favor el fatalismo prosélito de alguna secta numerosa y activa, ó lo que es mas que todo, el fa-vor de alguna poderosa nacion; el éxito es seguro. La reputacion de los libros, si se esceptuan quizá los de las matemáticas, depende mucho menos de su mérito intrínseco que de las circunstancias referidas, á la cabeza de las cuales se debe colocar el poder de la nacion á que perte-nece el autor. Si el P. Kirker hu-

biese nacido en Londres ó en París, su busto se hallaria colocado sobre todas las chimeneas; y se miraría como cosa demostrada que todo lo habia visto ó traducido. La obra que no está sostenida por alguna nacion que egerza poderosa influencia, tendrá cuando mas un éxito mediano, de lo cual puedo citaros mil egemplos. Partid de estos principios, cuya verdad me parece palpable; y vereis como Loke ha reunido en favor suyo todas las circunstancias posibles. Si hablamos de su patria, era Ingles, y la inglaterra parece destinada para brillar en toda época; pero no la consideremos ahora sino en el principio del siglo XVIII. Entonces poseia á Newton, y hacia retroceder á Luis XIV. ¡Que momentos para los escritores! Loke se aprovechó de ellos, y tal es sin embargo su inferioridad que no hubiese prosperado hasta tal punto sin haberle favorecido algunas otras circunstancias. El espíritu humano comenzado á estraviar por el protestan-

tismo, se indignaba ya de su propia timidez, y se preparaba animosamente para sacar todas las consecuencias de los principios esparcidos en el siglo XVI. Una secta espantosa principiaba por otro lado á organizarse, y no desperdició el momento favorable á sus designios.

Este pérfido aborto hubiera sido prevenido ó evitado por otra religion siempre en vela é inexorable. Pero el libro nació donde debia nacer, y salió de mano hecha á propósito para satisfacer las mas dañadas y peligrosas miras. Loke gozaba de la estimacion general; se titulaba cristiano; habia escrito en favor del cristianismo, aunque segun su preocupacion de secta, y habia acabado con una muerte en la apariencia buena, una vida regular y laboriosa. ¡Cuanto habian de apreciar los conjurados que tal hombre estableciese los principios, de que tenian necesidad, y favoreciese el materialismo, sobre todo por *delicadeza de conciencia!* Asi se precipitaron sobre el desgraciado *En-*

sayo, y le hicieron valer con tal ardor, que no se tiene idea, sino se fija muy particular atencion. Me acuerdo de haberme estremecido en otro tiempo al ver uno de los ateos mas obstinados recomendar á los jóvenes la lectura de Loke compendiado, ó digámoslo así, concentrado por cierta pluma que hubiera podido egercitarse de otro modo mas conforme á su vocacion. Leedle, les decia con entusiasmo, releedle, y aprendedle de memoria. Parece que hubiera querido, como decia madama de Sevigné, hacerlo tragar en el caldo. Hay una regla segura para juzgar de los libros lo mismo que de los hombres, esta es, el saber de quienes son amados, y de quienes aborrecidos. Esta regla que nunca nos engaña, creó haberosla dado respecto de Bacón. En el instante que veais algun libro puesto á la moda por los enciclopedistas, traducido por un ateo, y alabado sin medida por el torrente de los filósofos del último siglo; no necesitais mas exámen, y tened por

cosa cierta que su filosofía, ó es falsa ó peligrosa. Por el contrario, si veis á estos filósofos embarazados por aquel escritor, despechados contra las ideas que espresa, que procuran sepultarle en la obscuridad, y que se permiten mutilarlo ó alterar sus escritos, estad seguros siempre, sin otro exámen, de que sus obras presentan grandes y numerosas escepciones á los cargos generales que le quieren hacer. No penseis que trato de igualar á estos dos hombres. Bacon como filósofo moralista, y aun como escritor, tiene en cierto modo algun derecho á la admiracion de los conocedores, mientras que el Ensayo *sobre el entendimiento humano* es todo lo que puede concebir de mas verdaderamente monstruoso la falta absoluta del ingenio y del estilo.

Si Loke que era hombre muy honrado, levantase la cabeza, lloraría sin duda al ver que sus errores aguzados por el método frances, eran la vergüenza y la desgracia de una generacion entera. ¿No veis

como Dios ha proscrito esta vil filosofía, y como ha querido hacer visible su anatema? Recorred todos los libros de sus adeptos, no encontrareis una línea sola que el gusto y la virtud se dignen recordar. Ella es la muerte de toda religion, de todo sentimiento delicado, de toda elevacion sublime. El padre de familia que la recibe debajo de su techo, debe estar advertido de que destierra la vida, porque ningun calor se puede alimentar y sostener delante de este soplo glacial.

Volviendo á la aceptacion de los libros, puede esplicarse precisamente como la de los hombres, pues asi para los unos como para los otros, hay cierta prosperidad que es maldicion verdadera, y que nada tiene de comun con su mérito. El éxito solo nada prueba. Desconfiad sobre todo de la preocupacion tan comun, tan natural, y no obstante enteramente falsa, de creer que la grande reputacion de algun libro supone vastos y muy

fundados conocimientos de él. La inmensa mayoría de los hombres juzga de ellos por oidas: un pequeño número fija tan solo la opinion, y aunque este muera, le sobrevive aquella. Salen nuevos libros á luz, no dejan tiempo para leer los otros, y no son juzgados por lo mismo sino por conceptos vagos, ó por analogías superficiales, y algunas veces falsas. Poco tiempo ha que un escelente juez, pero que solo puede juzgar de aquello que conoce, ha dicho en París, que la elocuencia de los antiguos mas semejante á la de Bossuet era la de Demóstenes, á pesar de que estos dos oradores se diferencian entre sí, tanto como pueden diferenciarse dos cosas buenas de un mismo género; pero toda su vida ha oido decir que Domóstenes tronaba, y Bossuet tambien; y como no hay cosa que se parezca tanto á un trueno como otro, ved por donde ha sacado la deduccion. Asi pues se forman los juicios. ¿La Harpe no ha dicho formalmente

que el obgeto de todo el libro del Ensayo sobre el entendimiento humano, *era el de demostrar en rigor que el entendimiento es espíritu, y de una naturaleza esencialmente distinta de la materia?* ¿No ha dicho ademas que *Loke, Clarke, Leybnitz, Fenelon &c.* han conocido esta verdad (de la distincion de las sustancias)? ¿Quereis una prueba mas clara de que este literato no habia leido á Loke? ¿y podeis imaginar siquiera que hubiese incurrido en el error de inscribirlo en tan honrosa lista, si le hubiese visto agotar todos los recursos de su quisquillosa dialéctica para atribuir á la materia el pensamiento? ¿No oís como Voltaire nos dice, que *Loke con su grande sensatez* repite sin cesar *definid?* ¿Y hubiera hecho este elogio del filósofo ingles, si hubiese sabido que Loke es eminentemente ridículo por sus definiciones, que solamente son una tantologia desleida? ¿Este mismo Voltaire no dice en una obra sacrílega, que Loke es el Pas-

kal de la Inglaterra? No me acuseis de apasionado á Francisco Arouet; le supongo tan ligero, tan mal intencionado, y sobre todo tan mal frances como querais; mas no puedo creer que un hombre de su gusto se hubiera permitido comparacion tan sumamente estravagante, si hubiese juzgado por sí mismo. Como ¿el fastidioso autor del Ensayo sobre el entendimiento humano, cuyo mérito en la filosofía racional se reduce á referir con la mayor llaneza lo que todo el mundo sabe, ó nadie necesita saber, y que sería desconocido totalmente en las ciencias, si no hubiese descubierto que la celeridad se mide por la masa; como semejante hombre, vuelvo á decir, se compara á Paskal? ¿A Paskal, que era grande hombre antes de la edad de treinta años, físico y sobresaliente matemático, apologista superior, filósofo profundo, y hombre tan raro en fin, que todos sus errores nunca podrán eclipsar sus estraordinarias cualidades? Semejante pa-

ralelo no nos permite suponer que Voltaire hubiese tomado conocimiento por sí mismo del *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Añadid á esto que los literatos franceses leian muy poco en el último siglo, ya porque llevaban una vida muy disipada, ya porque escribian demasiado, y ya en fin porque el orgullo les persuadia que para nada necesitaban de los pensamientos agenos. Los hombres de esta clase estaban muy ocupados para leer á Loke, y sospecho con algun fundamento que no ha sido leido generalmente ni por aquellos que le ensalzan, ni por aquellos que le citan, ni tampoco por aquellos que pretenden esplicarle.

Creo haber dicho bastante sobre esta reputacion tan poco merecida. Dia llegará, y quizá no está lejos, en que Loke será unánimemente colocado en el número de los escritores que mas han estraviado á los hombres. En medio de tantos cargos como le he hecho, he tocado únicamente alguna de sus faltas.

Despues de haber sentado los fundamentos de una filosofía tan falsa como peligrosa, su espíritu fatal se dirigió á la política con éxito igualmente deplorable. Ha hablado del orígen de las leyes tan mal, como sobre el de las ideas; y en órden á este punto ha establecido los fatales principios cuyas consecuencias tenemos á la vista. Estos gérmenes terribles hubiesen abortado en el silencio debajo del hielo de su estilo; pero desarrollados en el fango caliente de París, han producido el monstruo revolucionario que tanto agita á la Europa.

Por lo demas nunca repetiré bastante que el juicio que me veo precisado á formar de las obras de Loke, no me impide hacer la debida justicia á su persona y memoria. Loke tenia virtudes, y aunque estas me recuerdan el maestro de baile citado, creo por el Dr. Swist que *tenia todas* las cualidades buenas imaginables, *á escepcion de que era cojo:* no por eso dejo de respetar su carácter moral, pero para deplorar de

nuevo la influencia *del mal principio* sobre los mejores talentos. Por desgracia este es el que reina en Europa hace tres siglos, el que todo lo niega, el que todo lo conmueve, y el que protesta contra todo. Sobre su frente de bronce está escrito *No*, y este es el verdadero título de Loke, el cual puede ser considerado como el prefacio de casi toda la filosofía del siglo XVIII, que es enteramente negativa, y por consiguiente nula.

Aun quiero añadir otra reflexion sobre esta reputacion que creíais general. Contad los votos, y por mejor decirlo, pesadlos. Si pudieseis entreoir la voz de la sabiduría y de la virtud en medio de los clamores de la ignorancia, y del espíritu de partido, ya podriais saber que *Loke es muy poco estimado en su patria como metafísico, que en el punto fundamental de su filosofía entregado, así como sobre otros muchos, á una verbosidad ambigua, está convencido de no haberse entendido á sí mismo; que su*

primer libro (base de todos los otros) es el peor de todos; que en el segundo trata solo superficialmente de las operaciones del alma; que la obra es enteramente incoherente, y hecha por la ocasion; que su filosofía del alma es mezquina, y no vale la pena de ser seriamente refutada; que encierra opiniones tan absurdas como funestas en sus resultados; que cuando no son ni falsas ni peligrosas, nunca pueden servir mas que para los jóvenes, y aun solo hasta cierto punto; y que si Loke hubiese vivido bastante para ver las consecuencias que se han sacado de sus principios, hubiera él mismo arrancado con indignacion las páginas culpables.

Pero la autoridad de Loke no será derribada, mientras esté sostenida por la opinion de gentes que pertenecen á las grandes potencias. En veinte escritos franceses del último siglo he leido *Loke* y *Newton*. ¡Tal es el privilegio de las grandes naciones, que plugo á los franceses decir *Corneille* y *Vade*, ó quiza

Vade y Corneille! Y si la euphonía que decide de tantas cosas lo consintiese, creo que nos forzarian á repetir Vade y Corneille.

El Caballero.

Nos concedeis tanta influencia, querido amigo, que os debo dar las gracias en nombre de mi patria.

El Conde.

Perdonad; estoy lejos de concedérosla. Solo la *reconozco*, y en ello no me debeis favor alguno. Yo desearía poder elogiaros siempre; mas sois una potencia terrible. Jamás ha existido nacion mas fácil de engañar, ni mas difícil de desengañar, ni mas poderosa para engañar á otros. Os distinguis de todos los pueblos del mundo por dos caracteres singulares, el espíritu de asociacion y el de proselitismo. Las ideas entre vosotros son todas nacionales, y apasionadas. Me parece que un Profeta os ha pintado con

un solo rasgo de su pincel veinte y cinco siglos hace: *Cada palabra de este pueblo es una conjuracion* (1). La chispa eléctrica recorriendo como el rayo que derriba una masa de hombres en comunicacion, representa toda via débilmente la invasion instantánea, y casi fulminante de un gusto, de un sistema, de una pasion entre los franceses, que no pueden vivir *aislados*. Al menos si obraseis solo sobre vosotros mismos, se os podria dejar; pero la propension, la necesidad, el furor de obrar sobre los otros, es el rasgo principal de vuestro carácter. Cada pueblo tiene su mision, de la que no deberian abusar. La menor opinion que esparcís en Europa, es un ariete movido por treinta millones de hombres. Ansiosos siempre de éxito y de influencia, no parece que vivais sino para satisfacer esta necesidad, y como una nacion no puede haber recibi-

---

1 Omnia quæ loquitur populus iste conjuratione est. (Isaias VIII, 12)

do su destino sin los medios de llenarle, vosotros los teneis en vuestra lengua, por influjo de la cual reinais mas que por vuestras armas, aunque estas hayan trastornado el Universo. El imperio que egerce, no depende de sus formas actuales, pues es tan antiguo como ella; y ya en el siglo XIII escribió un italiano en frances la historia de su patria, *por que la lengua francesa corria en el mundo, y era mas deliciosa para oirla que otra alguna.*

Por ahora, y mientras que vuestra inconcebible nacion esté alucinada por Loke, solo confio que le coloque en su debido lugar la Inglaterra. Sus rivales son los distribuidores de la nombradía en Europa; y la anglomanía que los ha agitado y perdido en el último siglo, era estremadamente útil y honrosa á los ingleses, que supieron aprovecharse de ella. Muchos autores de esta nacion, como Young, Richardson &c. no han sido conocidos en Europa sino por las traducciones francesas. En las memorias de Gibbon

se vé una carta en que hablando de la novela de Clarisa, dice, *que es muy mala:* Horacio Walpole, despues Conde de Oxford, no opinaba mejor, como creo haber leido en algun parage de sus obras. Pero el energúmeno Diderot prodigó en Francia á este mismo Richardson aplausos que no hubiese concedido tal vez á Fenelon, y los ingleses le dejaron decir, y lo hicieron muy bien. Llegará un dia en que se eche de ver este alucinamiento de los franceses sobre algunos puntos de los que los ingleses, aunque parte interesada, juzgan distintamente. Sin embargo, como en el estudio de la filosofía el desprecio de Loke es el principio de la ciencia, los ingleses se conducirian del modo mas digno de ellos, y harian un verdadero servicio al mundo, si tuviesen el acierto de desvanecer ese prestigio, y derribar esa reputacion de la cual no necesitan. Un cedro del Líbano, lejos de empobrecerse, se hermosea con arrancarle una hoja muerta.

Mas si tratan de defender esta reputacion artificial con el mismo ardor que defenderán á Gibraltar, en este caso me retiro. Es preciso ser mas poderoso que yo para hacer la guerra á la Gran Bretaña, teniendo como tiene la Francia entre los brazos. Antes que tirar del carro de su triunfo, convendré, si lo exigen, en que no se puede derribar el pedestal de Loke..... (E' pur si muove.)

Mas no sé por qué es siempre á mi á quien el Caballero se dirige, ni porque yo me dejo llevar tan fácilmente. Me habeis fatigado de modo que apenas puedo respirar. ¿Por que no os dirigís lo mismo á nuestro amigo el Senador?

El Caballero.

Dejadle, dejadle, que ya le llegará la vez. Él es tambien mas apacible, y mas flemático que vos, necesita de mas tiempo para respirar libremente, y su razon sin saber por qué es mas imponente para

mí. Asi es que si me ocurre dirigirme á uno de los dos, siempre me determino en favor vuestro. Creo tambien que debeis esa lisongera preferencia á la mancomunidad de lenguage, porque veinte veces al dia os tengo por frances.

EL SENADOR.

¿Y creis que todo frances tenga derecho para aburrir y fatigar á otro?

EL CABALLERO.

Ni mas ni menos que un ruso lo puede tener para otro ruso. Pero vámonos pronto, porque miro la péndula, y veo que de aquí á un instante será mañana

VELADA SEPTIMA.

EL CABALLERO.

Me prometo, señor Senador, que no dejareis la palabra, y nos direis algo sobre la guerra.

EL SENADOR.

No hay inconveniente. Tendré gran satisfaccion en ello, porque es materia sobre la que he discurrido muchísimo. Ha ocupado mi atencion desde que he comenzado á meditar, y nunca la he profundizado bastante.

Lo primero que os diré os maravillará sin duda; mas en mi concepto no puede darse cosa mas positiva. Habiendo nacido el hombre dotado de razon, de sentimientos y de afecciones, no encuentro me-

dio para esplicar como pueda haber guerra humanamente. Mí parecer es el resultado de la reflexion mas detenida. La Bruyere describe esta grande estravagancia con su conocida energía. Hace algunos años que he leido este pasage suyo, y no obstante me acuerdo perfectamente de él: insiste mucho acerca de la locura de la guerra; pero cuanto mas loca es, tanto mas inesplicable se presenta.

EL CABALLERO.

Juzgo que podria decirse antes de pasar adelante, que los príncipes lo mandan, y es preciso marchar.

EL SENADOR.

No por cierto, estimado Caballero. Siempre que algun hombre que no sea absolutamente necio, os presente cuestiones como problemáticas, tomaos mucho tiempo, reflexionad profundísimamente, y nunca fieis en esas soluciones re-

pentinas que suelen ofrecerse al que no se ha ocupado de la cosa, ó lo ha hecho superficialmente. Por lo comun no pasan de simples ocurrencias sin solidez, que nada esplican, y que nunca pueden hacer frente á la reflexion. Los Soberanos solo mandan, con cierto éxito, y de un modo durable, lo que está en el círculo de las cosas aprobadas por la opinion, y este no ha sido descrito ó trazado por ellos. En todos los paises hay cosas mucho menos repugnantes que la guerra; mas apesar de ello, el Soberano no se aventúraría á mandarlas. Acordaos de vuestra satírica broma sobre la nacion *que tiene una academia de ciencias, un observador astronómico y un calendario falso.* Vos añadisteis con tono de seriedad, lo que habiais oido decir á cierto hombre de estado, acerca de que no sería seguro el querer inovar algo en la materia, y que bajo el último gobierno tan distinguido por sus ideas, nadie se habia atrevido á emprender cosa alguna.

Ya veis que hay asuntos mucho - menos interesantes que la guerra, en los cuales conoce la autoridad que no debe comprometerse, y atended que no se trata solamente de esplicar la posibilidad, sino la facilidad de la guerra. Para cortar las barbas y acortar los vestidos, necesitó Pedro, primero de toda la fuerza de su caracter invencible, y para conducir sus legiones al campo de batalla aun en la época misma en que era batido y aprendia á batir, nunca tuvo necesidad de otra cosa que de hablar, como todos los demas Soberanos. El hombre sin embargo apesar de su degradacion conserva el amor que le arrastra hácia sus semejantes, y la compasion le es tan natural como la respiracion. ¿Por que magia pues inconcebible está pronto al primer toque de tambor para despojarse de este carácter y marchar sin resistencia, y aun con cierta alegria, á destrozar á su hermano en el campo de batalla, á su hermano que nunca le ha ofendido, y que se ade-

lanta tambien hácia él para hacerle sufrir la misma suerte? Podreis tal vez concebir este enigma en la guerra nacional, ¡pero que pocas son las de esta clase! Acaso una en mil años. En cuanto á las demas, particularmente entre naciones civilizadas que discurren y que saben lo que se hacen, confieso que no lo puedo comprender. Dirán acaso que la gloria es la causa; pero ademas de que la gloria es principalmente para los gefes, solo se conseguirá con esta respuesta remontar la cuestion, porque yo preguntaré ¿por que se ha atribuido esta gloria á la guerra? Quiero comunicaros una idea que he tenido muchas veces. Me figuro que cierta inteligencia estrangera á nuestro globo, viene á él por alguna razon suficiente, y conversa con uno de nosotros acerca del órden que aqui reina. Entre las cosas curiosas que le refiere, le dice, que la corrupcion y los vicios de que ya le ha instruido, exige que el hombre en algunos casos muera por la mano del hombre, y que es-

te drecho de matar, sin cometer delito, no le tienen sino el verdugo y el soldado. » El primero, le añade, dá la muerte á los culpables convencidos y condenados, y sus egecuciones son felizmente tan raras que uno de estos ministros basta para cada provincia: mas en cuanto al segundo, nunca su número es bastante, porque debe matar sin tasa, y siempre á las gentes de bien. De estos dos matadores de profesion, el último es sumamente honrado, y lo ha sido siempre entre todas las naciones que hasta ahora han habitado el globo; y el otro, por el contrario, es generalmente reconocido por infame. ¿Decidme ahora sobre quien recae el anatema? »

Ciertamente que el genio viagero no vacilaria un instante, y que haria del verdugo todos los elogios que no pudisteis rehusarle el otro dia cuando hablabais de él. « Este es un ser sublime, nos diria; es la piedra angular de la sociedad, pues que el crimen ha venido á habitar

vuestra tierra, y solo puede ser contenido por el castigo, quitad el egecutor, y todo el órden desaparece con él. ¡Que grandeza de alma! Que interes tan noble debe precisamente suponerse en tal hombre que se dedica á funciones respetables sin duda, pero sumamente penosas y contrarias á vuestra naturaleza; porque segun lo que he podido observar desde que estoy entre vosotros, os cuesta repugnancia el matar un pollo á sangre fria. Estoy persuadido de que disfruta de todo el honor que necesite y que le es debido por títulos tan justos. En cuanto al soldado es un ministro de crueldades é injusticias. ¡Que pocas son las guerras evidentemente justas, y cuantas las injustas! ¡Cuantas injusticias parciales! ¡Cuantos horrores! ¡Cuantas atrocidades inútiles! Creo que la opinion ha impuesto justamente tanta deshonra en la frente del soldado, cuanto ha impreso de gloria en la del egecutor impasible de los decretos de la soberana justicia."

Notad, señores, cuanto se hubiese equivocado el genio. El militar y el verdugo ocupan efectivamente las dos estremidades de la escala social, pero es en órden inverso de esta bella teoría. Nada hay tan noble como lo primero, ni nada mas abyecto que lo segundo: sus funciones se aproximan á medida que se alejan, pues se tocan lo mismo que el primer grado del círculo está tocando al trescientos sesenta por la razon de que no hay otro mayor. El militar es tan noble, que ennoblece lo que hay de mas bajo en la general opinion, pues que puede egercer las funciones de egecutor sin envilecerse, con tal que solo las egecute en sus compañeros, y que para darles la muerte se sirva de sus armas.

El Caballero.

Habeis dicho, querido amigo, una cosa importante. En todo país en que por cualquiera consideracion imaginable se tratase de que el sol-

dado fuese ministro de las egecuciones criminales que están fuera de su estado, en el instante, y sin saber por que, se apagarian los rayos luminosos que rodean la cabeza del militar. Se le temeria, por que un hombre que se apoya sobre un fusil provisto de buena llave reclama la atencion; pero este honor desapareceria sin duda. El oficial ninguna consideracion disfrutaria por su empleo. Si tenia nacimiento y virtudes, podria ser considerado á pesar de su grado, en lugar de serlo por su grado, pues lo ennobleceria en lugar de ser ennoblecido; y si este grado proporcionaba rentas considerables, tendria el precio del trabajo, pero nunca la gloria. Luego habeis dicho muy bien, señor Senador, *con tal que el soldado sea únicamente el ministro de la egecucion de sus propios compañeros, y que emplee para matarlos sus propias armas,* porque en cuanto se trata de algun delito, es ya negocio del verdugo.

Tal es el uso establecido. Los

tribunales ordinarios tienen la atribucion de conocer de los crímenes civiles, y los culpables de esta especie de delitos se ponen en sus manos. Ignoro si se alteraría el carácter del soldado porque pluguiese al Soberano disponerlo de otro modo; pero estamos acordes en punto á las otras dos condiciones, y no dudamos de que este carácter se mancillaría irremisiblemente si se precisase al soldado á fusilar al simple ciudadano, ó á matar á su compañero con el dogal. Las recompensas privilegiadas tienen menos fuerza que los castigos privilegiados, para mantener el honor y la disciplina de los cuerpos. Los romanos, pueblo de la antigüedad sensato y guerrero á la vez, concibieron una idea singular respecto de los delitos militares de simple correccion. Creyendo que no habia disciplina sin el palo, y no queriendo envilecer ni al que le daba ni al que le recibia, imaginaron honrar en algun modo la paliza militar, y para esto escogieron el *sarmiento* que consideraron

mas inútil para los usos de la vida, y le destinaron únicamente para castigar al soldado. El pámpano en la mano del centurion era la señal de su autoridad, y el instrumento de los leves castigos. La paliza generalmente entre los romanos era una pena reconocida por la ley, pero ni ningun paisano podia ser golpeado con el sarmiento, ni ninguna otra vara podia servir para golpear al soldado. Ignoro porque no ha ocurrido á algun soberano moderno idea semejante. Si se me pidiese mi dictámen sobre este punto, escogeria el laurel en lugar del sarmiento, porque me disgustan las imitaciones serviles.

El Caballero.

Vuestra idea me agrada tanto mas, cuanto la creo susceptible de ser puesta en egecucion. Yo presentaria de buena gana á S. M. I. el plan de un cercado anchuroso que se estableceria en la capital, y sería destinado esclusivamente á produ-

cir varas de disciplina para todos los cabos del egército ruso. Este cercado estaría bajo la inspeccion de algun oficial general, Caballero de San Jorge, de segunda clase cuando menos, el cual tendria el título de *Gran Inspector del cercado de los laureles*, cuyas plantas no podrian ser cuidadas, cortadas, ni trabajadas sino por inválidos viejos, de reputacion y sin tacha. El modelo de las varas, que deberian ser todas iguales, se depositaría en la oficina de guerra dentro de un estuche encarnado. La vara se colgaria á un ojal de la casaca del cabo con la cinta de San Jorge, y sobre la fachada del cercado se leeria el lema *mi madera es la que produce mis hojas.* En verdad que esta idea no sería enteramente necia Solo encuentro dificultad en que los cabos.....

El Senador.

Jóven amigo mio, por mucho ingenio que se tenga, y de cualquier pais que uno sea, es imposible im-

provisar un código sin respirar, y sin cometer alguna falta, aun cuando sea el código de la vara: pensadlo pues con alguna madurez, y mientras tanto permitid que continúe.

Por mas peligroso que sea el militar en sí mismo para el bien estar y las libertades de toda nacion, pues que su divisa será siempre poco mas ó menos la de Aquiles *Yura nego mihi nata;* sin embargo las naciones mas celosas de sus libertades, han pensado siempre del mismo modo que el resto de los hombres, en cuanto á la preeminencia del estado militar. (1) La antigüedad ha hecho lo mismo, y este es uno de aquellos puntos en órden al cual los hombres han estado siempre acordes, y es de esperar lo estarán constantemente. Esplicadme

---

1 En todas partes, dice Xenofonte, en donde los hombres son religiosos, guerreros y obedientes ¿como no tendria uno un justo derecho para llenarse de esperanzas?

pues el siguiente problema. *Por que lo que hay de mas honroso en el mundo, á juicio de todo el género humano sin escepcion alguna, es el derecho de derramar inocentemente la sangre inocente.* Reflexionadlo bien, y vereis que hay algo de misterioso é inesplicable en la estimacion estraordinaria que los hombres han dado á la gloria militar, tanto mas cuanto que si escuchamos únicamente las teorias y los razonamientos humanos, formaremos ideas enteramente opuestas. No se trata de esplicar la posibilidad de la guerra por la gloria que la rodea; antes se ha de esplicar esta misma gloria, y no es cosa muy fácil. Quiero aun comunicaros otra idea al mismo intento. Se nos ha dicho mil veces, que estando unas naciones en estado natural respecto de las otras, no pueden terminar sus diferencias si no por medio de la guerra. Pero yo estoy dispuesto á preguntar, *¿por que todas las naciones han permanecido respectivamente en estado de naturale-*

za, sin haber dado un solo paso para salir de él? Segun las locas doctrinas que se nos han imbuido en la juventud, hubo tiempo en que los hombres no vivian en sociedad: y este estado imaginario se ha llamado ridículamente estado de naturaleza. Se añade que los hombres pesaron doctamente la ventaja de los estados, y se decidieron por este.

El Conde.

¿Me permitís que os interrumpa para haceros una reflexion, que me ocurre contra la doctrina que tan justamente habeis llamado *loca?* El salvage propende tanto á sus mas brutales hábitos, que ninguna cosa le puede disgustar ni apartarle de ellos. Supongo que habreis visto á la cabeza del discurso sobre la desigualdad de condiciones, la lámina grabada de la historieta verdadera ó falsa del hotentote que se vuelve á sus iguales. Rousseau no sospechaba que el frontispicio fuese argumento poderoso contra la o

bra. El salvage vé nuestras artes, nuestras leyes, nuestras ciencias, nuestro lujo, nuestra delicadeza, nuestros goces de toda especie, y muy particularmente nuestra superioridad, que no se le puede ocultar, y que podria escitar algunos deseos en corazones que fuesen susceptibles de ellos; pero todo esto no le detiene, y si le es posible se vuelve á sus iguales. Ahora pues, si el salvage de nuestros dias teniendo conocimiento de los dos estados, y pudiéndolos comparar diariamente en algunos paises, permanece firmemente en el suyo ¿como quieren que el salvage primitivo haya salido de él por via de deliberacion para pasar á otro estado del que no tenia conocimiento alguno? Luego la sociedad es tan antigua como el hombre; luego el salvage no es ni puede ser sino un hombre degradado y castigado. No veo cosa mas clara para el sensato á quien desagraden los sofismas.

El Senador.

Predicais á un convertido, como dice el proverbio. No obstante, yo os doy gracias por vuestra reflexion, pues nunca son demas las armas contra el error. Pero volviendo á lo qué antes os decia: si el hombre ha *pasado del estado de la naturaleza*, en el sentido vulgar de la palabra, al estado de civilizacion ó deliberadamente ó por acaso (hablo en el lenguage de los necios sofistas) ¿por que las naciones tienen menos talento ó menos dicha que los simples individuos, y como no han convenido nunca en establecer una sociedad general para terminar las querellas de las naciones, asi como se han convenido en una soberanía nacional para ventilar la de los particulares? En vano pondrán en ridículo *la paz impracticable* del abate de San Pedro (por que convengo en que es impracticable); pero pregunto ¿por que las naciones no han podido elevarse al estado social cual los particulares?

¿como la culta Europa no ha hecho algun ensayo de esta especie, y como Dios que es el autor de la sociedad de individuos, ha permitido que el hombre, su criatura amada, que ha recibido el carácter divino de la perfectibilidad, no haya ni siquiera ensayado á elevarse hasta la sociedad de las naciones? Todas las razones imaginables para establecer que esta sociedad es imposible, militarán tambien contra la sociedad de individuos. El argumento de que se echaría mano principalmente de la impracticable universalidad que sería preciso dar á la grande soberanía, carecería de fuerza, porque es enteramente falso que debiese abrazar el Universo. Las naciones están suficientemente clasificadas, y divididas por los rios, por los mares, por las montañas, por las religiones, y por las lenguas que tienen entre sí mas ó menos afinidad. Y cuando determinado número de naciones conviniesen solas en pasar al estado de *civilizacion*, sería ya muy grande

adelanto para la humanidad. Se dirá que las otras naciones se volverian contra ellas. Nada importa: estarian mas tranquilas entre sí, y serían mas fuertes con respecto á las demas, lo cual es suficiente. La perfeccion no es necesaria en esta parte, bastaría acercarse á ella, y no puedo persuadirme que hubiese dejado de hacerse alguna tentativa dirigida á este obgeto, á no mediar alguna ley oculta y terrible que exige como necesario el derramamiento de sangre humana.

El Conde.

Sosteneis como cosa incontestable que nunca se ha intentado esta *civilizacion de naciones*, y no obstante es una verdad que se ha tentado frecuentemente y con obstinacion, aunque sin saber lo que se hacia, lo cual era circunstancia muy favorable al éxito; y se ha estado tan cerca de conseguirlo, como lo permitia la imperfeccion de nuestra naturaleza. Pero los hombres se en-

gañaron; tomaron una cosa por otra, y todo faltó en virtud, segun todas las apariencias, de esa ley oculta y terrible de que hablais.

El Senador.

Os haria algunas preguntas sino temiese perder la ilacion de las ideas. Uno de los fenómenos mas dignos de atencion es, que el oficio de la guerra lejos de degradar al hombre, como se podria creer ó temer si la esperiencia no nos mostrase lo contrario; lejos de imprimir el carácter de la ferocidad y dureza al que lo egerce, tiende por el contrario á perfeccionarle. El hombre mas honrado es por lo comun el mas honrado militar; yo he hecho siempre particular aprecio como os lo decia últimamente, de la sensatez de los militares, y la prefiero sobremanera á los largos rodeos de las gentes de negocios. En el comercio ordinario de la vida, los militares suelen ser mas amables, mas accesibles, y me han

parecido mas atentos y serviciales que el resto de los hombres. En medio de las tempestades políticas, se manifiestan generalmente defensores intrépidos de las máximas antiguas; ningun sofisma consigue deslumbrar su rectitud, y se ocupan voluntariamente de cosas y de conocimientos útiles. La sola obra que nos ha dejado la antigüedad en punto á economía política, es de Xenofonte que era militar, y la primera tambien que en esta materia hay en Francia es del Mariscal Vauban. La religion entre ellos se une fuertemente con el honor, y en el caso mismo en que la ofenden gravemente, no le rehusarian su espada si tuviese necesidad de ella. Se habla mucho *de la licencia de los campos*, y es muy grande sin duda, pero el soldado no encuentra los vicios alli, sino que los suelen llevar. Un pueblo moral y austero suministra siempre escelentes soldados, que solamente son terribles en el campo de batalla. La virtud, la piedad misma se saben aliar con el ardi-

miento militar, y exaltan al guerrero en lugar de enervarle. El cilicio no embarazaba á San Luis bajo de la coraza, y hasta Voltaire ha confesado de buena fé, que un egército pronto á perecer para servir á Dios debe ser invencible (1). Las cartas de Racine nos dicen que cuando seguia al egército de Luis XIV en 1691 en clase de historiógrafo de Francia, observaba cuantas veces asistia á la misa en el campo, que comulgaban algunos fusileros, causando la mayor ternura y edificacion.

Buscad en las obras espirituales de Fenélon la carta que escribió á un amigo suyo oficial, agitado en gran manera por no haber sido colocado en el egército, como se prometia. Habia sido conducido probablemente por Fenélon al punto de una alta perfeccion: ¿pero creeis

---

1 Voltaire hace esta confesion hablando del piadoso y valiente Marqués de Fenélon, muerto en la batalla de Rocaux, (Historia de Luis XV, tomo 1.°, cápitulo XVIII.)

que el alma tierna y amorosa del Cisne de Cambray le presentaba compensaciones á las escenas desastrosas en las cuales no deberiá ya tener parte? ¿Creeis que le diria sobre todo: *ahora sois feliz, no vereis los horrores de la guerra, y el espectáculo espantoso de los crímenes que ésta lleva consigo.* No por cierto, nada menos: si que en vez de dirigirle estas palabras, le consolaba por el contrario, y se afligia con él, y veia en esta privacion una desgracia deplorable y una pesada cruz muy á propósito para desprenderle del mundo.

El Caballero.

Estoy muy lejos de contradeciros, y creo que la virtud, no solo no debilita, sino que sostiene y eleva el valor militar. Sinembargo hemos visto egemplares de legiones de ateos que han obtenido victorias prodigiosas.

EL SENADOR.

¿Y por que no; mayormente si estos ateos combatian con otros? Mas dejad que continúe. El estado militar se conforma tanto con la moralidad del hombre, que no entibia las virtudes dulces que parecen tan opuestas á la profesion de las armas. Los caracteres mas pacíficos aman la guerra, la desean y la hacen con pasion. A la primera señal, el jóven amable, acostumbrado desde niño á mirar con horror la violencia y la efusion de sangre, abandona el hogar de sus padres, y corre con las armas en la mano á buscar en el campo de batalla al que llama *su enemigo*. Ayer se hubiera desmayado quizá si hubiese pisado un canario de su hermana, y hoy sube sobre montones de cadáveres para estender la vista, como dice Charron. La sangre que corre por todas partes, solo sirve para animarle á derramar la suya y la de otros; se inflama por momentos, y llega muchas veces hasta *el entusiasmo del destrozo*.

El Caballero.

No es exageracion lo que decís; antes de cumplir yo los veinte y cuatro años, habia ya conocido tres veces el *entusiasmo* de que hablais. Lo he esperimentado por mí mismo, y me acuerdo muy particularmente de cierto momento terrible en que hubiera pasado al filo de la espada un egército entero si hubiera tenido la posibilidad.

El Senador.

Y si en este momento se os propusiese cojer alguna paloma blanca con la serenidad de un cocinero, y despues........

El Caballero.

Apartad: el pensarlo me estremece.

El Senador.

Ese es precisamente el fenóme-

no de que os hablaba antes. El espectáculo de la guerra no endurece el corazon del verdadero militar; en medio de la sangre que vierte puedeser tan humano, cuanto puede ser casta la esposa fiel en medio de los transportes del amor. Desde que vuelve la espada á la vaina, recobra sus derechos la santa humanidad, y los sentimientos mas exaltados y generosos se encuentran entre los militares. Recordad, Caballero, el gran siglo de la Francia. Entonces la religion, el valor y la ciencia estaban puestas en equilibrio, y asi resultó ese bello carácter que todos los pueblos saludaron con aclamacion unánime como el modelo del carácter europeo. Separad de él el primer elemento, y desaparece al instante el conjunto que constituye su belleza. Apenas se observa cuan necesario es este elemento para todo, y el papel que representa aun alli en donde no le descubre el observador superficial. El espíritu divino que habia fijado su asiento particularmente en la

Europa, suavizaba hasta las plagas de la justicia eterna, y la guerra europea será siempre notable en los anales del universo. Se mataba ciertamente, se quemaba, se devastaba, se cometian mil y mil crímenes inútiles; pero en medio de ellos se comenzaba la guerra en el mes de Mayo, se terminaba en el de Diciembre, se dormia en tiendas de campaña, y el soldado combatía solo con el soldado. Nunca las naciones estaban en guerra, y la debilidad era respetada en medio de las lúgubres escenas de esta devastadora plaga.

Era un espectáculo magnífico el ver todos los Soberanos de Europa como retenidos en los límites de la mas severa moderacion, no pedir á sus pueblos ni aun en el momento del riesgo todo lo que podian exigir. Se servian del hombre con suavidad y dulzura, y conducidos por cierta fuerza invisible, evitaban siempre dar golpes trascendentales á la soberanía enemiga. Gloria, honor y alabanza á la ley de amor

proclamada sin cesar en el centro de la Europa. Ninguna nacion triunfaba de la otra; la guerra antigua existia tan solo en los libros ó entre los pueblos *sentados á la sombra de la muerte*; y una provincia, una ciudad ó algunos pueblos concluian por mudar de señor en las guerras mas encarnizadas. Los miramientos mútuos y la mas esquisita política se dejaban traslucir en medio del estruendo marcial; la bomba en los aires respetaba el palacio de los reyes, y los bailes y espectáculos solian servir de intermedio á los combates. El oficial enemigo convidado á las fiestas, hablaba alegremente de la batalla que debia darse al amanecer, y entre los horrores de la refriega mas sangrienta oía el moribundo los acentos de la piedad y las fórmulas de la cortesanía. A la primera señal del combate se levantaban por todas partes hospitales vastos y numerosos: la medicina, la cirugía y la farmacia convocaban sus adeptas, y el genio de *San Juan de Dios y de San Vi-*

cente Paul constante como la fé, activo como la esperanza, diestro como el amor, se elevaba en medio de ellos mas grande y mas fuerte que el hombre. Toda víctima viva era recogida, curada y consolada; y toda llaga era asistida por la mano de la ciencia y por la de la caridad. Hablabais antes de legiones de ateos que han conseguido victorias prodigiosas; creo que si se pudiesen regimentar los tigres, veríamos aun mayores maravillas, pero nunca el cristianismo, si le mirais de cerca, os parecerá mas sublime, mas digno de Dios y mas hecho para el hombre que en la guerra. Cuando decis *legiones de ateos,* supongo que no hablais literalmente, mas suponedlas tan malas como puedan ser, ¿quereis saber como serán vencidas con ventaja? oponiéndolas el principio diametralmente contrario al que las habia constituido. Estad seguros de que las legiones de ateos no harian frente á estas legiones fulminantes.

En fin, señores, las funciones

del soldado son terribles, pero es preciso que deriven de alguna gran ley del mundo espiritual, y no nos debemos asombrar de que todas las naciones vean en la guerra alguna cosa divina. Creed que el título de *Dios de los Egércitos* no brilla sin alguna grande y profunda razon en tantas páginas de la Santa Escritura. Nosotros culpables, y desgraciados por esta razon, hemos hecho necesarios todos los males físicos, y particularmente la guerra, á pesar de que la atribuimos ordinariamente á los Soberanos, lo cual es cosa muy sencilla. Horacio decia trivialmante:

Los príncipes deliran; y sus pueblos
De sus delirios sufren el castigo.

Pero J. B. Rousseau ha dicho con mayor gravedad, y con mas verdadera filosofía:

La cólera temible de los Reyes
Es la que hace la guerra:
La cólera divina
Es quien arma los Reyes de la tierra.

cente Paul constante como la fé, activo como la esperanza, diestro como el amor, se elevaba en medio de ellos mas grande y mas fuerte que el hombre. Toda víctima viva era recogida, curada y consolada; y toda llaga era asistida por la mano de la ciencia y por la de la caridad. Hablabais antes de legiones de ateos que han conseguido victorias prodigiosas; creo que si se pudiesen regimentar los tigres, veríamos aun mayores maravillas, pero nunca el cristianismo, si le mirais de cerca, os parecerá mas sublime, mas digno de Dios y mas hecho para el hombre que en la guerra. Cuando decis *legiones de ateos*, supongo que no hablais literalmente, mas suponedlas tan malas como puedan ser, ¿quereis saber como serán vencidas con ventaja? oponiéndolas el principio diametralmente contrario al que las habia constituido. Estad seguros de que las legiones de ateos no harian frente á estas legiones fulminantes.

En fin, señores, las funciones

del soldado son terribles, pero es preciso que deriven de alguna gran ley del mundo espiritual, y no nos debemos asombrar de que todas las naciones vean en la guerra alguna cosa divina. Creed que el título de *Dios de los Egércitos* no brilla sin alguna grande y profunda razon en tantas páginas de la Santa Escritura. Nosotros culpables, y desgraciados por esta razon, hemos hecho necesarios todos los males físicos, y particularmente la guerra, á pesar de que la atribuimos ordinariamente á los Soberanos, lo cual es cosa muy sencilla. Horacio decia trivialmante:

> Los príncipes deliran; y sus pueblos
>
> De sus delirios sufren el castigo.

Pero J. B. Rousseau ha dicho con mayor gravedad, y con mas verdadera filosofía:

> La cólera temible de los Reyes
> Es la que hace la guerra:
> La cólera divina
> Es quien arma los Reyes de la tierra.

Ademas, la ley terrible de la guerra es un capítulo de la ley general que rige el universo. En el vasto dominio de la naturaleza viviente, reina la violencia y cierta especie de rabia que arma todos los seres *in mutua funera*: y desde que salís del reino insensible, encontrais la muerte violenta escrita sobre la fachada misma de la vida. En el reino vegetal se comienza ya á sentir esta ley, porque desde el inmenso Catalpa hasta la mas humilde graminea ¿cuantas son las plantas que mueren, y cuantas las que son muertas? pero en el momento que entrais en el reino animal, esta ley se manifiesta con mayor violencia. Cierta fuerza oculta se ve ocupada de contínuo en destruir el principio de la vida por medios violentos. En cada division de la especie animal existe cierto número de animales encargados de devorar los otros; asi hay insectos de rapiña, pájaros ó aves de rapiña, pescados de rapiña, y cuadrúpedos de rapiña que solemos llamar fie-

ras. Por todas partes vereis séres vivientes devorados por otros. A la cabeza de estas razas numerosas de animales, se halla colocado el hombre, cuya mano destructora nada respeta de cuanto vive; mata para nutrirse, mata para vestir, mata para adornarse, mata para atacar, mata para defenderse, mata para instruirse, mata para divertirse, y mata por matar. El hombre sabe cuanto aceite puede sacar de la cabeza del perro marino. Su alfiler puntiagudo clava en el carton de los museos á la mariposa elegante, que ha sabido coger al vuelo en la cumbre del monte blanco, ó en las laderas elevadas del chimborazo; diseca el cocodrilo, embalsama el colibri, y la serpiente de cascabel viene á morir por orden suya en el licor que la debe conservar, para manifestarla intacta á los inumerables curiosos. El caballo que lleva á su amo á la caza del tigre, se viste con la piel de este mismo animal, y el hombre aprovecha las tripas del cordero pa-

ra formar las cuerdas de su arpa; las barbas de la ballena para ajustar el corsé de la jóven doncella; el diente mas mortífero del lobo para pulir las obras ligeras del arte; los colmillos del elefante para trabajar el juguete de un niño, y sus mesas están llenas de cadáveres. ¿Y esta ley terminará en el hombre? ¿Que sér estará destinado á esterminar al que los estermina á todos? Él, el hombre es el encargado de degollar al hombre. ¿Mas como podrá cumplir este destino, el que es un ser moral y misericordioso, que ha nacido para amar, que llora los males agenos como los propios, que encuentra placer en llorar, y que llega á formarse ficciones para alimentar este gusto? La guerra es la que cumplirá este *decreto*. ¿No oís la tierra que grita y reclama la sangre? No le basta la de los animales, ni tampoco la de los culpados derramada por la espada de la ley. La tierra no ha gritado en vano; la guerra se enciende; y el hombre arrebatado de

un furor sobrenatural, ageno del odio y de la cólera, marcha intrépidamente á la batalla, sin saber lo que quiere ni lo que hace. ¿Que horrible enigma es este? Lo mas contrario á la naturaleza, es lo que menos repugna, y hace con entusiasmo lo mismo que mira con horror. ¿No habeis observado que el hombre nunca desobedece en el campo de batalla? Podrá descargar sus golpes sobre Newa ó Enrique IV; pero el tirano mas abominable, el mas sediento de sangre humana nunca oirá: *no os queremos servir*. Una sublevacion en el campo de batalla, un convenio unánime para negar la obediencia, y desconocer á un tirano, es de los fenómenos que mi memoria no recuerda. Nada resiste, ni puede resistir á la fuerza que arrastra al hombre á los combates. Autor inocente de mil muertes, instrumento pasivo de una mano terrible, penetra con la cabeza baja en el abismo que él abrió, y dá y recibe la muerte sin pensar que es él mis-

mo el que la ha hecho. (1)

Asi se cumple sin cesar desde el gusanillo arador hasta el hombre, la grande ley de la destruccion violenta de los seres vivientes. La tierra contínuamente embebida de sangre es un altar inmenso, en el que todo lo que vive debe ser inmolado sin fin, sin medida, sin descanso, hasta la consumacion de las cosas, hasta la estincion del mal, hasta la muerte de la muerte. (2)

Pero el anatema debe caer mas directa y visiblemente sobre el hombre. El Angel esterminador gira al rededor de este globo desgraciado, y no deja respirar á una nacion sino para dirigirse contra otras. Cuando los delitos, y particularmente los delitos de cierta especie, se han acumulado hasta determinado punto, el Angel apresura sin medida su infatigable vuelo. Semejante á la

---

1 Et infixa sunt gentes in interitum quam fuerunt. Ps. IX. 16.

2 Porque el último enemigo que debe ser destruido es la muerte. (San Pablo á los Cor. 1. 15. 26.)

acha encendida vuelta con rapidez, la inmensa celeridad de su movimiento le hace presente á la vez todos los puntos de su órbita. Unas veces hiere en un mismo instante todos los pueblos de la tierra, y otras ministro de venganza infalible, se ceba en algunas naciones, y las riega de sangre. No espereis sin embargo que ellas hagan esfuerzo alguno para escapar de su juicio, ni aun para abreviarle. Se parecen á los grandes culpables, que iluminados por su conciencia piden á voces el suplicio, y le aceptan gustosos para encontrar en él la espiacion. Mientras que tendrán sangre correrán á ofrecerla, y bien pronto una nueva juventud se hará referir estas guerras desoladoras producidas por los delitos de sus padres.

La guerra ha sido llamada divina, porque tiene consecuencias de un órden sobre natural, tanto generales como particulares, consecuencias poco conocidas, porque son poco investigadas; pero que no por ello son menos incontestables.

¿Quien podrá dudar que la muerte que se recibe en los combates se tiene por la mas gloriosa? Y quien podrá creer que las víctimas de este espantoso juicio hayan derramado su sangre inútilmente? Pero no es tiempo de insistir en hablar acerca de esta clase de materias, puesto que nuestro siglo no se halla bastante maduro para ocuparse de ellas: dejémosle su física, y tengamos los ojos siempre fijos en el mundo invisible que nos lo esplica todo del modo mas plausible y consolador.

La guerra se llama divina por la proteccion misteriosa que la rodea, y por el atractivo igualmente inesplicable que nos arrastra á ella.

En la guerra se reconoce tambien el influjo de la divinidad por el modo como se declara. Sin que se crea que trato de disculpar á nadie ¿cuantas veces aquellas mismas personas que son miradas como autores inmediatos de las guerras, se ven precisadas á provocarlas por el concurso de varias circunstancias que no están á nuestro alcance? Colma-

da la medida de iniquidades, y apurado ya el sufrimiento de la justicia, avanza Dios á vengarlas: y la tierra codiciosa de sangre *abre la boca para recibirla y retenerla en su seno hasta la hora de su restitucion.* Aplaudamos pues al poeta estimable que esclama:

Si el interes
Los príncipes divide de la tierra,
Se alza Marte inhumano,
Y el cañon de la guerra
Sus voluntades anunciando aterra.

Pero que estas consideraciones no nos impidan elevar nuestra consideracion. La guerra se puede mirar como divina por sus resultados, que escapan absolutamente á las especulaciones de la razon humana porque pueden ser enteramente diferentes, aunque la accion de la guerra se haya manifestado igual en ambas. Hay guerras que envilecen las naciones, y las envilecen para siglos, otras las exaltan, las perfeccionan de todos modos, y lo que es mas estraordinario, reemplazan bien pron-

to las pérdidas momentáneas con aumentos visibles de riqueza y poblacion. La historia nos ofrece muchas veces el espectáculo de poblaciones ricas, tomando incremento en medio de los combates mas sangrientos; pero hay guerras viciosas, guerras de maldicion, las cuales las reconoce la conciencia mejor que el raciocinio, y las naciones que las hacen reciben heridas mortales en su poder y en su carácter. Entonces se vé al vencedor degradado, y gimiendo bajo de los laureles; mientras que en las tierras del vencido no encontrareis al cabo de algun tiempo un solo taller ó un arado que indique la falta del hombre...

Finalmente, la guerra aparece divina por la fuerza indefinible que siempre determina su éxito. Ciertamente no reflexionasteis bastante el otro dia, estimado Caballero, cuando repetisteis aquella máxima de que *Dios está siempre de la parte de los mas recios batallones*; máxima que me resistiré siempre á creer que haya sido vertida por el

grande hombre á quien se le atribuye. (1) Puede ser que haya vertido tal espresion chanceándose, ó tal vez seriamente en sentido limitado y muy cierto; porque Dios no deroga (sino en caso de milagro) las leyes generales que su misma Divina Magestad ha establecido para siempre. Asi como dos hombres tienen mas fuerza que uno solo; asi tambien cien mil hombres tienen doble fuerza y accion que cincuenta mil. Cuando pedimos al Señor la victoria, no pedimos que derogue las leyes generales del universo, porque esta peticion sería sumamente estravagante: mas estas se convinan de mil modos, y tienen cierto grado de estencion que es imposible señalar. Tres hombres son sin duda mas fuertes que uno solo: la proposicion general es incontestable; pero un hombre diestro puede aprovechar ciertas circunstancias, y un solo Horacio matará tres Curacios. El cuerpo que tiene mayor masa que otro,

(1) Turena.

tiene tambien mas movimiento, si las velocidades son iguales; ¿pero es lo mismo tener tres partes de masa y dos de celeridad, que tres de celeridad y dos de masa? Asi un egército de cuarenta mil hombres es físicamente inferior á otro de sesenta mil; mas si el primero aventaja en valor, en esperiencia y disciplina, podrá batir al segundo, porque tiene mas accion con menos masa, y esto lo estamos viendo en cada página de la historia. Por otra parte, la guerra supone siempre cierta igualdad, porque de otro modo no la podria haber. Nunca la república de Ragusa ha declarado la guerra á los Sultanes, ni la de Génova á los Reyes de Francia. Siempre hay cierto equilibrio en el universo político, que no puede el hombre destruir enteramente (á escepcion de ciertos casos cuyo número es muy limitado). Las ligas ó las coaliciones son dificiles. Cuando alguna potencia demasiado poderosa intimida el universo, se irritan las demas de no encontrar medio de con-

tenerla; se desahogan en quejas amargas contra el egoismo y la inmoralidad de los gabinetes, que les impiden reunirse para conjurar el comun enemigo, y entonces suele haber coaliciones. Tal fue el grito que resonó en la brillante prosperidad de Luis XIV; pero estas quejas no tienen fundamento sólido. Una liga de muchos soberanos fundada en los principios de moral pura y desinteresada, sería cosa milagrosa. Dios que nada nos debe, y que nada hace tampoco inútilmente, emplea dos medios sencillísimos para restablecer el equilibrio. Ya este poder agigantado se destruye á sí propio, ó ya alguna potencia muy inferior intercepta su marcha oponiendo obstáculos imperceptibles por de pronto, pero que aumentando despues, sin saber como, se llegan á hacer insuperables: á la manera que una débil rama detenida en el cauce del rio, se fortalece con las arenas que arrastra su corriente, y obliga á las aguas á cambiar su curso.

Suponiendo pues que existe equilibrio aproximado al menos, ó por la igualdad de fuerzas de las potencias beligerantes entre sí, ó porque las mas débiles cuentan con sus aliadas ¡cuantas circunstancias imprevistas pueden descomponer este equilibrio, y malograr é impedir que se lleven á cabo los mas grandes proyectos, á pesar de todos los cálculos de la prudencia humana! Unos gansos salvaron el capitolio cuatro siglos antes de nuestra era, y nueve siglos despues bajo el emperador Arnolfo fue tomada Roma por una liebre. ¿Contarian los unos con aliados de esta especie? ¿Temerian los otros semejantes enemigos? La historia está llena de acaecimientos de esta clase, que desconciertan los mejores planes y las especulaciones mas bellas. Si considerais la influencia que el poder moral tiene sobre la guerra, conocereis cuan viva y cuan sensible es alli la accion de la mano Divina. Parece que este sea el gran negocio cuya direccion se reservó la Providencia, pues que los

sucesos dependen casi enteramente de circunstancias, en que el hombre influye menos. Allí es advertido de su propia nulidad, y del inevitable poder que lo dirige todo. La opinion es la que pierde y la que gana las batallas. *El intrépido espartano sacrificaba al miedo* (Rousseau se maravilla, no sé por qué), y Alejandro sacrificó tambien al miedo antes de la batalla de Arbeles. Estas gentes, fuera del lastimoso error del paganismo, tenian en algun modo razon, y para rectificar semejante acto debemos pedir á *Dios que se digne libertarnos del miedo.* ¡El miedo! Habiendo leido Carlos V un epitafio que decia: *Aqui yace uno que nunca tuvo miedo*, se burló graciosamente de él. ¿Que hombre no ha conocido el miedo en su vida? ¿Quien no ha tenido ocasion de admirar en sí, al rededor de sí, y en las relaciones históricas la poderosa debilidad de esta pasion, que parece egercer mas imperio sobre nosotros cuando tiene menos motivos razonables? Oremos pues, estimable

Caballero, que á vos se dirige mi discurso, pues que sois vos quien habeis provocado estas reflexiones: oremos con todas nuestras fuerzas para que Dios aparte de nosotros y de nuestros amigos, el miedo que tiene sujeto á sus órdenes, y que puede destruir en un momento las mejores combinaciones militares.

No os espanteis de la palabra miedo, porque tomada en su estricta acepcion signifique una cosa que es vergonzoso tener. Hay un miedo que es el de la muger, el cual deberá estar lejos del hombre, aunque le tiene con sobrada frecuencia. Pero el verdadero miedo, y el mas terrible, es el que penetra en el corazon varonil, le hiela y le persuade que es vencido. Ved la plaga espantosa que está siempre en alto amenazando á los egércitos. Preguntaba yo cierto dia á un militar del primer rango, á quien ambos conoceis: *Decidme, general, ¿como se pierde una batalla? No lo sé,* me respondió de pronto; pero despues de alguna pausa, dijo: « las batallas

se pierden creyéndolas perder." ¡Que verdad tan cierta! De dos hombres que se baten, es vencido aquel que queda muerto ó derribado, y vencedor el que permanece en pie: pero entre dos egércitos no sucede lo mismo, porque no puede estar el uno muerto y el otro quedar en pie. Las fuerzas se anivelan, y desde que la invencion de la pólvora ha igualado los medios de destruccion en las batallas, no se pierden ya porque haya mas muertos de una parte que de otra. Asi Federico II. que lo entendia mucho, decia: *vencer es avanzar.* ¿Pero quien es el que avanza? Aquel cuya conciencia y cuyo ademan imponente hacen retroceder al otro. Recordad, señor Conde, aquel jóven militar amigo vuestro, que os describia *el solemne momento en que sin saber como, avanza un egército hàcia los enemigos, como si se dejase bajar por un plano inclinado.....* Me acuerdo muy bien que os hizo impresion esta frase, que espresa maravillosamente el momento decisivo; pero este

momento escapa enteramente á la reflexion y al mejor cálculo. El soldado que avanza *como resbalando* ¿ha contado los muertos? La opinion es tan poderosa en la guerra, que depende de ella el cambiar la naturaleza de los mismos acaecimientos, y de darles dos nombres diferentes, sin otra razon que el solo capricho. Un general se lanza en medio de los cuerpos enemigos, y grita entonces á sus tropas: *Los he cortado; son perdidos.* El otro por su parte dice tambien gritando á las suyas: *Están entre dos fuegos; son perdidos.* ¿Cual pues de los dos se habrá equivocado? El que se deje dominar por el miedo. Suponiendo todas las circunstancias, y particularmente la del número igual de una parte y de otra, al menos aproximadamente, mostradme entre las dos posiciones diferencia alguna que no sea puramente moral. El término de envolver pertenece á las espresiones de que mas se usa en las guerras, y que influyen poderosamente en la suerte de las batallas. Es

muy conocida la respuesta de aquella muger espartana á su hijo, que se quejaba de que tenia la espada muy corta: *Avanza un paso mas.* Si este jóven hubiera podido ser oido desde el campo de batalla, y hubiese gritado á su madre *soy envuelto*, no hubiera respondido aquella Lacedemonia: *Vuélvete tú.* La imaginacion es la que hace perder las mas de las batallas (1). Tampoco se suelen saber en el dia que se dán, si han sido ganadas ó perdidas. Muchas veces se ignora hasta el dia siguiente, y en algunos casos hasta pasados dos ó tres. Se habla mucho de batallas, y se comete generalmente el error de considerarlas como en un punto, cuando suelen cubrir dos ó tres leguas de terreno. El que se encuentra en el de la derecha ¿puede dar razon de lo que pasa en la izquierda? ¿Sabe siquiera lo que sucede á la distancia de dos pasos? ¿Cuantas veces igno-

---

1 Et qui primi omnium vincentur oculi. Tac.

ran los generales que han dirigido en gefe la jornada, cual de los dos ha quedado vencedor? Podria citaros batallas modernas, batallas muy famosas, batallas que han cambiado el semblante de los negocios de Europa, y que no han sido perdidas, sino porque tal ó tal hombre han creido que lo eran; de suerte que suponiendo todas las circunstancias iguales, y sin derramar una gota de sangre mas por ninguna de las partes, cualquiera otro general hubiera hecho cantar el *Te Deum* en su patria, y precisado á la historia á decir lo contrario de lo que ha dicho y dirá; ¿Mas en que época se ha visto al poder moral representar en la guerra un papel como el que representa en nuestros dias? ¿No es un asombro todo lo que estamos viendo de veinte años á esta parte? Los hombres de esta época son los que tienen el derecho de esclamar:

Citad tiempo mas fértil en milagros.

Sin salir del asunto que nos o-

cupa ¿hay en la guerra un solo acaecimiento contrario á los mas evidentes cálculos de la probabilidad, que no hayamos visto cumplirse á despecho de todos los esfuerzos de la prudencia humana? ¿No hemos visto malograrse batallas ganadas? Lejos de mi toda exageracion. Sabeis que las miro con aborrecimiento, porque las exageraciones son las mentiras de las gentes honradas; pero nunca convendré en que las victorias se adjudican necesariamente á los mas numerosos batallones, y tendré siempre por absurda esta idea, mientras no se entienda en el sentido que creo haber esplicado con toda claridad.

El Conde.

Estamos muy de acuerdo, señor Senador. Y á la verdad, no fueron los recios batallones los que salvaron vuestra patria al principio del siglo XVII, cuando el Príncipe Pajarski y el negociante de ganado Megnin, la libertaron de un yugo

insoportable. El honrado negociante prometió sus bienes y los de sus amigos, señalándole el cielo á Pajarski, que prometió su brazo y su sangre: comenzaron solamente con mil hombres, y triunfaron al fin.

El Senador.

Me alegro que os haya ocurrido este egemplo, aunque la historia de todas las naciones está llena de hechos semejantes que demuestran hasta que punto el poder del número puede ser producido, escitado, debilitado, ó anulado segun la asombrosa variedad de circunstancias que no dependen de nosotros. En cuanto á nuestros *Te Deum* nada digo, sino que á no ser la misericordia de Dios infinita, como lo es, se provocaría con ellos no pocas veces el rayo de su indignacion; pero el Señor que sabe lo que somos, nos trata segun nuestra ignorancia. Ademas, aunque haya abusos en esta parte, como los hay en todas las cosas humanas, no por eso la cos-

tumbre deja de ser muy loable y muy santa.

Siempre es preciso pedirle á Dios que nos conceda el éxito de todas nuestras cosas, si así nos conviniese, y darle despues gracias sínceras y sumisas; y como la guerra depende tan inmediatamente de Dios, que se ha dignado restringir acerca de ella el poder natural del hombre, y quiere ser llamado el *Dios de la guerra;* debemos redoblar nuestros votos cuando nos vemos afligidos con esta plaga terrible. Las naciones cristianas han convenido tácitamente con muchísima razon, en manifestar su reconocimiento al *Dios de los egércitos* por medio del Te Deum, cuando sus armas han conseguido la victoria, porque esta oracion que debemos á la Iglesia Católica, es muy apropósito para darle gracias de los triunfos que hemos debido á su Divina Magestad.

El Conde.

Efectivamente: aunque el tí-

tulo de himno Ambrosiano podria persuadir que pertenece esclusivamente á San Ambrosio, se cree sin embargo, aunque sobre la fe de una simple tradicion, que fue *improvisado*, si me es permitido esplicarme asi, en Milan por los dos grandes y Santos Doctores San Ambrosio y San Agustin en su transporte de fervor religioso, cuya opinion es muy probable. Con efecto, este inimitable cántico conservado y traducido por la Iglesia Católica y por los protestantes, no parece ser debido al trabajo y á la meditacion. Mas bien que composicion, es una efusion, una poesía ardiente, libre de todo metro, es un dithyrambo Divino, en el que el entusiasmo remontado con sus alas desprecia todos los recursos del arte. Dudo que la fé, el amor y el reconocimiento, hayan hablado un lenguage mas penetrante y verdadero.

El Caballero.

Me recordais lo que nos digis-

teis en nuestra última velada acerdel carácter íntrinseco de las diferentes oraciones. Este es un asunto de cuyo exámen nunca me habia ocupado; pero despues de haberos oido, he pensado escribir un curso de Oraciones, lo cual será sin duda obgeto importante de erudicion, porque todas las naciones han orado.

El Conde.

Será un curso muy interesante, y no de pura erudicion. Encontrareis en vuestra marcha muchedumbre de observaciones útiles, porque la oracion de cada pueblo indica con precision matemática suposicion moral. Los hebreos, por egemplo, le han dado alguna vez á Dios el nombre de *padre;* los paganos han hecho grande uso de este título; pero en tratando de la oracion no encontrareis en toda la antigüedad profana, ni aun en el antiguo testamento, un solo egemplo de que el hombre dirigiéndose á Dios le haya llamado padre. Porque los an-

tiguos que no conocian la revelacion de Moisés, nunca supieron espresar el arrepentimiento en sus oraciones. Ellos sentian remordimientos como nosotros, pues que tenian sus conciencias: sus grandes delincuentes recorrian el mar y la tierra para encontrar espiacion y espiadores; sacrificaban á todos los dioses irritados, se perfumaban, se inundaban en agua y en sangre; pero el corazon contrito nunca parecia. Jamás supieron por lo mismo pedir perdon en sus oraciones. Ovidio despues de muchos otros, ha llegado á poner estas palabras en la boca del hombre ofendido que perdona á su ofensor: *non quia tu dignus sed quia mitis ego:* pero ninguno ha podido trasportarlas á la boca del culpable que está hablando con Dios. Nosotros decimos en las oraciones de la misa: *Non existimator meriti sed veniæ largitor admitte*, y entonces espresamos lo que el género humano no ha podido decir sin revelacion, porque el hombre sabía que podia

irritar á Dios, ó á un Dios, pero no que podia ofenderle. Las palabras de crímen y criminal pertenecen á todas las lenguas; las de pecado y *pecador*, solamente con propiedad rigorosa á la cristiana. Por igual razon ha podido el hombre llamar á Dios padre, con lo que ha espresado las relaciones de creacion y poder; pero ningun hombre por sus propias fuerzas ha podido decir jamás *mi padre*, porque está es relacion de amor que no pertenece ni aun al monte Sinaí, sino solo al Calvario.

Una de las theses favoritas del siglo XVIII, es la de atribuir al pueblo hebreo la barbarie mas original y completa. Este siglo le niega toda ciencia, y hasta el conocimiento de la menor verdad física y astronómica. Segun él, los hebreos miraban la tierra como un llano, cuyo toldo era el cielo: quiere que su lengua deribe de otra; y no le concede finalmente, ni filosofía, ni artes, ni género alguno de literatura. ¿En que consiste pues que

esta nacion sea constantemente razonable, interesante, patética, y muchas veces tan sublime que arrebate en sus oraciones? La Biblia contiene muchas y muy bellas, de las cuales se ha formado una preciosa coleccion en nuestra lengua, pero encierra ademas en este género el libro de los libros, el libro por escelencia y que no tiene rival, el libro de los Salmos.

El Senador.

Hemos hablado largamente en otra ocasion con el Caballero acerca del libro de los Salmos, y le he compadecido, como os compadezco á vos mismo, de no entender el esclavon; porque la traduccion de los Salmos que tenemos en esta lengua es obra maestra.

El Conde.

No lo dudo: todo el mundo conviene en ello, y vuestro solo voto me bastaría; pero perdonadme si os

digo que no la juzgo necesaria. Tres lenguas fueron consagradas en el Calvario. El hebreo, el griego y el latin; y yo quisiera que nos atuviésemos á ellas: dos lenguas religiosas en el gabinete y una para la Iglesia. Fuera de esto respeto todos los esfuerzos que se han hecho por diferentes naciones; ya sabeis que nosotros no solemos disputar....

El Caballero.

Os repito hoy lo que decia el dia pasado á nuestro Senador, tratando de la misma materia, á saber: que admiro á David del mismo modo que á Píndaro, sin haberle leido.

El Conde.

¿Que decís, Caballero? Píndaro nada tiene de comun con David. El primero nos ha dicho *que hablaba solo á los sabios, y que le importaba poco ser ó no entendido del vulgo de sus contemporáneos.* Para entender perfectamente á este poe-

ta, no os bastaría pronunciarlo, ni cantarlo tampoco; sería menester que lo bailaseis. Mas aun cuando llegueis á comprenderlo perfectamente, os interesaría bien poco. Las odas de Píndaro son como cadáveres cuyo espíritu se ha retirado para siempre. ¿Que os importa los caballos de Hieron, ni las mulas de Agesías? ¿Que interes puede inspiraros la nobleza de las ciudades y de sus fundadores, los estravagantes milagros de los Dioses, las espediciones de los héroes, y finalmente los amores de las ninfas? La belleza consistia en los tiempos y en los lugares, y nuestra imaginacion intentaría en vano transportarse á ellos. Dejaron de existir la Olimpia, la Elide, el Alpheo: y el que se propondría encontrar el Peloponeso en el Perú, sería menos ridículo que el que lo buscase en la Morea. David por el contrario, hace frente al tiempo y al espacio, porque nada concede á los lugares ni á las circunstancias: ha cantado á Dios, y ha cantado la verdad inmortal co-

mo él. Jerusalen no ha desaparecido para nosotros, *está en donde nosotros estamos*, y es David en particular quien nos la hace presente. Leed y releed los Salmos, que son la verdadera *preparacion Evangélica*, y en ellos encontrareis el espíritu de la oracion, la inspiracion y la grandeza de Dios, los anuncios y promesas de cuanto poseemos. El primer carácter de estos himnos es el de siempre orar. Asi aun cuando el asunto del Salmo parece relativo solo á algun acaecimiento de la vida del Rey Profeta, su genio que no puede contenerse en aquel estrecho círculo, se sale de él, y se generaliza como que lo ve todo en la inmensa unidad del poder que le inspira. Todos sus pensamientos y todos sus sentimientos se convierten en oraciones, y no hay una sola línea que deje de pertenecer á todos los tiempos y á todos los hombres. Ya se penetra de la idea de la presencia de Dios, y las espresiones mas magníficas se presentan de tropel á

su espíritu. *¿Donde ocultarme, donde huir de tus penetrantes miradas? Si tomo prestadas las alas de la aurora, y vuelo hasta los límites del océano, tu mano me conduce, y encuentro tu poder. Si me elevo á los cielos, allí estás; y si me sumerjo en el abismo, allí te hallo tambien.* Ya fija sus ojos en la naturaleza, y sus transportes nos enseñan el modo como debemos contemplar. *Señor, dice, me habeis inundado de gozo con el espectáculo de vuestras obras, y yo me arrebataré cantando las obras de vuestras manos. ¡Cuan grandes son ellas, ó Señor! vuestros designios son abismos, pero el ciego no ve estas maravillas, y el insensato no las comprende* (1).

Si desciende á los fenómenos particulares ¡que abundancia de imágenes! ¡que riqueza de espresiones! Observad con que gracia y vigor espresa las bodas de la tierra y del húmedo elemento. *Tú visitas á*

1 Ps. CXXXVIII. 7. 9. 10.

la tierra en tu amor, y la colmas de riquezas! *Rio del Señor sobrepuja á tus orillas! prepara el alimento del hombre, esta es la órden que has recibido* (1): *inunda los suelos, vé á buscar los gérmenes de las plantas, y la tierra penetrada de gotas generatrices se alegrará de su fecundidad* (2). *Señor, tu ceñirás el año de una corona de bendiciones, tus nubes destilarán la abundancia* (3). *Las islas de verduras embellecerán el desierto* (4). *Las colinas se inundarán de regocijo, las espigas se apiñarán en los valles, los ganados se cubrirán de ricos vellones. Todos los seres lanzarán un grito de gozo. Si! todos entonarán un himno á tu gloria.* (5)

Alguna vez el sentimiento que le oprime, intercepta ya su respira-

1 Quoniam ita est preparatio ejus. LXIV. 10.

2 In stilindiis ejus lætabitur germinans. No tengo idea de mas bella espresion.

3 Nubes tuæ stillabunt pinquidinem. 12. Hebr.

4 Pinguescent speciosa deserti. 13.

5 Clamabunt etenim himnum dicent. 14.

cion. Un verbo que se adelantaba á espresar el pensamiento del Profeta, se detiene en sus labios y vuelve á caer sobre su corazon; pero la piedad lo entiende cuando esclama: *Tus Altares, ó Dios* de los espíritus. (1)

Otras veces se le ve retratar con los coloridos mas vivos al verdadero cristiano. *Enséñame*, dice, *á hacer tu voluntad por que tú eres mi Dios* (2). ¿Que filósofo de la antigüedad ha sabido que la virtud consiste en la obediencia á Dios, *porque él es Dios*, y que el mérito depende esclusivamente de esta sumision del pensamiento?

Conocia bien la ley terrible de nuestra naturaleza viciada, sabía que *el hombre es concebido en la iniquidad, y sublevado en el seno de su madre contra la ley divina.* (3)

---

1 Altaria tua Domine virtutum! LXXXIII. 4.
2 CXLIII 11.
3 In iniquitatibus conceptus sum et in peccatis conepit me mater mea, L. 7. Alienati sunt pecatores á vulva: erraverunt ab utero. LVII. 4

Asi como el grande Apóstol, sabia que el *hombre es un esclavo vendido á la iniquidad, que le tiene bajo su yugo, de modo que no puede gozar de libertad sino allí donde se encuentra el Espíritu de Dios* (1). Prorrumpe con enérgica exactitud verdaderamente cristiana: *por tí me veré libre de la tentacion; apoyado en tu brazo saltaré el muro* (2). Este muro de separacion levantado desde el orígen entre el hombre y el criador; este muro, que es absolutamente preciso saltar, pues que no puede ser derribado. Y cuando dice á Dios *obra con migo* (3) ¿no confiesa y no enseña el complemento de la verdad? Por una parte, *nada sin nosotros*, y por otra, *nada sin tí*. Si el hombre osa temerariamente apoyarse en sí solo, la venganza está pronta, *y será abandonado á las propensiones de su corazon y á los sueños de su entendimiento.* (4)

1 Rom. VII. 14. II. Cor. III. 19.
2 In Deo meo transgrediar murum XVII. 30
3 Fac mecum. LXXXV, 17.
4 Ibunt in adinventionibus suis. LXXX 13.

Ciertamente que el hombre es incapaz de orar por sí. David pide á Dios que le penetre *de este aceite misterioso, de esta uncion divina, que abrirá sus labios y le permitirá pronunciar palabras de alabanza y alegria* (1). *He sentido*, dice, *calentarse mi corazon dentro de mí; las llamas se han levantado de un pensamiento interior; se ha soltado mi lengua, y he hablado* (2). A estas castas llamas de amor divino, á estos transportes sublimes de un espíritu arrebatado al cielo ¿quien puede comparar el calor pútrido de Sapho, ó el entusiasmo de Píndaro? El gusto solo se decide aun sin recurrir á la virtud.

Ved como el Profeta descifra el incrédulo con una sola frase: *Ha rehusado creer por el miedo de obrar bien* (3); y como con otra dá la mas terrible leccion á los creyentes cuando les dice: *Los que haceis profesion de amar al Señor,*

---

1 LXII. 6. (2) XXXV. 4.
3 XXXV, 4.

aborreced el mal (1).

Este hombre estraordinario enriquecido de tantos dones, se hizo enormemente culpable; pero la espiacion enriqueció sus himnos de muchas y admirables bellezas. Nunca el arrepentimiento habló lenguage mas verdadero, mas patético y penetrante. Pronto á recibir con resignacion todas las plagas del Señor, (2) *quiere el mismo publicar sus iniquidades.* (3). Su delito está constantemente delante de sus ojos, (4) y el dolor que le devora no lo dejá descansar. (5) En medio de Jerusalen, en el seno de esta pomposa capital, destinada para ser dentro de poco la mas opulenta ciudad de la soberbia Asia, (6) sobre este trono al que la mano de Dios le habia

---

1 Qui diligentis Dominum odite malum. XCVI. 10. Berthier ha hablado muy bien sobre este texto.

2 XXXVII. 18.

3 Ibid. 19.

4 L. 5.

5 XXXVII. 11. 18.

6 Longe clarísima urbium Orientis Phsi llut nat. V. 14.

conducido, *se encuentra solo como el pelícano del desierto, como el pavor oculto en las ruinas, como el perezoso que gime sobre la eminencia de los palacios.* (1) *Consume las noches en los gemidos, y su triste cama es bañada de lágrimas.* (2) *Las flechas del Señor le han penetrado:* (3) *desde entonces no le queda parte sana; sus huesos han sido quebrantados* (4); *sus carnes se desprenden; se inclina hácia la tierra; su corazon se turba, toda su fuerza le abandona, la luz misma no brilla para él;* (5) *ya no oye; ha perdido la voz, y no le queda sino la esperanza.* (6) Ninguna idea alcanza á distraerle de su dolor; convirtiéndose en oracion, asi como todos sus sentimientos tiene cierta viveza que no se encuentra en ninguna otra parte. Recuer-

---

1 CI 7. 8.
2 VI. 7.
3 XXVII. 3.
4 VI. 3.
5 XXXII. 4. 6. 7.
6 Ibid. 16.

da sin cesar el oráculo que há pronunciado él mismo. *Dios ha dicho al culpable ¿por que te entrometes á anunciar mis preceptos con impuros labios?* (1) *yo no quiero ser celebrado sino por el justo* (2). El terror se mezcla en él constantemente con la confianza y hasta en los transportes del amor, en los éstasis de admiracion, en las mas interesantes afecciones de su reconocimiento sin límites, la punta acerada del remordimiento se hace sentir del mismo modo que la espina al traves de las hojas bermejas de la flor del rosal. En fin, entre las cosas que mas me maravillan en estos magníficos Salmos, son las vastas ideas del Profeta en materia de religion. La verdadera que él profesa, aunque encerrada en un punto del globo, se distingue no obstante por su tendencia á la universalidad. El

---

1 Peccatori dixit Deus cuare tu enarras justitias meas et assumis testamentum meum per os tuum? XLIX. 16

2 Recto decet laudatio. XXXII.

templo de Jerusalen estaba abierto á todas las naciones, y el discípulo de Moises no se negaba á orar á Dios con ningun hombre, ni en favor de ningun hombre. Lleno de estas ideas grandes, y generosas, é impelido ademas por el espíritu profético que le mostraba la celeridad de la palabra *y el poder Evangélico* (1), David se dirige al género humano sin cesar, y le llama todo entero á la verdad. Este llamamiento á la luz, este voto de su corazon, vuelve á parecer á cada instante en sus composiciones sublimes. Para espresarlo de mil modos, apura la lengua sin llegarse á contentar. *Naciones del universo, alabad todas al Señor. Escuchadme todos los que habitais el tiempo* (2). *El Señor es bueno para todos los hombres, y su misericordia*

---

1 Volociter currit sermo ejus CXLVII 15 Dominus dat verbum Evangelizantibus, LXVII. 12.

2 Omnes qui habitatis tempus XLVIII. Esta hermosa espresion pertenece al hebreo. La vulgata dice: Qui habitatis orbem. Ah! las dos espresiones son sinónimas.

se estiende á todas sus obras. (1) *Su reino abraza todos los siglos y todas las generaciones* (2). *Pueblos de la tierra, alzad gritos de alegria á Dios, cantad himnos á la gloria de su nombre, celebrad su grandeza en vuestros cánticos, decid á Dios: »La tierra entera os adorarà, celebrarà en sus cànticos la santidad de vuestro nombre." Pueblos, bendecid á vuestro Dios, y haced resonar por todas partes sus loores* (3). *Que vuestros oràculos, Señor, sean conocidos de toda la tierra, y que la salud que recibimos de vos, llegue à todas las naciones* (4). *En cuanto à mí, soy el hermano y el amigo de todos cuantos os temen, de todos los que observan vuestros preceptos* (5). *Reyes, Príncipes, grandes de la tierra, pueblos que la cubrís, ala-*

---

1 CXLIV. 9.
2 Ibid 13.
3 LXVI. 1. 4. 8.
4 LXVI. 3.
5 Particeps ego sum omnium timentium te et custodientium mandata sua CXVIII. 63.

bad el nombre del Señor, porque no hay nada grande mas que este santo nombre (1). Que todos los pueblos reunidos á sus dueños, formen una familia para adorar al Señor (2). Naciones de la tierra, aplaudid, cantad, cantad à nuestro Rey, cantad, porque el Señor es el Rey del Universo, cantad sabiamente (3). Que todo espíritu alabe al Señor (4). Dios se dignó contentar este gran deseo. La mirada profética del Santo Rey penetrando en el profundo por venir, veia ya la inmensa esplosion del cenáculo, y la faz de la tierra renovada por la efusion del espíritu divino. ¡Que bellas y que exactas son sus espresiones! *De todos los puntos de la tierra se acordarán los hombres del Señor; él se manifestará, y todas las familias humanas*

---

1 CXLVII, 11. 12.
2 CI. 23.
3 Psaliter sapienter. XLVI. 8.
4 Omnis espiritus laudet Dominum. CL. 5. Esta es la última palabra del último Salmo.

se convertiràn à él. (1)

Concluiré, amigos mios, recordándoos otro voto del Profeta Rey: *Que estas páginas*, dice, *sean escritas para las generaciones futuras, y que los pueblos que na existen aun bendigan al Señor* (2).....

El Santo Rey ha sido oido, porque no ha cantado sino al Eterno: sus cantos parecen participar de la eternidad; los acentos inflamados confiados á las cuerdas de su divina lira, resuenan de treinta siglos á esta parte en todos los puntos del universo. La sinagoga conserva los salmos; la Iglesia se apresura á adoptarlos, y la poesía de todas las naciones cristianas se apodera de ellos. Se cantan en Roma, en Génova, en Madrid, Londres, Quebec, Quito, Moscou, Pekin y Botany-Bay, y se dicen secretamente en el Japon.

---

5 Reminiscentur et convertentur ad Dominum versi finis terre et adorabunt inconspectu ejus omnes familiæ gentium XXI 28

2 Scribantur hæc in generatione altera et populus qui creabitur laudabit Dominum. Cl. 19.

El Caballero.

¿En que consistirá que no recuerdo haber leido en los Salmos, nada de cuanto me acabais de decir?

El Conde.

Yo os lo diré, querido amigo. Este fenómeno deriva de la teoría de las ideas inatas, pues aunque haya nociones originales comunes á todos los hombres, sin las cuales dejarian de ser hombres, y que son por consiguiente accesibles, ó mas bien naturales á todos los entendimientos, no lo son todas en igual grado. Por el contrario, hay algunas que están mas ó menos embotadas, y otras que son mas ó menos dominantes en cada entendimiento, y estas forman lo que se llama *carácter del talento*. De aqui procede, que cuando recibimos por la lectura cierta especie de pasto espiritual, cada entendimiento se apropia lo

que mas particularmente conviene á su temperamento espiritual, por decirlo así, y deja escapar lo restante. Por esta razon no todos leemos las mismas cosas en los mismos libros, como sucede particularmente al otro sexo comparado con el nuestro, porque las mugeres no leen como nosotros. Meditad sobre ello, porque la diferencia, como es general, es mas sensible.

El Senador.

A la vista de la noche que nos sorprende, me ocurre, señor Conde, que pues habiais comenzado, podriais muy bien recordarnos algo de lo que ha dicho David sobre la noche, el cual se ha ocupado y hablado mucho de ella. Asi es que yo me prometia encontrar algun texto sobre esta materia entre los muchos sobresalientes que se han presentado á vuestra memoria. David ha hablado muchas veces sobre el particular, y á la verdad no debe estrañarse. La noche es peligrosa para

el hombre, y parece que la amemos porque nos dá cierta especie de ensanche. Es cómplice natural de los vicios, y esta complacencia seductora hace que valgamos nosotros menos por las noches. La luz intimida el vicio; la noche le presta sus fuerzas, y por eso la teme la virtud. La noche nada vale para el hombre, y no obstante, ó quizá por eso mismo, tiene para nosotros un atractivo falaz. ¿Quien podrá lisongearse de no haberla invocado para el mal? Desde el bandido de los grandes caminos hasta el de los salones ¿quien es el que no la ha invocado? *¿Flecte precor vultus ad mea furta tuos?* ¿Quien el que ha dejado de decir: *Nox conscia novit?* La sociedad y la familia mejor arreglada, es aquella en que se vela menos, pues siempre la mayor corrupcion se anuncia por el estremado abuso de la vela. La noche es por su naturaleza mala consejera, y ved aqui por que las falsas religiones la habian dedicado á los ri-

tos culpables. Nota bonæ secreta deæ. (1)

EL CONDE.

Perdonad, querido amigo. Yo diria mas bien que la *corrupcion antigua* tenia el defecto de su impotencia, porque nada creo comienza por el mal. Esta por egemplo, habia puesto los misterios que nombrais bajo la guardia del pudor mas severo; escluia del templo hasta el mas pequeño animal macho, y aun hasta la pintura del hombre. Ya veis que las intenciones primitivas no pueden ser mas claras; y yo añado que en el seno mismo del horror, la oracion nocturna de la Vestal, parecia imaginada para equilibrar los misterios de la Diosa; mas el culto verdadero se debia distinguir notabilísimamente, y con efecto ha sucedido asi. Aunque la noche dá malos consejos, como deciais antes,

---

1 Juven. sat. VI. 314.

tambien los dá escelentes; hagamos la justicia, pues es la época de las profundas meditaciones, y de los arrebatos sublimes. El cristianismo se ha apoderado, digámoslo asi, de ella para aprovechar los transportes divinos, y oponerse á la influencia funesta que citais, y la ha consagrado á ceremonias santas que anima con fervorosos cánticos. La religion en todo lo que no pertenece al dogma, está sujeta á ciertas variaciones que hace inevitables nuestra pobre naturaleza. No obstante, hasta en las cosas de pura disciplina hay algunas invariables: siempre habrá fiestas que nos llamarán á todos al oficio de la noche, y siempre habrá hombres escogidos, cuyas piadosas voces resonarán en las tinieblas, porque el canto legítimo no debe cesar en la tierra.

El dia lo anuncia al dia,
Y la noche á la noche sombria.

EL SENADOR.

¡Ah! quien sabe si lo que decis

no es mas bien un voto que una verdad! ¡Cuanto ha decaido el reinado de la oracion! No ha preguntado nuestro siglo ¿para que sirven las gentes que oran? ¿Como podrá la oracion pronunciarse durante las tinieblas, cuando apenas la es permitido dejarse oir durante el dia? Pero no quiero entregarme á estos tristes presentimientos. Habeis dicho todo lo que he omitido sobre la noche, sin decir lo que ha dicho David; y lo habré yo de hacer pidiéndoos permiso para detenerme á mi objeto principal. Lleno David de ideas que no habia recibido de ningun hombre, nos exhorta incesantemente á suspender el sueño para orar, (1) pues creia que el augusto silencio de la noche suministraba particular veemencia á los Santos deseos. *He buscado á Dios durante la noche, y no me he engañado.* (2)

---

1 In noctibus estollite manus vestras in santa est LXXXIII. 2 passin

2 Deum exquisivi manibus nocte et non sum derectus. LXXVI. 3.

En otra parte dice: *He conversado con mi corazon durante la noche. Yo me egercitaba en esta meditacion, y he preguntado á mi entendimiento.* (1) Pensando otras veces en algunos peligros que en los tiempos antiguos debian ser mayores que en nuestros dias, decia con una conciencia victoriosa: *Señor, yo me he acordado de tu nombre durante la noche, y he guardado tu ley.* (2) Y sin duda creia muy bien que la influencia de la noche era la prueba de los corazones, porque añade: *tú has esperimentado mi corazon visitándole en la noche.* (3)

El aire de la noche nada vale para el hombre material, y los animales nos lo enseñan mortificándonos mas por la noche. ¿Por que enviais por la mañana á preguntar á vuestro amigo enfermo, como ha

---

1 Meditatus sum nocte cum corde meo, et exercitabor et scopebam spiritum meum. LXXVI 7.

2 Memor fui nocte nominis tui Domine, et custodivi legem tuam. CXVIII. 53.

3 Probasti cor meum et visitasti nocte XVI. 3.

pasado la noche, mas bien que por la noche, como ha pasado el dia? Es preciso que la noche contenga algo de malo. De aqui viene la necesidad del sueño, el cual no se ha hecho para el dia, y que no es menos necesario al espíritu que al cuerpo, porque si ambos estuviesen continuamente espuestos á la accion de los poderes que obran sobre ellos sin cesar ¿podrian por ventura vivir? Es preciso que las acciones nocivas sean suspendidas periódicamente; y que los dos sean puestos durante estos intervalos bajo de una protectora influencia. Asi como el cuerpo continua sus funciones vitales durante el sueño, sin que lo advierta el principio sensible; asi tambien las funciones vitales del espíritu continuan del mismo modo como independientemente de toda teoría; os lo demuestra la esperiencia vulgar; pues que el hombre puede aprender durante el sueño, y saber al dispertar, ó versos, ó canciones que no sabía antes que se durmiese. De la creencia univer-

sal de que el hombre se encuentra entonces bajo de una influencia protectora, nació la otra creencia igualmente universal, *de que el tiempo del sueño es favorable á las comunicaciones divinas*. Esta opinion de cualquiera modo que deba ser mirada, se apoya incontestablemente en la Santa Escritura que presenta gran número de egemplos de este género. Vemos que las falsas religiones han profesado siempre la misma creencia, porque el error al volver la espalda á su rival, no cesa de repetir todos los actos, y todas las doctrinas de ella, y aunque los altera segun sus fuerzas, no por ello puede conseguir que quede oscurecida la verdad. Midleton y otros escritores de su jaez han empleado mucha erudicion para probar que la iglesia *imita* muchas ceremonias paganas. Engañados por su religion negativa, y por un culto esquelético, han desconocido las formas eternas de la religion positiva que se encuentra en todas partes. Los viageros modernos han encontrado en

América las Vestales, el fuego nuevo, la circuncision, el bautismo, la confesion, &c.

¿Diremos por ventura que hemos recibido estas ceremonias de Mégico ó del Perú? Este es un absurdo que no necesita respuesta. Pero volviendo á la noche y á los sueños, ¿no ha dicho Job que Dios se sirve de los sueños para dar al hombre avisos que no repite nunca? (1) y ¿David no nos dice, como acabo de recordar, que Dios visita los corazones en la noche? Platon quiere que los hombres se preparen para el sueño con gran pureza de alma y cuerpo (2). Hipócrates ha compuesto un tratado espreso sobre los sueños, en el cual se niega á reconocer por verdadero médico al que no sabe interpretarlos; y un poeta latino (3) se adelanta á de-

---

1 Senuel loquitur (et secundo et ipsum non repetit per somnium in visione nocturna ut abertad hominem abhisquat fuit (Job XXXIII 14. 15. 17.)

2 Cicero de divin. 1. 30.

3 Juvenal.

cir, que los Dioses durante el sueño hablan al alma y al entendimiento.

En fin, Marco Aurelio (no os cito un espíritu débil) no solamente ha mirado estas comunicaciones nocturnas como un hecho incontestable, sino que dice haberlas esperimentado. ¿Os queda gana de sostener que toda la antigüedad, tanto sagrada como profana, claudica en ello; que el hombre no ha podido ver sino lo que vé; esperimentar lo que esperimenta, y que los grandes hombres que os cito eran débiles? que....?

El Caballero.

En cuanto á mí, no creo tener derecho para ser impertinente.

El Senador.

Y yo creo ademas que nadie puede adquirir un derecho que no existe, gracias á Dios.

El Conde.

Decidme, querido amigo, ¿por que no reunís esa muchedumbre de vuelos filosóficos elevados y poco comunes, que os suelen ocurrir cuando hablamos de metafísica ó de religion? En latin hay escrita una obra con el mismo titulo, pero aquellos son vuelos á propósito para quebrarse el cuello.

El Caballero.

Yo os exhorto á que los reunais, querido Senador: pero entre tanto me va á suceder lo que ciertamente no me ha sucedido en mi vida, y es dormirme en tan buena compañía, y á pesar de conversacion tan grata.

VELADA OCTAVA.

El Caballero.

¿Me permitireis, señores, que antes de continuar nuestra tarea os presente el estracto de las conferencias anteriores?

El Senador.

¿Que significa eso, Caballero mio?

El Caballero.

El gusto que hallo en nuestras conversaciones me ha inspirado la idea de escribirlas, pues todo cuanto hablamos se grava muy profundamente en mi memoria. Vos sabeis cuan espedita tengo esta facultad; y á esto se agrega que tampoco doy tiempo á las ideas para que se me

puedan borrar. Todas las noches antes de acostarme, y cuando aun las tengo muy presentes, traslado al papel sus rasgos principales, ó como si digéramos la trama de la conversacion. Al amanecer del dia siguiente me pongo de nuevo al trabajo, y concluyo el tegido dedicándome particularmente á seguir el hilo del discurso, y la filiacion de las ideas. Sabeis ademas que no me falta tiempo, y habiéndole aprovechado segun acabo de deciros, confio que serán pocas las ideas esenciales que haya dejado olvidadas. Deseo por lo mismo que oigais la lectura de mi obra, y podreis inferir por lo ancho del márgen del borrador, que he contado con la necesidad de gran número de correcciones. En este trabajo comun me he lisongeado de hallar una verdadera complacencia; pero os confieso que al imponerme tan penosa carga, he pensado en otros mas que en mi. Conozco á muchos hombres, particularmente jóvenes, estraordinariamente disgustados de

las ideas modernas; y á otras personas que titubean, y no solicitan sino fijarse. Asi quisiera comunicarles las reflexiones que han ocupado nuestras veladas, persuadido de que sería útil á algunos, y agradable á lo menos á muchos. Todo hombre es cierta especie de *fé* para otros, y nada le gusta tanto cuando se ha llegado á penetrar de una creencia, como hallar que la profesa aquella persona á la cual distingue con su aprecio. Si os parece tambien que mi pluma con la ayuda de mi memoria feliz, y de vuestra revision severa, ha logrado trasladar fielmente nuestras conversaciones, podria muy bien hacer la locura de darlas á la imprenta....

El Conde.

Puedo ciertamente equivocarme, pero creo que semejante obra obtendria poca aceptacion.

El Caballero.

Manifestadme si gustais la razon,

pues no hace mucho que deciais que una conversacion valía mas que un libro.

El Conde.

Vale sin duda mas que un libro para instruirse, pues admite la interrupcion, la interrogacion, y tambien la esplicacion; pero de aqui no se sigue que se haya hecho para darse á la prensa.

El Caballero.

No confundamos los términos, porque á la verdad no son sinónimos los de *conversacion* y *diálogo*. En cuanto á la *conversacion*, su naturaleza permite que se divague, porque nunca tiene obgeto anterior, depende de las circunstancias, y admite número ilimitado de interlocutores. Convendré pues si asi lo quereis, en que no es la mas á propósito para darse á la prensa, á causa de cierto tropel de pensamientos, fruto de transiciones muy capricho-

sas que nos conducen frecuentemente á hablar en un mismo cuarto de hora de la existencia de Dios y de la materia mas profana.

En órden al diálogo, esta palabra representa una ficcion, porque supone alguna conversacion que jamás ha existido. Es obra puramente artificial, y asi es que se pueden escribir cuantos se quieran: es una composicion como cualquiera otra que sale formada, como Minerva, de la imaginacion del escritor; y los diálogos de los *muertos* que han dado nombradía á sus autores, son tan reales y tan probables como los de los vivos publicados por otros. Este género es para nosotros absolutamente estraño.

Despues que me habeis metido en lecturas serias, he leido las Tusculanas de Ciceron, traducidas al frances por el Presidente Bouhier, y por el abate d'Olivet. Esta es obra de pura imaginacion, que aleja toda idea de realidad. Ciceron introduce un oyente que designa simplemente por la letra A: hace

que este oyente supuesto le pregunte, y él le responde, sin suspender el aliento, con una disertacion arreglada. Tal género difiere enteramente del nuestro. Nosotros de ningun modo somos las letras mayúsculas: somos seres reales, y hablamos para instruirnos y consolarnos. No hay entre nosotros subordinacion alguna, y á pesar de la superioridad de la edad y de luces, me concedeis mas igualdad de la que me atreviera á pretender. Insisto pues en que si nuestras veladas se publicaran fielmente, es decir, con toda la exactitud posible...... ¿Vos señor Senador, os reís?

El Senador.

Rio efectivamente, porque me parece que sin advertirlo argüís con eficacia contra vuestro proyecto. ¿Como podreis convenir mas claramente en los obstáculos que envolveria semejante idea, que precisándonos á una conversacion sobre conversaciones? ¿Querriais por

ventura escribir como sin deliberacion de hacerlo?

El Caballero.

Asi lo haré, os lo aseguro, si llego á publicar el libro, y estoy seguro de que no habrá quien se disguste de ello. En cuanto á las digresiones inevitables de toda conversacion real, veo mayores ventajas que inconvenientes, siempre que nazcan de la materia de ella, sin ningun género de violencia. Paréceme que todas las verdades no pueden sostenerse por sus propias fuerzas, y que por eso tienen necesidad de ser apoyadas á las veces por otras verdades; de donde procede la muy verdadera máxima que he leido, sin acordarme en donde, de *que para saber bien una cosa, es necesario poseer medianamente mil.* Creo pues que esta facilidad que dá la conversacion de afirmarse en su marcha, apoyando una proposicion en otras cuando hay necesidad de ello, transportada que sea á

un libro, podrá tener su mérito, é introducir el arte en el descuido.

El Senador.

Está bien, Caballero; lo dejo enteramente á vuestra conciencia, y me persuado que nuestro amigo hará lo mismo. Por lo demas no temo que el cuidado de la responsabilidad sea capaz de quitaros el sueño. Lo que exigimos en comun es, que os guardeis aun cuando llegueis á publicar la obra despues de nuestra muerte, de decir en el prefacio: *Espero que el lector no se incomodará de haber gastado su dinero*, porque si asi lo hicierais, nos veriais aparecer como dos sombras furiosas, y entonces.... ¡desgraciado dé vos!

El Caballero.

No temais que lo haga, porque nunca tomaría de Loke semejante concepto, y mucho menos despues de vuestra terrible amenaza.

Ahora pues, por lo que pueda suceder en adelante acerca del ulterior destino de mi trabajo, veamos os ruego, el punto en que quedamos ayer. Nuestras veladas comenzaron por el exámen de la grande y eterna queja que incesantemente se levanta sobre la prosperidad del crímen, y las desgracias de la virtud, y hemos adquirido entera conviccion de que nada hay en el mundo menos fundado que esta queja, y que aun para los mismos que no creen la existencia de otra vida, sería el partido de la virtud el medio mas seguro de conseguir mayor porcion de felicidad temporal. Lo que se ha dicho acerca de los suplicios, y en orden á las enfermedades y los remordimientos, no deja la menor duda de esta verdad. He procurado fijar particularmente mi atencion en estos dos axiomas fundamentales: 1.º *Que ningun hombre es castigado como justo, sino siempre como hombre;* en términos que es falso que la virtud padezca en este mundo: la naturaleza hu-

mana es la que padece, y siempre por culpa suya. 2.° *Que la mayor felicidad temporal, de ninguna manera se ha ofrecido, ni puede ofrecerse al hombre virtuoso, sino solo á la virtud.*

Esto basta con efecto para que el órden sea visible aun en este mundo, y tambien para que la mayor masa de la prosperidad sea adjudicada á la mayor masa de virtudes en general; de manera, que siendo el hombre tal cual es, no cabe á nuestra inteligencia imaginar otro órden de cosas que tenga ni aun apariencia de razon y de justicia. Mas como no hay hombre de todo punto justo, tampoco le hay que pueda con derecho negarse á sufrir con conformidad su parte de miserias humanas, pues es necesariamente criminal, ó de sangre criminal; lo cual nos ha conducido á examinar á fondo la teoría del *pecado original*, que es desgraciadamente la de la naturaleza humana.

Hemos visto en las naciones salvages la idea, aunque debilitada,

del crímen primitivo; y siendo el hombre la palabra animada, se nos ha presentado no solo como el signo de la degradacion humana, sino como esta misma degradacion, lo cual nos ha proporcionado varias reflexiones sobre las lenguas, y sobre el orígen de la palabra y de las ideas.

Aclarados estos puntos, se nos ha presentado naturalmente la oracion como suplemento á cuanto habíamos dicho; pues ella es el remedio concedido al hombre para perfeccionarse y restringir el imperio del mal, lo cual sino lo logra, lo debe atribuir solo á sus vicios, y á su resistencia en la aplicacion de este eficaz remedio. A la palabra *oracion* hemos visto levantarse la grande obgecion de la filosofía ciega y culpable, que no viendo en el mal físico mas que el inevitable resultado de las leyes eternas de la naturaleza, quiere locamente sustraerse del saludable influjo de la oracion. Este mortal sofisma ha sido combatido en todos sus pormenores, y los

azotes con que somos heridos, y que se han llamado con propiedad *plagas del cielo*, han parecido ya *las leyes de la naturaleza*, á la manera que los suplicios son *las leyes de la sociedad*; y por consiguiente de necesidad secundaria, que debe inflamar nuestra oracion en lugar de entibiarla. Hubiéramos podido darnos sin duda por satisfechos con las ideas generales, y considerar todas estas especies de plagas en globo; mas sin embargo hemos descendido al detall; hemos permitido á nuestra conversacion serpentear un poco en este triste campo; y la guerra nos ha ocupado muy particularmente, pudiendo aseguraros que me habeis hecho mirar esta calamidad, bajo un punto de vista enteramente nuevo para mí.

EL SENADOR.

Perdonad que os interrumpa, Caballero mio; mas antes de abandonar la interesante discusion acerca de los padecimientos del justo,

quiero someter á vuestro exámen algunos pensamientos que creo fundados, y que pueden segun entiendo, hacer considerar las penas temporales de esta vida como la mayor de las soluciones á cuanto se ha objetado temerariamente contra la justicia divina. El justo estará sin duda sujeto á todos los males que amenazan la humanidad; pero como esto le sucederá, no por la calidad de justo, sino por la de hombre, de aquí es que nunca tendrá motivo ni derecho alguno para quejarse. Vos lo habeis dicho así, y es sumamente claro; pero habeis añadido lo que desgraciadamente escusa toda prueba, y es, que no hay hombre enteramente justo, de lo cual se deduce que todos tienen algo que espiar. Luego si el justo debe padecer como hombre, y ademas por lo que tiene que espiar, ¿con cuanta razon debe aceptar los padecimientos que sufra, y pedir á Dios que le admita esta sumisa aceptacion?

Creo tambien en mi alma y conciencia, que si el hombre pudiera

vivir en el mundo libre de todo género de desgracias, acabaría por embrutecerse hasta el punto de olvidar enteramente las cosas celestiales, y aun al mismo Dios. ¿Como podria en tal hipótesi ocuparse de otro órden superior, cuando en el que nos hallamos, no pueden ni aun sus mismas miserias alejarnos de los encantos engañosos de esta vida desgraciada?

El Caballero.

No sé ciertamente si me equivoco; pero me parece que nada habria tan desgraciado como un hombre que nunca hubiese esperimentado calamidad alguna, porque semejante hombre no podria tener seguridad de sí mismo, ni saber lo que vale. Los sufrimientos son para el hombre virtuoso, lo que los combates para el militar, pues le perfeccionan y aumentan sus méritos.

Que el hombre flojo se ocupe en vivir como guste, nada tiene de estraño, pues este es su sistema;

pero que no venga despues á fastidiarnos sobre las desgracias de aquellos que en nada se le parecen. Si el valiente dá gracias al general que le envia al asalto para que egercite su valor, ¿cuanto mas justamente deberemos nosotros dar gracias á Dios, al enviarnos penas que purguen nuestras fragilidades, esciten nuestra resignacion, y acrecienten nuestra virtud y méritos? No alcanzo ciertamente como se verifica; pero estoy cierto de que el hombre gana mucho en sufrir voluntariamente, y que la opinion misma le llena de consideraciones.

He observado con relacion á las austeridades religiosas, que el mismo vicio que hace burla de ellas, no puede resistirse á tributarlas el debido homenage. ¿Hay por ventura aun entre los libertinos, quien haya reputado mas dichosa á la cortesana que duerme á media noche en un mullido lecho, que á la austera Carmelita que está en vela, y ruega por nosotros á aquella misma hora?

Pero yo vuelvo siempre á lo que con tanta razon habeis observado acerca de que no *hay hombre verdaderamente justo*. Es á la verdad un rasgo particular de la bondad divina el castigar en este mundo, en lugar de castigar mucho mas severamente en el otro. Mi creencia sobre el purgatorio es la mas firme y decidida. ¿Como es posible que las penas dejen de ser proporcionadas á las culpas? Los nuevos charlatanes que han negado la existencia de las penas eternas, son estrañamente estúpidos, sino admiten aun espresamente el purgatorio: ¿por que á quien podrán persuadir, que el alma de Robespierre se lanzó desde el cadalso en el seno de Dios, lo mismo por egemplo que la de Luis XVI? Esta opinion no es sinembargo tan rara como se pudiera creer. He pasado algunos años despues de mi *egira* en ciertos ángulos de Alemania, en donde los Doctores de la Ley no admitian ni infierno ni purgatorio, cosa que me pareció, y parecerá á todos la mas

estravagante. ¿A quien le ocurrió jamás hacer fusilar á un soldado por el hurto de una pipa de barro cometido en el cuartel? Sinembargo este hurto no debe quedar impune, y el robador es preciso que se purgue de él antes de volver á colocarse en las filas de sus valientes camaradas.

El Senador.

Si con el tiempo tuviéramos una suma teológica escrita por este estilo, lograría sin duda una grande aceptacion.

El Caballero.

No se trata del estilo, pues cada cual tiene el suyo, sino solo de las cosas. Supuesto que el purgatorio es el dogma del buen sentido, y que todo pecado ha de ser espiado en este mundo ó en el otro, las aflicciones que la justicia Divina envia á los hombres son verdaderos beneficios; porque estas penas, cuando sabemos aceptarlas cual conviene, nos sirven en des-

cuento de las que habíamos de sufrir en adelante; siendo ademas una prenda manifiesta de amor, puesto que esta conmutacion ó anticipacion de pena se dirige á nuestro mayor bien. El que nunca ha padecido en este mundo, mal podrá tener seguridad en nada; ó cuando mas la tendrá tanto menor cuanto menores hayan sido sus sufrimientos. Pero yo creo que debe temer, ó hablando mas exactamente, porque debe temer menos aquel que ha padecido mucho y con aceptacion.

El Conde.

Habeis hablado perfectamente, y os debo felicitar al ver que coincidís con Séneca, pues habeis dicho de las Carmelitas lo mismo exactamente que dijo aquel de las Vestales. Ignoro si sabeis que estas vírgenes famosas se levantaban por la noche, y hacian sus oraciones asi como tienen sus maitines nuestras religiosas de la estrecha obser-

vancia; sobre lo cual podeis alegar con seguridad el testimonio de la historia. La única observacion crítica que me pudiera tomar la libertad de hacer en razon de vuestra teología, debería ser dirigida á lo que entiendo al mismo Séneca. ¿Querriais mas bien, nos dice, ser Sila, que Régulo? Mas cuidado haya aqui alguna confusion, aunque pequeña, de ideas. No se trata de modo alguno de la gloria compañera de la virtud, que soporta tranquilamente los peligros, las privaciones y los padecimientos, porque en esta parte está todo el mundo de acuerdo: se trata sí de saber porque ha querido Dios hacer necesario este mérito.

Vos, señor Senador, habeis recordado con mucha razon que todo hombre sufre en calidad de tal, porque si fuese impasible, sería Dios; y que los que piden un hombre exento de padecer, piden otro mundo: aun habeis añadido otro concepto igualmente incontestable, al advertir que no habiendo hombre

alguno justo en rigor del significado, es decir, exento de crímenes actuales, á escepcion de la santidad propiamente dicha, que es muy rara; es un acto de la misericordia del Señor el castigar en este mundo á los culpados.

Ello es cierto que las penas futuras temporales suministran á cuantos las creen, una respuesta directa y positiva á todas las obgeciones fundadas en los padecimientos del pretendido justo; y es igualmente cierto que este dogma es tan plausible, que se apodera, digámoslo asi, del buen sentido sin esperar á la revelacion. Ignoro por lo demas si estais en el equivocado concepto de creer, que en el pais en que habeis empleado sin fruto, pero no sin mérito, tanto celo y valor, se niega la existencia del infierno y del purgatorio *por los Doctores de la Ley*. Acaso hayais tomado la negacion de la palabra por la de la cosa. ¡Estraordinaria es por cierto la influencia de las palabras! Un ministro que arderia en colera al oir defender la

existencia del purgatorio, nos concederia de buen grado *un lugar de espiacion*, ó *un estado intermedio*, y puede ser tambien *estaciones*, ¿quien sabe?.... ¿Nada decís, querido Senador? Continuemos pues. Uno de los grandes motivos de la division del siglo XVI, fue precisamente el purgatorio. Los sublevados nada querían rebajar del infierno puro y simple. Sinembargo, luego que se hicieron filósofos, se pusieron á negar la eternidad de las penas, admitiendo un *infierno temporal*, únicamente por la buena política, y por miedo de hacer subir al cielo sin detencion alguna á Neron y Meselina al lado de San Luis y de Santa Teresa. Pero como un infierno temporal no es otra cosa que el purgatorio, resulta que despues de haberse separado aquellos filósofos de nosotros por no querer purgatorio, se separen ahora nuevamente por querer únicamente purgatorio. Esto si que es estravagancia, como deciais hace poco. Mas ved otra notable tambien. Voy á lle-

gar á una de las consideraciones mas dignas de egercitar toda la inteligencia del hombre, aunque el comun de ellos se haya ocupado poco.

Sufriendo el justo voluntariamente, no solo satisface por sí, si que tambien por el culpable por via de reversibilidad.

Esta es una de las mayores, y mas interesantes verdades en el órden espiritual; mas para tratarla á fondo necesitaría mas tiempo del que tengo hoy. Dejemos pues la discusion para mañana, y permitidme consagrar los últimos momentos de la velada á desenvolver algunas reflexiones que me han ocurrido.

No se sabrá esplicar, se dice, *por las luces solas de la razon, la prosperidad del malvado, y los padecimientos del justo en este mundo*. Lo cual equivale sin duda á decir: *que hay en el órden de cosas que tenemos á la vista, alguna injusticia inconciliable con la justicia divina*, porque en otros términos la obgecion careceria de sentido. Mas como este lenguage puede ha-

llarse en boca del ateista igualmente que en la del teista, haré desde luego la primera suposicion para procurar mayor claridad. Ved pues lo que con este argumento nos quieren decir esos ateos de persuasion y de profesion.

Ignoro á la verdad si el desgraciado *Hume* se comprendió á sí mismo, cuando dijo tan criminal como neciamente, pero con su genial audacia: »que era imposible justificar el carácter de la Divinidad." ¡Justificar el carácter de un ser, que en su concepto no existia! ¿Puede darse mayor contradiccion?

Mas preguntemos otra vez: ¿que es lo que ha querido decirnos? Me parece que todo está reducido á este discurso: *Dios es injusto, luego de ningun modo existe*. Ciertamente el concepto es original. Tanto vale el Spinosa de Voltaire que ha dicho á Dios: »yo creo firmemente acá para entre los dos, que vos no existís." (1) Será menester pues

1 Véase la pieza bien conocida con el título de los Sistemas.

que el incrédulo se vuelva y diga: *que la existencia del mal es un argumento contra la de Dios, porque si Dios existiera, no podria existir este mal, que es una injusticia.* ¡Ah! ¿Con que saben estos malvados que Dios (que no existe segun ellos) *es justo por esencia?* Si fuese lícito reir en materia tan triste, quien no lo haría al oir á unos hombres que han sido dotados de razon como nosotros, argüir contra Dios y contra sus atributos, sin considerar que esta sola idea prueba su existencia, puesto que no podría formarse ninguna de un ser absolutamente inexistente? El hombre puede representarse á sí mismo, ¿y puede la pintura representar á sus ojos otra cosa que aquello que existe? La fecundísima imaginacion de Rafael pudo llenar su galería de retratos y semejanzas fantásticas, pero cada pieza existe en la naturaleza. Lo mismo sucede respecto al mundo moral. El hombre no puede concebir ideas, sino de lo que existe, y asi es que el ateo para negar á Dios le supone.

Esto, señores, es tan solo el prefacio de la idea favorita que os quiero comunicar. Demos que se admita únicamente para argüir, la suposicion loca de un Dios hipotético, y la de que las leyes del universo puedan ser injustas con respecto á nosotros, sin tener un autor inteligente, lo cual es el colmo de la estravagancia. ¿Aun en este caso, que resultará contra la existencia de Dios? Nada absolutamente.

La inteligencia solo se prueba á la inteligencia por el número. Todas las demas consideraciones pueden únicamente aplicarse á ciertas propiedades ó cualidades del sugeto inteligente, lo cual nada tiene de comun con la cuestion primitiva de la existencia. ¡El número, señores, el número! ó el órden y la *simetría*, porque el órden no es otra cosa que el *número ordenado*, y la simetría no es otro que *el órden advertido y comparado*.

El número es la barrera evidente entre el bruto y nosotros. En el órden inmaterial como en el órden

físico, el uso del fuego nos distingue de él de un modo que forma línea de separacion incapaz de borrarse. Dios nos ha dado el *número*, y se nos manifiesta por el número, asi como por el número se acredita el hombre á su semejante. Quitad el número, y quitareis al mismo tiempo las artes, las ciencias, la palabra, y por consiguiente la inteligencia. Volvedle, y despues luego aparecerán con él sus dos hijas celestiales, la armonía y la hermosura: el grito se convertirá en *canto*, el estrépito en *música*, el salto en *baile*, la fuerza en *dinámica*, y los rasgos ó facciones en *figuras*. Prueba es muy sensible de esta verdad, que en las lenguas que poseo, y creo sucederá lo mismo en las que ignoro, las mismas palabras espresan el número y el pensamiento. Se dice por egemplo que la razon de un grande hombre ha descubierto la *razon* de tal ó cual progresion. Se dice *razon directa*, *y razon inversa*; *yerros de cuenta* en la política, y *yerros de cuenta* en los cálculos.

Esta palabra cálculo que se me ofrece, recibe doble significacion, y se dice: me he equivocado en mis cálculos, aun que no se trate realmente de cálculos. En suma nosotros decimos igualmente: él *cuenta su dinero, y él cuenta ir á veros,* lo cual en fuerza de la costumbre no nos parece ya estraordinario. Las palabras relativas á los pesos, medidas, equílibrios, traen en el discurso de las conversaciones el número como sinónimo del pensamiento, ó de sus procedencias; ¿y esta palabra *pensamiento* no es derivada de otra latina que tiene relacion con el número?

La inteligencia, á la manera que la hermosura, se complace en contemplarse á sí misma; luego el espejo de la inteligencia es el número. De aqui procede el gusto que nos resulta de la simetría, porque todo ser inteligente gusta de colocarse y reconocer su signo, que es el órden. ¿Por que se presentan los soldados mas agradables á la vista, vestidos de uniforme que en trage

comun? ¿Por que gustamos mas de verlos marchar alineados que dispersos? ¿Los árboles en nuestros jardines, los platos en nuestras mesas, los muebles en nuestras habitaciones, por que es preciso para agradarnos, que estén colocados simétricamente? ¿Por que la rima, los pies, los ritornelos, el compás y la cadencia, nos agradan tanto en la música y en la poesía? ¿Podeis imaginar tan solamente que la simple rima tenga alguna hermosura intrínseca? Esta forma y otras varias en tanto pueden agradarnos en cuanto la inteligencia se complace en todo lo que le prueba inteligencia, y en cuanto el número es su signo principal. Ella se goza en consecuencia en todo lo que se conoce, y el placer que nos causa la simetría no podría traer otro orígen. Pero hagamos abstraccion de este placer, y examinemos la cosa en sí misma.

A la manera que las palabras que yo digo en este momento, os prueban la existencia de quien las pronuncia; y á la manera que si

estuviesen escritas y colocadas segun el órden de la sintáxis, la probarian á cuantos las leyesen; del mismo modo todos los seres criados prueban por su *sintáxis* la existencia de un soberano escritor que nos ha hablado por signos. Efectivamente, todos los seres son las letras cuyos conjunto forma un discurso que prueba la inteligencia de Dios, es decir de la inteligencia que le pronuncia, porque no puede haber discurso sin *alma que habla,* ni escritor sin escrito; á menos que se quiera sostener que la curva que yo trazo toscamente sobre el papel prueba claramente la inteligencia que la hace, pero que esta misma curva descrita por algun planeta, nada prueba. Si un náufrago arrojado á una isla que creyese desierta, viese descrita sobre la playa alguna figura geométrica, ¿dejaría de reconocer al hombre, y de tributar gracias á la Providencia? ¿Y las figuras de la misma especie tendrán menos fuerza, probarán menos que la trazada sobre la arena,

solo porque están descritas en el cielo? ¿El número no es siempre el mismo de cualquier manera que se nos presente?

Observadlo bien. Está escrito en todas las partes del universo, y sobre todo en el cuerpo humano. *Dos* es digno de atencion en el equilibrio maravilloso de los dos sexos que ninguna ciencia ha podido separar: se muestra tambien en nuestros ojos, en nuestras orejas &c. &c. *treinta y dos* está escrito en nuestra boca: y el *veinte* dividido entre cuatro tiene su *cociente* en todas las estremidades de nuestros cuatro miembros. Acordaos, señor Senador, de lo que me digisteis cierto dia, en razon de vuestros varios repertorios sobre el número *tres* en particular. Él está escrito en los astros, sobre la tierra, en la inteligencia del hombre, en su cuerpo, en la verdad, en la fábula, en el Evangelio, en el talmud, en los vedas, en todas las ceremonias antiguas y modernas, legítimas é ilegítimas, en las aspersiones, ablusio-

nes, invocaciones, exorcismos, encantos, sortilegios, en la magia negra y blanca, en la cábala, en la teurgia, en la alquimia, en la teología, en la geometría, en la política, en la gramática, en una muchedumbre de fórmulas oratorias y poéticas que se *escapan* á la atencion inadvertida, y en suma en todo cuanto existe. Puede ser que se diga: *esto es casualidad.* ¿Pero tendrá fuerza para el hombre sensato una palabra sin sentido?

Locos desesperados hay que lo interpretan de otro modo. Dicen ellos, y yo mismo lo he oido, *que esto es pura ley de la naturaleza.* ¿Mas la ley, que otra cosa es que la voluntad del Legislador? En tal caso dicen ellos lo mismo que nosotros. ¿Es el resultado mecánico de ciertos elementos puestos en accion de un modo determinado? Entonces, como es preciso que estos elementos para producir el órden general é invariable sean colocados y operen de cierto modo invariable,

empieza de nuevo la cuestion, y resulta que en vez de una prueba del órden y de la inteligencia que le ha producido, existen dos: á la manera que si muchos dados jugados un gran número de veces, dan siempre el punto seis, será probada la inteligencia por la invariabilidad del número que es el efecto, y por el trabajo anterior del artista que es la causa.

En cierta capital sumamente acalorada por el fermento filosófico, tuve oportunidad de hacer una reflexion muy singular, y es que oprimiendo muy vivamente á ciertos hombres el aspecto del órden, de la simetría, y por consiguiente del número y la inteligencia, han inventado para escapar de esta tortura un *subterfugio* ingenioso, del cual sacan gran partido. Se han determinado á sostener, que es imposible reconocer la *intencion*, á menos que se reconozca el obgeto de la *intencion*. No podeis imaginar cuan fuertemente se adhieren á esta idea que los lisongea, porque los dispensa

del sentido comun. Han hecho de la investigacion de las intenciones el mayor negocio, y cierta especie de *arcano* que encierra segun ellos lo mas profundo de la ciencia. Hablando de un físico que habia adelantado algo en este género, les he oido decir: *Él se atreve á remontarse hasta las causas finales*, nombre que dan á las intenciones. Ved el grande esfuerzo.

En otra ocasion hacian particular advertencia de *estar muy á la mira, y guardarse de tomar el efecto por la intencion*, lo cual sería muy peligroso como vos conocereis sin duda, porque si se llegaba á creer que Dios se ocupa de una cosa que camina por sí misma, ó que ha tenido tal intencion, mientras realmente tenia otra, ¡que consecuencias tan funestas no traería semejante error! Para dar á la idea de que os estoy hablando la mayor fuerza posible, he notado siempre que procuran contraer en cuanto pueden sus descubrimientos al tercer reino. Se atrincheraron, por esplicarme asi,

dentro de la mineralogía y dentro de lo que llaman *geología*, donde las intenciones son menos visibles, y les presentan por otra parte el mas vasto campo para disputar ó para negar (este es el paraiso del orgullo); pero en cuanto al *reino de la vida*, del que parte una voz algo mas clara que se hace oir á su pesar, se niegan á discurrir. Frecuentemente, y con malicia les hablaba yo del animal, pero siempre que lo hacia, se empeñaban en que volviera á las moléculas, á los átomos, á la gravedad, á las capas terrestres &c. *¿Que sabemos nosotros*, me decian con la modestia mas afectada, *que sabemos acerca de los animales? ¿Sabe por ventura el germinalista lo que es el gérmen? ¿Poseemos algo sobre la organizacion? ¿Se ha adelantado un solo paso en el conocimiento de la generacion? La produccion de seres organizados es letra cerrada para nosotros*. Lue- el resultado de este grande misterio se reduce á que siendo el animal una *letra cerrada*, no se puede leer

en él intencion alguna. Con dificultad concibireis que sea posible discurrir tan malamente; pero aun asi les hareis sobrado honor. Esto es lo que ellos piensan, ó por lo menos lo que quieren dar á entender. En las materias que no pueden tratarse con ventaja, el espíritu de secta hace lo que puede; divaga, huye de la dificultad, y sobre todo estudia el modo de dejar las cosas en el estado que considera mas favorable al error. Os repito que cuando estos filósofos disertan sobre las intenciones, ó como dicen, sobre las *causas finales*, término que no me gusta, hablan siempre de la naturaleza nuestra, evitando con cuidado ser conducidos al campo de los dos primeros reinos, cuyo terreno conocen muy bien que se resiste á su táctica. Mas sea de cerca, sea de lejos, todo se dirige á su grande máxima de que no puede ser probada la *intencion*, sino se prueba el *obgeto* de la *intencion*. ¡Ha podido imaginarse jamás sofisma tan grosero! ¿La existencia de

la simetría no demuestra por sí sola la existencia de su autor, y del fin que se propuso, á la manera que el reloj acredita la mano y la inteligencia del que le fabricó? ¿Pero que demostracion bastará á convencer á tan decididos sectarios del error? Jamás ha dicho el orgullo: *me engaño*, y el de estas gentes menos aun que el de todas las demas. En vano les dirigireis el argumento mas concluyente, porque os dirán por toda contestacion: *esto nada prueba*. Asi que debiendo ser siempre la respuesta igual, ¿á que fatigarse en convencerlos?

Ellos hablan de *desórden* en el universo, ¿pero que es el *desórden*? Es la derogacion del órden preexistente. Luego no se puede objetar el *desórden* sin confesar el *órden* anterior y la inteligencia, y por consiguiente cualquiera que intente argüir por el desórden contra la existencia de Dios, la confiesa aun antes de combatirla.

Mas dejemos los ateos, cuyo número es felizmente muy cor-

to, y volvamos á la cuestion con el teista. Quiero mostrarme tan condescendiente con este, como lo he sido á su vez con el ateista, ¿pero me permitirá sin embargo que le pregunte que es lo que llama injusticia? Si no me concede que injusticia *es el acto que quebranta alguna ley*, la palabra carecerá de sentido, y si no me confiesa *que la ley es la voluntad del Legislador, manifestada á sus súbditos para que arreglen á ella su conducta*, comprenderé aun menos la palabra *ley* que la de *injusticia*. Concibo fácilmente como una ley humana puede ser *injusta*, si está en oposicion con la ley divina, ó revelada, ó inata, pero no puedo concebir, ni concebirá nadie, como puede haber injusticia en Dios, que es el Supremo Legislador del Universo. ¿Donde está ó puede existir la injusticia de Dios respecto del hombre? ¿Hay acaso, ni ha habido algun legislador comun superior á Dios que le haya prescrito el modo con que debe obrar respecto del hombre?

¿Cuál será el Juez legítimo entre Dios y nosotros? Si el teista cree que la idea de Dios trae consigo la de una injusticia parecida á la nuestra ¿de que se queja? Ciertamente no sabe lo que se dice; y si por el contrario, tiene á Dios por justo segun nuestras ideas, incurre sin advertirlo en la contradiccion mas monstruosa, cuantas veces se queja de las injusticias en el estado en que nos hallamos; pues es contradiccion monstruosa el argüir de injusticia á un Dios en quien se reconoce el atributo de justo.

Semejante órden de cosas es injusto; luego no puede existir bajo el imperio de un Dios justo. Este argumento que en la boca del ateo es un error, en la del teista es un absurdo, respecto á que admitida la existencia de Dios, es consecuencia admitir su justicia como atributo necesario de la divinidad. El teista no puede volver atrás sin contradecirse, y no puede argüir legítimamente segun sus principios sino diciendo: *semejante órden de co-*

sas sucede bajo el imperio de un Dios esencialmente justo; luego este órden de cosas es justo por las razones que ignoramos, esplicando así el órden de cosas por los atributos de la divinidad, en lugar de acusar locamente á los atributos por el órden de cosas.

Pero quiero todavia conceder al supuesto teista la culpable y no menos loca proposicion, *de que no hay medio para justicar el carácter de la divinidad.*

¿Que consecuencia práctica deduciremos de este raciocinio, pues esto es de lo que precisamente se trata? Dejadme os ruego, que proponga en forma este argumento. *Dios es injusto, cruel, implacable; Dios se complace en las desgracias de sus semejantes; luego...* aquí es donde espero á los murmuradores: *luego no hay necesidad de rogarle.* Al contrario, señores, y nada hay mas evidente: *luego es necesario suplicarle y servirle con mucho mayor celo y esmero*, que si su misericordia no tuviese límites

como lo creemos. Quiero todavia preguntar: ¿si hubieseis vivido bajo del gobierno de un príncipe, no digo malvado, entendedlo bien, sino solamente severo y sombrío, poco tranquilo sobre su autoridad, y vigilante hasta por los menores desvíos de sus súbditos, hubierais creido poderos tomar iguales confianzas, que bajo el imperio de otro príncipe de carácter enteramente opuesto, complacido en la libertad general, cortés, atento, y aun humilde, y temeroso siempre de su poder para que nadie le temiese jamás? Ciertamente que no. Pues bien: la comparacion salta á los ojos, y no admite réplica. Cuanto mas terrible nos parezca Dios, mas deberemos redoblar nuestro temor religioso hácia él, y tanto mas fervorosas y constantes deberán ser nuestras oraciones, pues que nada nos asegura que su bondad suplirá nuestras faltas.

Procediendo la prueba de la existencia de Dios de la prueba de sus atributos, sabemos necesaria-

mente que *existe* aun antes de saber *lo que es;* porque á la verdad, nunca llegaremos á saber completamente *lo que es.* Vednos aquí colocados bajo un imperio, cuyo soberano ha publicado una vez para siempre las leyes que lo arreglan todo. Estas leyes llevan en general el carácter y marca de la sabiduría y bondad mas admirable: algunas de ellas sinembargo (lo supongo por un momento) les parecen duras, y aun *injustas* si asi se quiere: pero pregunto á los descontentos ¿que partido podrá tomarse? Salir de su imperio es imposible. Él está en todas partes, y nada existe fuera de él. ¿Quejarse, declamar, escribir, contra el soberano? Esto es esponerse á ser apaleado ó condenado á muerte. No hay pues partido mejor que abrazar, que el de la conformidad y del respeto, y aun diré del *amor:* pues partiendo del principio de que existe el Soberano, y de que es preciso servirle, ¿no vale mas cualquiera que sea, servirle por amor que sin amor?

No quiero volver á los argumentos con los cuales hemos refutado en las anteriores veladas las quejas que atrevidamente se levantan contra la Providencia; pero creo deber añadir que hay en estas quejas alguna cosa intrínsecamente falsa, y aun necia, ó como dicen los ingleses una cierta falta de sentido que salta á la vista. Efectivamente, ¿que significan esas quejas, ó estériles, ó culpables, que no proporcionan al hombre ninguna consecuencia práctica, ninguna luz capaz de ilustrarle y de perfeccionarle? ¿De que aprovechan esas quejas que en vez de ello sirven solo para incomodar, que son inútiles aun al ateo; puesto que lejos de desmentir la primera verdad, la prueban y confirman; que son igualmente ridículas y funestas á la vez en boca del ateista; y que únicamente pueden contribuir á desarraigar el amor dejando solo el miedo? Por lo que á mi toca, nada concibo tan contrario á las mas simples lecciones del sentido comun, ademas del

crimen que con ellas se comete.

¿Mas sabeis, señores, de donde procede este torrente de doctrinas insolentes que juzgan á Dios sin respeto, y le piden cuenta de sus decretos? No proceden ciertamente de otro, que de esa falange numerosa que se llama de *sabios*, y que nosotros no hemos sabido contener en este siglo en el lugar que le competía, que es el segundo. En otros tiempos había muy pocos sabios, y un pequeñísimo número de ellos era impío. En el dia no se ven ya sino *sabios*; esto es un oficio, esto es una muchedumbre; esto es un pueblo, y entre ellos la escepcion ya tan funesta ha llegado á convertirse en regla. Por todas partes han usurpado una influencia ilimitada: y sin embargo si alguna cosa segura hay en el mundo es, á lo que yo entiendo, que no toca á la ciencia dirigir á los hombres. Nada de cuanto es necesario le ha sido confiado; y es menester haber perdido el juicio para creer que Dios haya podido encomendar á las academias

el enseñarnos lo que es y lo mucho que le debemos. A los Soberanos, á los Prelados, á las Autoridades principales del Estado toca ser depositarios y custodios de las verdades conservadoras; enseñar á los hombres lo que es malo y lo que es bueno; lo que es cierto y lo que es falso en el órden moral y espiritual: los demas no deben mezclarse en estas materias. Ya tienen las ciencias naturales para divertirse: ¿de que pueden quejarse?

En cuanto al que habla ó escribe para quitar al pueblo algun dogma nacional, debiera ser ahorcado cual ladron. ¿Por que se ha cometido la imprudencia de conceder la palabra con tanta generalidad? Esto nos ha perdido ciertamente. Los filósofos, ó los que así se denominan, tienen todos cierto orgullo feroz y rebelde que á nada se aviene: ellos detestan sin escepcion todas las distinciones de que no gozan; no hay autoridad que pueda agradarles; nada que les sea superior que no odien. Dejadlos obrar, y

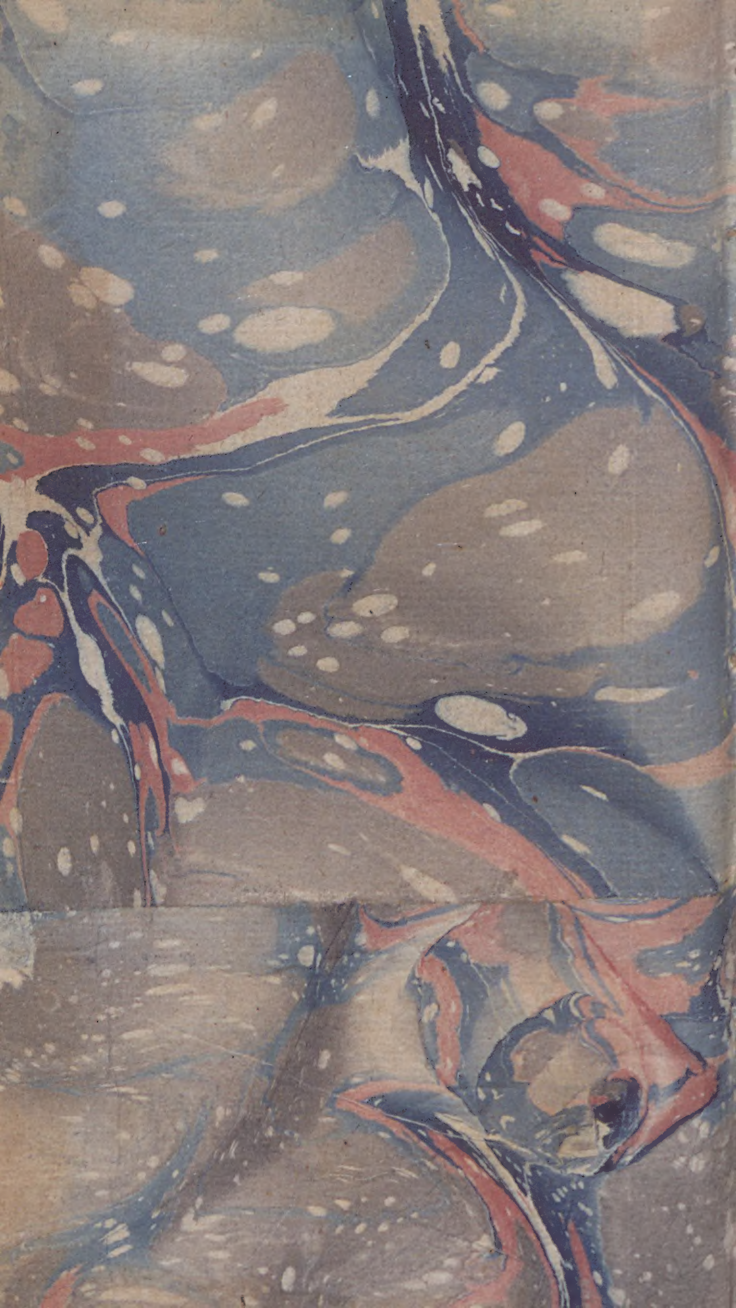
muy pronto atentarán contra todo incluso Dios nuestro Divino Soberano. ¡Ved si son estos mismos los que han escrito contra los Reyes y contra quien los ha establecido! ¡Ah! Si cuando la tierra será por último afirmada....

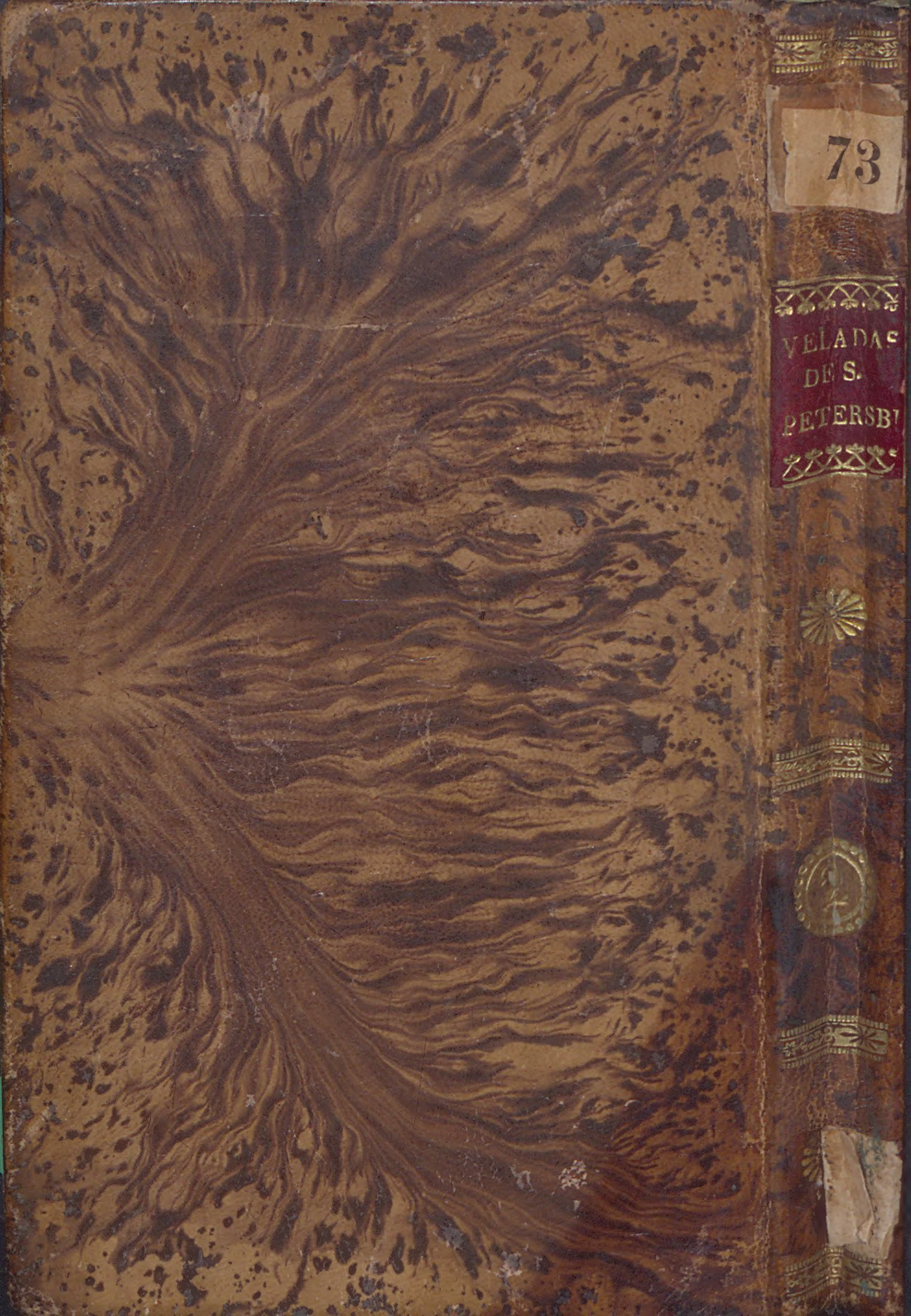
EL SENADOR.

¡Estraña inconstancia del clima! Despues de un dia de los mas calorosos, ved que vá refrescando el viento hasta el punto que no es posible continuar aquí. No quisiera que un hombre acalorado se hallase en esta galería: yo mismo no quisiera sostener en este lugar un discurso muy animado. Con ello habria bastante para adquirir una ronquera. Hasta mañana pues, amigos mios.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.






73
VELADAS
DE S.
PETERSBU


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm